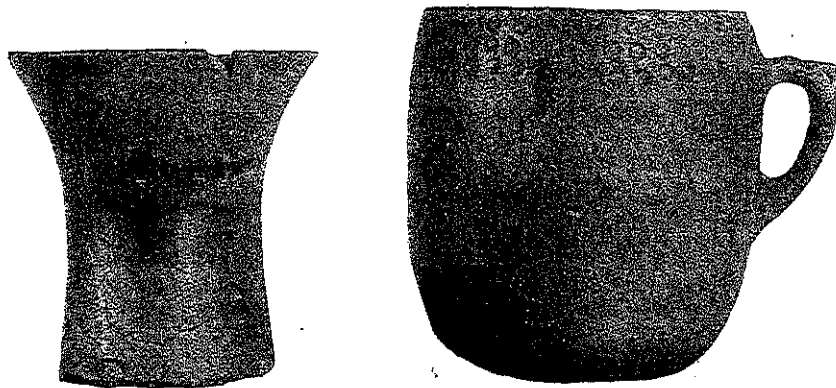


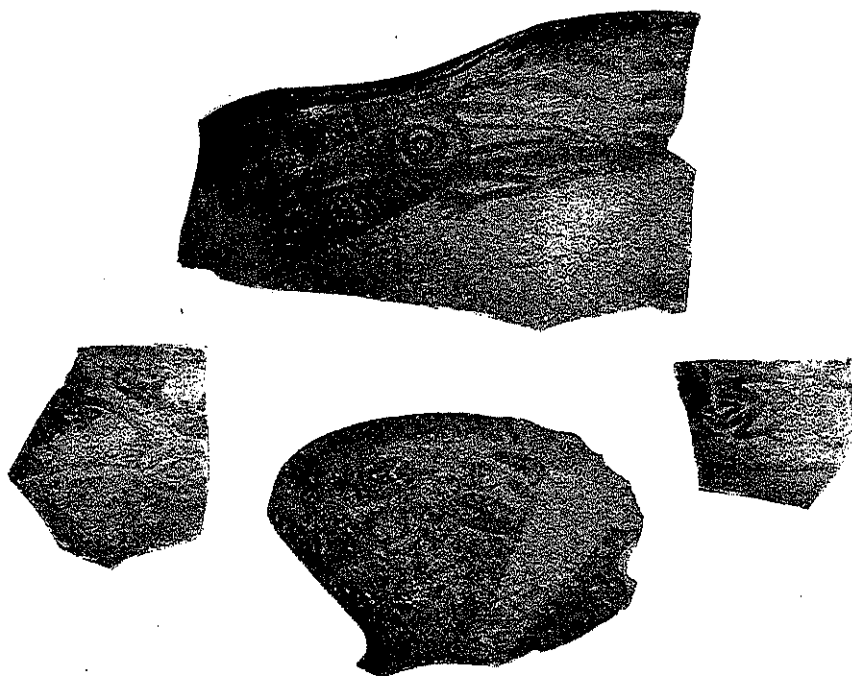
CÁCERES FREYRE, *El Fuerte del Pentano*, etc.



Alfarería. Vaso pintado de estilo draconiano.



a
Vasos de cerámica.



b
Cerámica rojiza pintada.

SILOS DE LA QUEBRADA DE HUMAHUACA

por

ROMUALDO ARDISSONE

EN los primeros meses de 1823, Proctor cruzó la Argentina desde Buenos Aires hasta Chile, por Mendoza. Debido a su condición de europeo, la realidad geográfica argentina constituyó una causa de sorpresa en muchas ocasiones, pues las costumbres resultaban muy diferentes comparadas con las ultramarinas. Una prueba de esta afirmación la encuentro en las líneas siguientes:

“Por estar recogida la cosecha en los pocos manchones de trigo y maíz anexos algunas veces a los ranchos, no tuve oportunidad de ver el método agrícola del país; pero el modo de conservar la mies en un granero de las pampas, es realmente curiosísimo. Cuatro fuertes vigas derechas se plantan firmes en el suelo, con un techo encima, y entre éstas se cuelgan dos cueros de buey entrecosidos mojados, conservando la forma de cabeza y patas; dentro de la bolsa así dispuesta el grano se pone tan apretado como sea posible, y una vez cosida, los cueros quedan casi de la talla y figura de elefante. Está lejos esto de ser mal ideado para defender el grano de la intemperie, o librarlo de los bichos”¹.

Esta noticia equivale a un cuadrado de geografía humana. Resulta que semejantes graneros, en la simple valorización de las pampas de hace un siglo, pueden considerarse un exponente de las condiciones imperantes que Proctor, en unos trazos, supo enunciar. Se conseguía preservar el grano contra la acción del clima y de los animales. A ello contribuía la disposición. El uso del cuero es indicio elocuente de la importancia que en

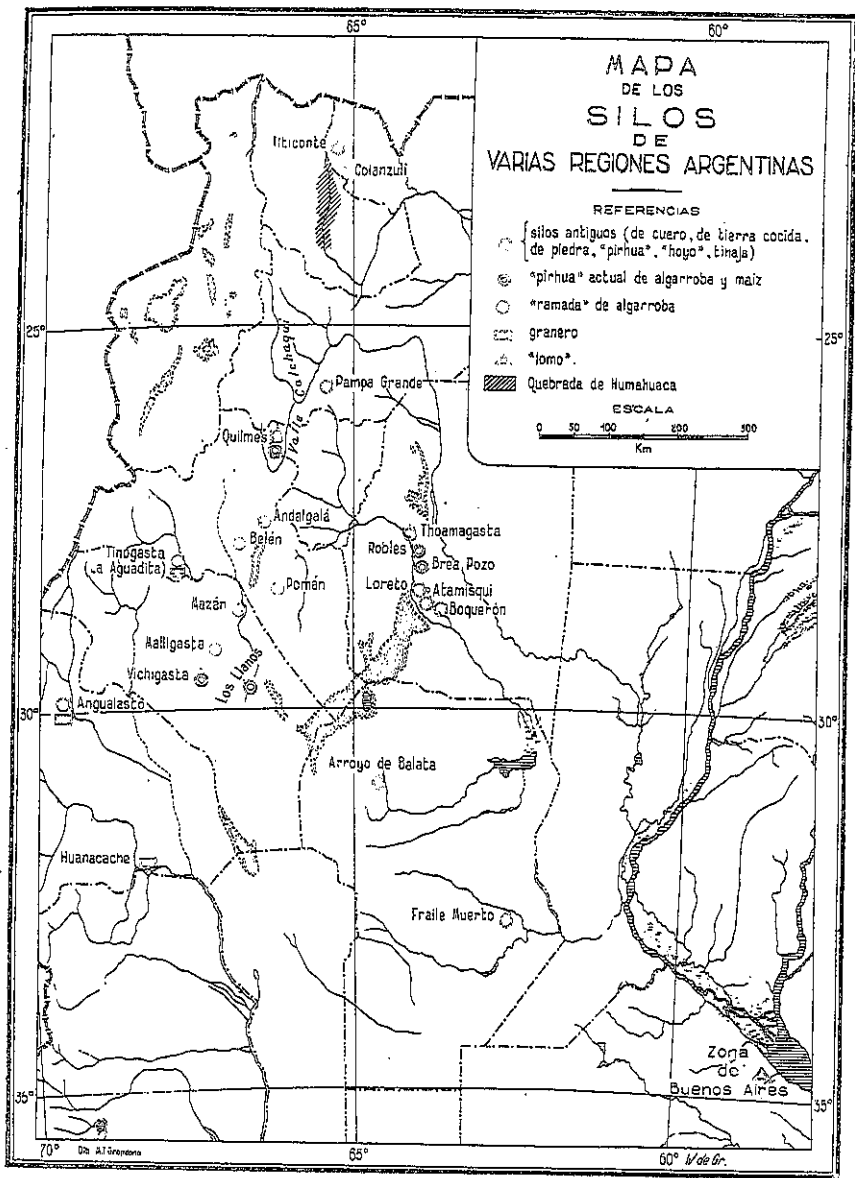
(1) ROBERTO PROCTOR, *Narraciones del viaje por la cordillera de los Andes y residencia en Lima y otras partes del Perú en los años 1823 y 1824*. Traducción y prólogo de Carlos A. Aida, 31; Buenos Aires, 1920.

esa sociedad alcanzaba la ganadería y de la penuria concomitante de otros materiales que pudieran utilizarse en las construcciones. El hecho fué observado en las proximidades de Fraile Muerto, en la zona cordobesa atravesada por el río Tercero. Allí terminaba la pampa herbácea y se presentaban las primeras manifestaciones del *monte* que podía suministrar los materiales arbóreos del granero mencionados por Proctor.

A más de un siglo de distancia de las observaciones de este viajero puede hablarse de silos que constituyen un pequeño pero interesante capítulo de antropogeografía. En los veranos de 1927, 1935 y especialmente de 1936 logré documentar la existencia de algunos tipos de silos en la quebrada de Humahuaca, en ese ambiente tan llamativo del punto de vista natural y que en lo humano sigue presentando múltiples aspectos tradicionales, si no únicos, poco frecuentes en el país.

QUEBRADA DE HUMAHUACA. AMBIENTE HUMANO. AMBIENTE NATURAL (GEOLOGIA, TOPOGRAFIA, CLIMA, VEGETACION ESPONTANEA). CARACTERES DE LOS CULTIVOS.

Es la Quebrada una ruta consagrada para comunicar las pampas con el altiplano. Los cambios verificados en los medios de transporte le conservan este carácter. Pese a la circulación, muchas costumbres subsisten por modalidades de la naturaleza, por índole de sus habitantes y por la distancia a que se encuentra con respecto a la zona de la pampa donde reina soberana la influencia europea. En los últimos tiempos las cosas tienden a cambiar allí también. El ferrocarril y el veraneo modifican la economía, atentan a la persistencia del color local genuino, aunque sea producto directo de condiciones naturales y humanas. A este hecho responde la necesidad de recoger noticias de actividades, antes que sea tarde, antes que todo haya desaparecido. Considero oportuno puntualizar con la mayor exactitud el lugar y la fecha de la observación de silos. El procedimiento documenta el proceso descendente, la tendencia a perderse que manifiesta la costumbre, y además, con la mayor precisión de tiempo y espacio, se logra explicar más fácilmente las construcciones llamadas a conservar productos agrícolas.



Los pintorescos silos jujeños no son el efecto del azar. La raíz de alguna modalidad se advierte en los habitantes que presentan una elevada proporción de elementos indígenas. Es gente de fuerte sabor regional que se manifiesta en lo físico, como asimismo en la indumentaria pintoresca y en el apego a varias costumbres que trasuntan una larga tradición. Aun el roce frecuente y la convivencia con forasteros no logran desarraigar, de un día para otro, lo que viene de tiempos remotos, de creencias y prácticas que se originaron, quizá, en el período prehispánico.

Esta influencia humana es intensa, pero las pequeñas construcciones agrícolas que observé responden también a la presencia de unas cuantas causas naturales que, en gran parte, explican el nacimiento y la fuerza de perduración de las costumbres. Es un caso en que el determinismo geográfico actúa con mucha claridad, a la par de los hechos étnicos.

El análisis, aun somero, del ambiente natural pone de manifiesto la existencia de algunas causas de influencia variada según la intensidad y los lugares que se consideren. Pero, en todas partes se nota la intervención de unos cuantos factores geográficos fundamentales, francamente característicos.

Esta gran quebrada se dirige de norte a sur y, entre Tilcara y Hualcalera, sensiblemente en su parte media, es atravesada por el trópico de Capricornio sin que la temperatura reinante pueda clasificarse como tropical, pues la modifica de una manera intensa la topografía, su acentuada altura sobre el mar. En efecto, deja de ser un hecho indiferente que Volcán, ubicado en el nivel inferior de la Quebrada propiamente dicha, mida más de 2.000 metros; Tilcara se encuentre a unos 2.500, Humahuaca a cerca de 3.000 y Tres Cruces, al borde del altiplano, a 3.700 metros. Se entiende que estos niveles corresponden al fondo de la Quebrada, pues, apenas nos alejamos unos metros a ambos costados del lecho del río Grande, comienzan las laderas abruptas que, a menudo, parecen verdaderas paredes.

En realidad la ladera oriental suele ser la peor y sus condiciones se agravan con la existencia de material antiguo que dificulta aun más la realización de cultivos. En cambio, la margen occidental es relativamente mejor, pues se encuentra en ella menor pendiente y abundan los conos de

derección cuaternarios y actuales en la confluencia de las frecuentes quebradas laterales. Hecha excepción de Tilcara, asentada sobre el amplio cono del Huasamayo, todos los pueblos, tradicionales y nuevos, se instalaron precisamente en la margen derecha. Esta preferencia se registra de un modo simultáneo con la vialidad y con la mayor extensión de los cultivos.

Las precipitaciones son estivales y una de sus características esenciales reside en la escasez general. A lo sumo oscilan alrededor de un promedio anual de 200 mm., pero hay localidades que no gozan del modesto beneficio de esta cantidad y existen otras que no registran siquiera 100 mm. De este hecho se derivan múltiples y graves consecuencias. Resulta que la Quebrada, desde Volcán hasta La Puna, es una zona desértica y la observación no se escapa al viajero más displicente. Uno de los primeros y más importantes efectos se halla en la vegetación natural, reducida en cantidad y desarrollo hasta el punto de que casi nunca logra cubrir el suelo con un manto continuo. La norma consiste en la solución de continuidad, en la tonalidad grisácea, en el reino de las características xerófilas como sucede con los almohadones de la espinosa *amara* y con la gran variedad de especies de cactáceas, entre las cuales se yergue hasta varios metros de altura el impresionante cardón, la más útil de las plantas naturales de la zona y que abunda en algunos parajes constituyendo llamativos "bosques". Del cardón se extrae la madera de aplicación inmemorial en las partes principales y accesorias de las viviendas. Tal uso se explica por la calidad intrínseca de esta madera y a la vez por la carencia de vegetación arborecente. En efecto, aunque crezca frondoso y corpulento el *yapán*, aunque pueda admirarse algún algarrobo, como un ejemplar extraordinario junto a la iglesia de Purmamarca, aunque el *churqui* llegue a formar una maraña inextricable en sitios húmedos, se trata siempre de excepciones que no alcanzan a ejercer una influencia notoria en la vida lugareña.

La existencia de vegetación xerófila no es la sola resultante de la caída de pocos mm. de lluvia. El hecho repercute inmediatamente sobre actividades humanas como la ganadería, que sufre las consecuencias de la escasez de pastos; como la agricultura, que necesita el riego. Aparte la posible intervención de la indolencia, lo susodicho nos da el porqué de la

existencia de cultivos poco extensos. Es un oasis alargado que se dibuja en el fondo de la Quebrada, es una lonja de variada anchura generalmente muy reducida que se estrangula en los *angostos*, que se ensancha en las cuencas y que se amolda de una manera perfecta a las condiciones topográficas y geológicas fundamentales. Por encontrar menor pendiente, terreno más suelto y mayor humedad, los sitios preferidos son los conos actuales que en varios trechos se unen lateralmente entre sí y forman una faja sin interrupción. Allí los cultivos desaparecen en los pedregales, en las partes afectadas por las crecientes.

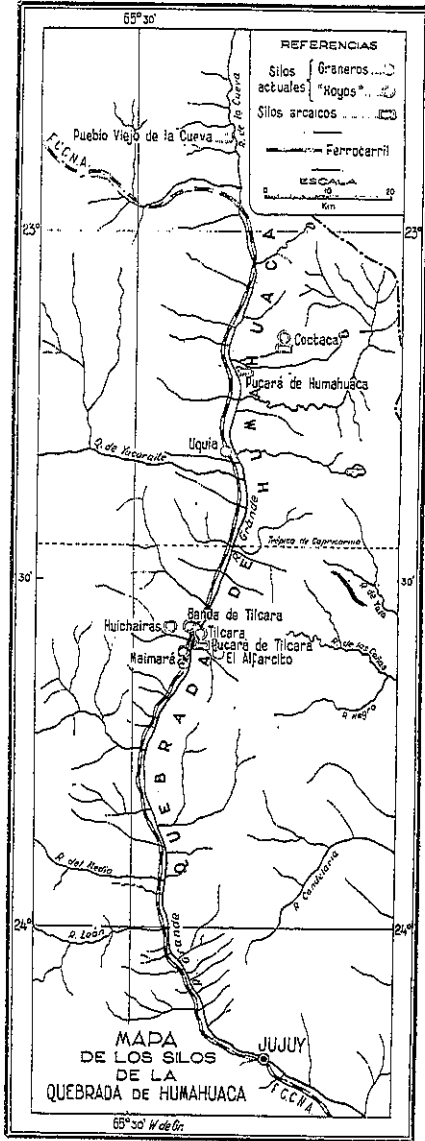
En tal ambiente, la vida humana reviste caracteres de pequeñez. No hay posibilidad de grandes aglomeraciones, de intensas manifestaciones colectivas. La actividad rural es modesta en general y en cada detalle: modesta la extensión cultivada, modesta la cosecha, modesta la vivienda.

“CESTAS” DE CAÑAS.

Intensas fueron las causas que contribuyeron a la formación de costumbres lugareñas, al apego del hombre a las condiciones del sitio preciso que habita.

Una práctica de tal naturaleza consiste en los silos que es dable observar próximos a varios ranchos. No todas las casas tienen una construcción especial, por cuanto los productos se guardan en cestas o de cualquier otro modo en alguna habitación. Aquí presto atención únicamente a los silos cuya existencia está favorecida por la gran sequedad del ambiente. Más de una característica depende de condiciones especiales del lugar, de los materiales empleados, y asimismo de factores determinados por el producto agrícola que se quiere conservar. Además de frutales y de hortalizas (particularmente tomates), que merecen una creciente atención, se cultivan habas, maíz, trigo y patatas. Los tres últimos productos son los que se guardan en los pintorescos silos de la Quebrada y de una que otra lateral confluyente.

Voy a presentar los varios tipos que observé, algunos de cuyos ejemplares tuve la suerte de fotografiar. En primer lugar tenemos una *cesta* de cañas hecha para conservar maíz. Se encuentra en el patio de un ran-



cho ubicado en El Alfarcito, al este de Tilcara, cerca del célebre *antigal* homónimo. Consiste en el empleo de la caña que se dispone verticalmente, formando un cilindro de 1.45 m. de altura y la misma medida de diámetro. Resulta una especie de pared; sin embargo, por los intersticios no se requiere mucho trabajo para ver que se conservan aún muchas mazorcas. Para que el dispositivo pueda tener suficiente solidez, se emplean cuatro cañas dispuestas horizontalmente y atadas a las verticales con tientos. El uso del cuero en semejantes circunstancias no logró desaparecer de la Quebrada y de otros puntos del país; es exponente de costumbres lugareñas que aun resisten a la presión creciente que ejercen los productos de la industria.

A su vez el techo contribuye a acentuar el color local, por cuanto consiste en el uso de unas tablas de cardón a las cuales se sobrepone un poco de pasto y una capa de *torta*. La puerta del silo es lateral y se hace empleando el mismo material de las paredes. En la fotografía pueden observarse dos silos inmediatos completamente iguales. Los construyó un hom-

bre de Valle Grande y las cañas tienen la misma procedencia. Este doble hecho podría interpretarse quizá como una costumbre intrusa, como un avance de actividades propias de otra zona, de las laderas orientales de la sierra de Tilcara, donde hay mayor humedad y es posible que exista abundancia de cañas. Pero, al respecto, puedo advertir que en otras partes de la Quebrada se usa la caña como lo atestigua la existencia de un cerco junto a la antigua posta de Hornillos, al sur de Maimará. El material empleado en la confección de estos silos y su ubicación al abierto hablan bien alto de la sequedad que impera en el ambiente.

SILOS DE MADERA DE CARDON.

Analogía con este tipo de silo se encuentra en las *cestas* de cardón de Uquía, localidad cuya estación ferroviaria se llama Senador Pérez. Es una semejanza de forma facilitada por el material empleado. Se trata de cilindros de diámetro variable según las dimensiones que se quiera dar a las trojas, aunque siempre relativamente pequeñas. En vez de cañas se usan casi exclusivamente tablas de cardón, dispuestas de una manera vertical; los intersticios que pudieran quedar entre tabla y tabla, se suprimen agregando un poco de barro. El techo más o menos horizontal consistió en varias tablas de cardón con encima una capa de *torta*. La *cesta* que figura en la fotografía mide cerca de un metro y medio de altura.

Estamos en presencia de una categoría de silos muy pintorescos, del más intenso sabor local en que tanto contribuye la utilización del cardón abundante en la zona y la paralela escasez de otros materiales de construcción. Sin embargo, estas causas manifiestan su presencia en la mayor parte de la Quebrada y el área de distribución de tales silos resulta restringida. En efecto, exceptuando uno observado desde el tren en 1935, algo al sur de Huacalera, los que ví se hallan en los patios de varias casas del diminuto pueblo de Uquía. No pude notar su influencia en Humahuaca, al norte de Uquía; tampoco los observé ni pude conseguir noticia en la más extensa zona de Volcán, Tumbaya, Purmamarca, Maimará y Til-

cara. Es seguramente una costumbre antigua, pero carezco de elementos de juicio para afirmar que la dispersión actual sea apenas una reliquia de la extensión que abarcara en el pasado.

En otra casa de Uquía ví tres *cestas* análogas y de mayor tamaño que la fotografiada. Se las destina para conservar cereales. La existencia de este tipo de troja no debe hacernos creer que en Uquía sea exclusiva. Ello sería un error por cuanto en casas inmediatas a las que ofrecen la sorpresa de las *cestas* de cardón, se pueden observar silos de adobe.

GRANEROS DE ADOBE Y DE PIEDRA.

El uso de la tierra amasada es general en la Quebrada para construcciones rurales como asimismo para las viviendas en su parte fundamental y en las accesorias. Esto sucede en la zona agrícola, donde puede disponerse de agua y tierra más o menos pura. A esta norma no debía escaparse la construcción de silos para el maíz y el trigo, con una mayor área de dispersión que las *cestas* de cardón, pues se encuentran desde Maimará hasta el norte de Uquía.

El material empleado interviene para determinar en algo la forma, por cuanto el adobe o ladrillo crudo facilita la construcción de paredes rectas. Estos silos son prismas con la sola irregularidad del techo inclinado de una sola agua. Es cierto que lo principal es el adobe, pero sigue empleándose la madera de cardón, por lo menos en el techo que se remata con una capa de *torta*.

— Alguna buena muestra pude observarla en Maimará, por ejemplo, en la que ilustra la fotografía y que encontré al norte del pueblo, en el patio de una casa situada en la parte superior de la zona de cultivo de un cono de deyección. La base constituye un rectángulo de 0,90 x 1,35 m.; la altura menor es de 0,65 y la mayor, de 0,80 m. Es troja llena de trigo que se ha de conservar meses y meses. Las paredes son de adobes revestidos de barro y el techo consiste en tablas de cardón, cañas y *torta*. Dos caras tienen agujeros tapados con barro que sirven para extraer el trigo cuando

se necesite y normalmente se obturan de este modo para evitar que algunos animales puedan perjudicar los cereales. El silo se halla ubicado en la especie de patio que tiene el rancho entre la cocina y las habitaciones.

Este procedimiento de construcción de silos es tradicional, pero ya no tiene en estas localidades mucho uso, por cuanto ha sido substituído por otros y lo más común es que falten los silos al aire libre; la mayor parte de los ranchos no tienen troja o por lo menos no es muy visible al pasar por las inmediaciones, y aun preguntando no se logra elevar mucho la proporción. En el patio de una casa de Uquía, encontré una variante: una troja de adobe no asentaba su piso en el suelo, sino que se hallaba levantada sobre unos adobes. El hecho puede atribuirse a la humedad que hay en ese sitio ubicado en la parte baja del pueblito.

Una variante de mayor importancia que ésta conseguí registrar en la troja que ilustra la fotografía y que se encuentra en las afueras del pueblo de Maimará, en el lugar más apartado del barrio de Pueblo Nuevo. Allí termina el cultivo de riego sobre el cono de deyección moderno y se levantan abruptos los restos de conos antiguos. Por tal causa escasea la tierra y tiende a abundar la piedra. La fotografía ilustra perfectamente la consecuencia de este hecho: la troja conserva la forma externa del silo de adobe expuesto anteriormente; sin embargo, las paredes son de piedras; es decir, en la construcción se acudió a lo que se presentaba al alcance de la mano. Si interviene el barro es para unir las piedras y especialmente para el revestimiento interno.

La troja se usa durante casi todo el año y de un modo particular en invierno, con el fin de guardar trigo, maíz y papas. Felizmente la encontré desocupada y por ello faltaba la tapa de madera de cardón y *torta*, dejando ver perfectamente las características del interior, como ser la división en cinco compartimientos llamados a separar los productos agrícolas que se quieren conservar. Al lado de la troja puede observarse una ramada constituída por una serie de tablas de cardón con su aspecto inconfundible y más atrás se levanta una de estas cactáceas. El muchacho, además de certificar el tipo de los habitantes del lugar, es un buen término de comparación para apreciar las dimensiones de estos accesorios de la vivienda.

NOTICIA DE SILOS DEL RESTO DE LA REPUBLICA Y DE OTROS PAISES.

Los varios tipos de graneros que presenté hasta ahora ofrecen algún punto de contacto con los que se construyen en otras partes. Si no se trata de un parecido por el material, la aproximación se consigue establecer ateniéndonos a la forma, a la amplitud o a la disposición. Una repetición exacta no puede esperarse por cuanto algún elemento regional ha de dar la nota exclusiva.

Una semejanza la encontramos en los graneros de las lagunas de Huanacacho, que han merecido el estudio de Métraux y Vignati; pero la diversidad de ambiente natural determina muchos puntos de diferencia².

El país suministra otros términos de comparación. Burmeister, en julio de 1859, atraviesa la provincia de Santiago, y en Boquerón, como asimismo en la zona de Atamisqui y de Loreto, encuentra graneros característicos.

Vale la pena transcribir las líneas que dedica a los de Boquerón: "Aquí estaban las casas construidas a distancia del suelo, como lo he visto antes también en otras partes; más o menos a dos pies de distancia del suelo se había hecho con listones y tirantillos un enrejado que habían cubierto con paja, y sobre el cual se colocaban las provisiones y los moradores. Me decían que esto se hacía así, para conservar mejor los comestibles, no solamente contra la humedad que los inutiliza a causa que cuando llueve fuerte penetra el agua, que es salitrosa, en la casa, disolviendo el salitre de la tierra, lo cual ocurre a menudo, sino también para protegerlos contra los animales, principalmente contra las vizcachas, para que no puedan comerles el maíz, que es el principal alimento de esta gente..." Más adelante manifiesta que al lado de los ranchos que servían de habitación estaban los ranchos despensas³.

(¹) A. MÉTRAUX, *Contribution à l'ethnographie et à l'archéologie de la province de Mendoza (R. A.)*, en *Revista del Instituto de Etnología de la Universidad Nacional de Tucumán*, I, 26-28; 1929.

MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *Contribución al conocimiento de la etnografía moderna de las lagunas de Huanacacho. Habitación y graneros*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, I, 233-240, láms. VIII-XIII; 1931.

Documentación gráfica relativa a las expediciones realizadas por iniciativa del Museo Etnográfico y Arqueológico de la Facultad de Filosofía y Letras, en *La Prensa*, 5 de septiembre de 1926.

(²) GERMÁN BURMEISTER, *Descripción de Tucumán. Capítulos traducidos del alemán por el señor Cesáreo Wessel, y prólogo del doctor Angel Gallardo*. 26-28; Buenos Aires, 1916.

De Santiago del Estero no han desaparecido los graneros de aspecto regional. Actualmente, en Brea Pozo, según noticias suministradas por el señor Mateo Llull, se hacen *pirhuas* para conservar el maíz y la algarroba. Se construyen de esta manera: unos palos verticales sirven de armazón, a los cuales se apoya la jarilla tejida, que forma la pared del granero. La altura alcanza de 1.50 a 2 m. y su parte superior consiste en una tapa de jarilla dispuesta un tanto inclinada como techo, avanzando a manera de alero. Encima del techo colócase barro. Cuando el producto a guardarse es muy abundante, se construyen otras *pirhuas*. Generalmente se hacen nuevas cada año. Las colocan fuera de los ranchos. La forma común es cilíndrica. Se asientan en el suelo con la sola precaución de poner unas ramas abajo para evitar el contacto del maíz con la tierra. Noticia de *pirhua* en Robles nos da F. de Aparicio¹.

Buscando la distribución geográfica de los graneros y la posibilidad de hallar nuevas variantes, puedo decir que, de acuerdo a informes recogidos en febrero de 1938, entre habitantes de Tinogasta (provincia de Catamarca), allí se encuentra la *pirhua*. Con esta palabra indígena se designa una pequeña construcción rural especial para guardar granos. Se hace con piedras y barro y no se coloca en las habitaciones sino a cierta distancia de la casa, para evitar "las enfermedades", es decir, las plagas que atacan al producto en lugares cerrados. En la zona hay *pirhuas*, pero no cerca del pueblo.

Aquí debo observar que el término *pirhua* en Catamarca y La Rioja se aplica comúnmente a otra cosa; es el depósito de algarroba que caracteriza la vivienda rural de la amplia zona árida que abarca una gran parte de las provincias susodichas. Sobre el techo del mismo rancho o encima de ramadas se observa uno o dos montones de la providencial algarroba puesta allí a secar y dejada a la intemperie hasta que la alimentación de la gente y de las bestias le dé fin.

Aunque en Catamarca oí varias veces llamarle *pirhua*, en realidad, su nombre consagrado es el de *ramada* y se explica porqué. El término de

(¹) FRANCISCO DE APARICIO, *La vivienda natural en la región serrana de Córdoba*, en *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico*, I, 163, lám. XCVII b.

pirhua tiene un uso más restringido. Se aplica a los cestos que guardan la algarroba y se hacen tejiendo plantas locales. Las *ramadas* de la algarroba existen en una región extensísima, pero de las *pirhuas* tengo noticia de su existencia sólo en la provincia de La Rioja, en Vichigasta, al sur de Chilecito y en Los Ilanos. Colocarlas a la intemperie no ofrece peligros, por la intensa sequedad del ambiente; por otra parte la aeración impide que aparezcan plagas.

En varias otras partes del mundo, es posible establecer interesantes comparaciones y no siempre estamos en presencia de construcciones hechas por pueblos que solemos llamar salvajes y bárbaros, pues deben citarse los característicos hórreos de Galicia y Asturias¹. De fuerte sabor local son varios de Méjico que seguramente documentan la supervivencia de costumbres prehispánicas². Krause ilustra algunos ejemplos que, si no fuera por la parte superior, que es cónica, darían una evidente aproximación con los de Uquía; son cilíndricos y sirven para guardar la bellota entre los indios de California³.

“Los graneros pertenecen al número de las principales construcciones del Africa de los negros”. Esta afirmación de Ratzel⁴ hace pensar en la existencia de una gran variedad de graneros con mayor o menor área de dispersión en ese continente. Consideraciones sistemáticas acompañadas de una buena cantidad de ilustraciones pueden consultarse en la enciclopedia Espasa⁵ y en la Italiana⁶.

(1) E. H. G. DOBBY, *Galicia: a little-known corner of Spain*, en *Geographical Review*, XXVI, 564, 578-579; october 1936, Ney York.

L. MARTÍN ECHEVERRÍA, *Geografía de España*, II, 127; 1928.

(2) P. SILICEO, *La habitación indígena en Méjico. Las agrupaciones indígenas de la República*, en *Magazine de Geografía Nacional*, I; septiembre de 1925, 6, 7, 10, 17, Méjico.

CARL LUMHOLTZ, *En la región Tarahumara*, en *Magazine de Geografía Nacional*, I, octubre de 1925, 6, 7; noviembre de 1925, 4, 5, Méjico.

(3) FRITZ KRAUSE, *Vida económica de los pueblos*, 62, 65, 87.

(4) FEDERICO RATZEL, *Las razas humanas*, I, 161; Barcelona, 1888.

(5) *Enciclopedia universal ilustrada europea-americana*, LVI, artículo *Silo*.

(6) ADAMARIA MARENZI, *Granaio*, en *Enciclopedia italiana di Scienze, Lettere ed Arti*, XVII; Roma, 1933.

HOYOS O SILOS PARA PAPAS (MANIFESTACIONES ACTUALES EN LA QUEBRADA. TEMPERATURA DEL AMBIENTE. CONDICIONES DE CONSERVACION DEL TUBERCULO).

Pero, con lo antedicho, no agoto el tema de los silos, por cuanto precisamente queda la clase de los *hoyos* o depósitos subterráneos destinados a guardar las papas. Sin lugar a dudas, constituyen el tipo de silo de mayor área geográfica en la Quebrada y uno de los que acusan una más intensa vinculación con las condiciones del ambiente y con las costumbres tradicionales. El hecho de guardar las papas en el *hoyo* se llama *enhoyar*.

Ya en 1927 observé un *hoyo* en Coctaca, perteneciente a un rancho ubicado al borde de las amplísimas ruinas de cultivos indígenas¹. En 1935 amplíé las observaciones con otros que vi en Tilcara, al este del pueblo, e inmediato a un rancho al pie del Pucará². En 1936 aumenté las noticias con lo que pude ver en la Banda de Tilcara, en Huichairas y en Maimará.

La quebrada de Huichairas es tributaria del río Grande frente al Pucará de Tilcara. En su margen izquierda tiene una pequeña zona de cultivos que, frente a la confluencia de la quebrada de Lipán, son más extensos y presentan varias viviendas. Junto a una de ellas logré fotografiar la abertura de dos *hoyos* para papas; como se trataba del mes de febrero, se hallaban completamente vacíos.

En las mismas condiciones se encontraba un *hoyo* al norte de Maimará, inmediato al granero de adobes del cual me ocupo en páginas anteriores. Como puede apreciarse en la fotografía, este *hoyo* conserva una parte de la *torta* que se coloca para tapar el silo cuando está lleno de papas, con el propósito de hacer un encierro más completo. Para sacar los tubérculos se rompe la *torta* de la manera que demuestra la fotografía. El diámetro de la *torta* es de unos 90 cm., y el ancho de la corona subsisten-

(¹) ROMUALDO ARDISSONE, Coctaca, en *Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos Gaea*, III, 165, lám. III, 1928.

(²) ROMUALDO ARDISSONE, *Algunas observaciones acerca de las viviendas rurales de la provincia de Jujuy*, en *Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos Gaea*, V, 365, 1937.

te resulta de unos 20 cm. La abertura del *hoyo* mide cerca de 60 cm. y su profundidad corresponde más o menos a un metro y medio.

El hecho de no encontrar *hoyo* junto a muchos ranchos, no debe interpretarse únicamente como una decadencia de la tradición, sino que, con frecuencia responde más de una vez al suelo, que no siempre se presta. En efecto, el caso último que cito corresponde a un nivel alto, a la parte del cono de deyección que marca el límite entre los cultivos y el pedregal. Lo que interesa conocer especialmente, es que el sitio es seco y, por consecuencia, muy apropiado para poder conservar las papas. Lo mismo no sucedería en la zona más baja, hacia la parte frontal de los conos de deyección o casi en el lecho del río, pues allí la humedad de la superficie y aun más la posible infiltración de agua dañarían mucho a las papas.

En cambio, en ambiente seco, el procedimiento de *enhoyar* es de los más señalados y la experiencia indica que las papas, después de varios meses, hasta llegar a diciembre, pueden sacarse muy frescas, cosa que no suele suceder con otros sistemas de conservación. Además de la influencia circunstancial del lugar en que se cave el *hoyo*, coadyuva al mejor resultado de la conservación de los tubérculos la influencia genérica del ambiente seco, influencia acentuada por el hecho de que se trata de una zona de precipitaciones estivales y, por consiguiente, en los meses en que se guardan las papas existe mayor sequedad.

El procedimiento es muy apropiado, como ya dije, y no requiere preparativos extraordinarios. Antes bien, resulta de una sorprendente simplicidad, por cuanto, se excava el suelo con el ancho y la profundidad que se requieran y no se hace revestimiento de ninguna especie, salvo que al depositar las papas, en todo su derredor, se pone un poco de paja.

Hasta ahora me referí a un factor de la importancia de la sequedad del ambiente necesario para conservar las papas y que en tales silos encuentra una condición propicia. Falta hablar un poco de otro factor natural que ejerce gran influencia: la temperatura. A este respecto conviene consignar varias cifras acerca de las bajas temperaturas que se registran en Humahuaca, ubicada a unos 3.000 m. sobre el mar. Son datos

publicados por Davis¹ y de ellos extraigo los más ilustrativos para los silos.

La temperatura media de invierno es de 7° y la mensual mide 6°,6 en junio, 6°,3 en julio y 8°,2 en agosto. Pero más explicativas son las cantidades de las temperaturas mínimas medias, que para el invierno resultan de —2°,8, siendo de —3°,2 en junio, —3°,4 en julio y —1°,8 en agosto. A su vez constituye un documento muy importante la temperatura mínima absoluta que arroja estas cantidades: en abril es de —6°,9, en mayo —7°, en junio —11°, en julio —11°,2, en agosto —11°,5, en septiembre —6°, en octubre —5°,5, en noviembre —1°. Como se ve, en ocho meses, el termómetro logra registrar temperaturas inferiores a cero, y el frío puede alcanzar a más de once grados bajo cero.

Ahora bien, este hecho no debe considerarse insignificante para la conservación de las papas. Muy al contrario. Precisamente los silos contrarrestan en mucho la influencia perjudicial del frío. En efecto, la temperatura de los lugares destinados a conservar las papas debe ser tal que nunca llegue a bajar de cero y tampoco se eleve mucho para impedir la germinación. El calor más apropiado oscila entre 5° y 6°. Es indudable que las características de los hoyos protegen a las papas contra las variaciones circunstanciales de la temperatura atmosférica, pues el suelo es un regularizador.

Hay una condición más para tenerse en cuenta. Las papas se conservan bien cuando se depositan en pequeña cantidad². Esto explica las dimensiones generalmente reducidas de los hoyos en ancho y profundidad. Además aclara el hecho de que casi siempre se registra la existencia de dos silos cuando debe almacenarse mayor cantidad de papas. En caso de encontrarse un solo hoyo nunca es de grandes dimensiones.

“Otros hacen pozos en terrenos secos, también de tamaño proporcional a la cantidad cosechada, ponen paja en el fondo, echan allí la papa y tapan con paja y barro”. Así se expresa Holmberg, a quien se puede acudir para obtener breves noticias acerca de la conservación de pro-

(¹) GUALTERIO G. DAVIS, *Servicio Meteorológico Argentino. Historia y organización con un resumen de los resultados*, 170, 1914.

(²) EDOARDO BASSI, *Agricoltura d'oggi*, 595-97, 599; Piacenza, 1929.

ductos agrícolas. Merecen que se transcriban estas líneas destinadas a explicar los depósitos de maíz: "... se emplean los *cestos, cañizos o trojas*".

"Estos *cañizos*, que valen \$ 4.-, son de tamaño variable, pues éste depende de la cantidad de grano que hay que guardar. Se hacen de caña hueca, o a falta de ésta, con ramas de chilca, colocando las cañas verticalmente unas junto a otras, ligadas entre sí por cuatro hileras hechas con tientos de cuero de vaca"¹. Con esto aumentamos el número de los materiales usados, y quienes conozcan el ambiente de la Quebrada no pueden sorprenderse, pues la chilca con la humedad abunda en muchos conos de deyección.

Cabe señalar que en la actualidad se usan los *lomos* de tierra para conservar la batata en la zona próxima a la ciudad de Buenos Aires.

GRANEROS SUBTERRANEOS DE PIEDRA EN LA QUEBRADA: NOTICIAS ARQUEOLOGICAS.

Todos los silos de que hablé hasta ahora son de uso actual y se nota una tendencia a ser desplazados por otros procedimientos. Pero, ¿esta costumbre es puramente moderna? Por lo que se refiere a los *hoyos*, debo declarar desde ya que no, pues los hallazgos de la arqueología dicen que la costumbre de tener silos viene del período prehispánico, aunque hayan variado algunas características.

Que se trate de una historia larga no es de extrañar. En efecto, el noroeste argentino, a la llegada de los españoles, presentaba una actividad agrícola intensa, por más que la variedad de plantas cultivadas era, seguramente, más reducida que la actual. La conquista blanca trajo un cambio que en algo fué fundamental. Sin embargo, algunas plantas siguen cultivándose en la Quebrada desde el período prehispánico, por ejemplo el maíz y la papa.

La opinión de Paródi tiene un valor especial: es un botánico que se ocupa de estos asuntos. Afirma: "Durante un viaje que realicé a Jujuy,

(¹) EDUARDO ALEJANDRO HOLMBERG (hijo), *Investigación agrícola en la provincia de Jujuy*, 144, 147, 149, 150; 1904.

Humahuaca y La Quiaca, en febrero del año 1931, tuve la suerte de reunir una interesante colección de plantas cultivadas en aquellas poblaciones entre las que figuran especies casi desconocidas en la Argentina. Varias de ellas, representadas por numerosas razas locales, son la expresión del progreso que hubo alcanzado la agricultura aborigen¹. En publicación más reciente dice de Humahuaca: "No hay dudas, según lo que yo mismo he podido explorar, que debe ser éste el valle más rico de la Argentina en variedades autóctonas de maíz y de papas (láminas FV y V)"².

Las exploraciones arqueológicas arrojan alguna luz sobre el tema. Así Debenedetti se inclina a creer que construcciones subterráneas prolijamente trabajadas con piedras, halladas en el Pucará de Tilcara, hayan sido graneros³. Cámaras cilíndricas o de otra forma que encuentra en los yacimientos 9, 45, 135, 175 y 176, del mismo lugar, le hacen sospechar que se trate de "graneros o depósitos para almacenar determinadas substancias". Se funda en su perfecta construcción y en el hecho de ser subterráneos, pero por encontrar esas cámaras vacías, no se atreve a confirmar la suposición⁴.

Coctaca, ubicada al naciente de Humahuaca, es localidad que conserva en los restos de *andenes* un amplísimo testimonio de la importancia que allí tuvo la agricultura indígena. No sería de extrañar que se encontraran indicios de silos. En noviembre de 1927, Greslebin realizó excavaciones arqueológicas, durante las cuales halló una cámara subterránea de forma rectangular cuya base medía 2 x 0,70 m. y la altura era de unos 0,80 m. En el interior no encontró nada y por faltar una laja del techo

(¹) LORENZO R. PARODI, *Notas preliminares sobre plantas sudamericanas, cultivadas en la provincia de Jujuy*, en *Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos Gaea*, IV, 19; Buenos Aires, 1932.

(²) LORENZO R. PARODI, *Relaciones de la agricultura prehispánica con la agricultura argentina actual. Observaciones generales sobre la domesticación de las plantas*, en *Anales de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria de Buenos Aires*, I, 150; 1935.

(³) SALVADOR DEBENEDETTI, *Influencias de la cultura de Tiahuanaco en la región del noroeste argentino (nota preliminar)*, 24; Buenos Aires, 1912.

(⁴) SALVADOR DEBENEDETTI, *Las ruinas del Pucará, Tilcara, quebrada de Humahuaca (provincia de Jujuy)*, 50, 64, 90, 106, 110; Buenos Aires, 1930.

afirmé que se había efectuado por allí el saqueo del contenido. Para Greslebin esta ruina corresponde a una cámara sepulcral¹.

No comparte esta opinión Casanova, que visitó la localidad algunos años más tarde. Afirma: "Entre las construcciones agrícolas más típicas están los graneros subterráneos que se encuentran en los *andenes* de cultivo"². No se ocupa con extensión del asunto, porque ello constituye el tema de una comunicación de su compañero de viaje, profesor Gatto³. Este halló una construcción subterránea enclavada en el muro de contención de un *andén*. Sus medidas son 1,80 x 1,20 m. de base, por 1,30 de altura. A pesar de no haber encontrado más que el esqueleto de un pequeño roedor, debido al lugar que ocupa y ateniéndose a la tradición, infiere que el hallazgo corresponde a un silo y publica una serie de noticias bibliográficas de casos similares de conservación subterránea de productos agrícolas.

Sigo en mi tarea de reunir los datos que permitan tener una idea acerca de la distribución geográfica de los silos indígenas. En las ruinas del Pueblo Viejo de La Cueva, situadas en la quebrada, que corresponde al extremo norte de la zona de Humahuaca, Casanova encontró siete graneros subterráneos construídos con rodados y lajas⁴.

DATOS ARQUEOLOGICOS ACERCA DE SILOS EN EL RESTO DEL PAIS.

La arqueología suministra noticias de la existencia de tales silos aun en la vertiente oriental de la cordillera de Zenta, en la quebrada de Iruya. En efecto, la XXV Expedición arqueológica del Museo Etnográfico en Titiconte hizo hallazgos sintomáticos de construcciones de recintos reves-

(¹) HÉCTOR GRESLEBIN, *Tipo de cámara sepulcral en la Quebrada de Coctaca (provincia de Jujuy)*, en *Physis*, IX, 327-334; 1929.

(²) EDUARDO CASANOVA, *Observaciones preliminares sobre la arqueología de Coctaca (provincia de Jujuy)*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, II, 30; 1934.

(³) SANTIAGO GATTO, *Un granero o silo en la quebrada de Coctaca*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, II, 51-56; 1934.

(⁴) EDUARDO CASANOVA, *Tres ruinas indígenas en la quebrada de La Cueva*, en *Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia*, XXXVII, 295-297, 317, figs. 48 y 49, láms. IV-1, 2, 1933.

tidos de lajas y ubicados en los muros de contención de los *andenes*, es decir, en localidad agrícola. “El objeto a que estaban destinadas estas construcciones es dudoso”, pero considerando la ubicación y la forma, “nos inclinamos a suponerlos silos”¹.

En un *antigal* que se halla en la finca Santiago, en la región de Colanzulí, a 8 Km. al sureste de Iruya, Márquez Miranda realizó un descubrimiento semejante, es decir, un silo de forma casi circular. Rellenado en parte con tierra no ofrecía vestigios de productos agrícolas, sin embargo “la escasa altura de la construcción, impropia para la vivienda, y el hallazgo de una tabla lítica y otra laja, fácilmente transformable en tabla de moler, así como de una pala plana de piedra, instrumental vinculado con la función del silo”, inclinan al autor en favor de la opinión de que se trata de granero subterráneo. A continuación suministra la noticia de haber encontrado un pequeño silo de forma ovalada en las excavaciones realizadas en el Pucará de Humahuaca. Conviene tomar nota del deseo que Márquez Miranda formulaba en 1933: “Tiempo es ya, de que algunos de nosotros se aboque al estudio completo de estas construcciones”².

Esta no es la única zona donde se hallaron restos verdaderos o supuestos de silos. A fines del siglo pasado, Ambrosetti los encontró en Quilmes. Son construcciones circulares, bien pircadas, de cinco metros o más de diámetro que casi siempre dependen de los edificios cuadrados con los cuales se comunican por puertas angostas...”. Cada familia o comunidad tenía su *pirhua* para depositar la cosecha de maíz, algarroba y quínoa, al abrigo de temporales y de ventarrones o con el fin de favorecer la resistencia en caso de ataque del enemigo. Un granero tiene forma de riñón³.

(¹) SALVADOR DEBENEDETTI, EDUARDO CASANOVA, *Titiconta*, en *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras*, serie A, III, 18, 19, 20, 21, 24, 25, croquis f. t., 1933-1935.

(²) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *El “pucará” del pie de la cuesta de Colanzulí. Nota preliminar sobre un nuevo yacimiento arqueológico salteño*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, II, 259, 263, 264, 268, 269; 1933.

(³) JUAN B. AMBROSETTI, *La antigua ciudad de Quilmes (Valle calchaquí)*, en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, XVIII, 41-43; Buenos Aires, 1897.

Noticia de silos mucho más lejanos publicó Debenedetti. Se trata de la provincia de San Juan, localidad Angualasto, departamento Iglesia. Encontró allí recintos circulares o cuadrangulares hechos en el suelo hasta unos 2,50 m. de profundidad. Lo más común es que estén aislados, pero se da el caso de agrupaciones de dos o tres. El techo debía ser de totoras, ramas y cañas. Debenedetti opina que fueron depósitos o graneros para guardar el producto de la cosecha, y agrega que ahora “los habitantes usan construcciones semejantes para los mismos fines”. Publica la fotografía de uno de estos silos ubicado “en el extremo sur de las ruinas y no sería imposible que fuera uno de los antiguos utilizados en nuestros días”¹. En 1937, en la zona de Rodeo (San Juan), no conseguí noticia de la existencia de silos.

Una gran tinaja encontrada en Pampa Grande (provincia de Salta), en opinión de Ambrosetti, sirvió para depositar maíz².

Enriquece los datos acerca de la distribución geográfica de los silos, un hallazgo realizado por Aparicio en Córdoba, departamento Punilla, arroyo de Balata. Se trata de una construcción subterránea que mide 1,10 m. de profundidad y con la boca de 0,97 m. de diámetro. Las paredes son de tierra cocida. Directamente no hay indicios que permitan afirmar a qué uso se destinaba. Aparicio interpreta que se haya tratado de un silo para almacenar grano³.

NOTICIAS HISTORICAS REFERENTES AL EMPLEO DE SILOS POR LOS INDIGENAS.

Con posterioridad reforzó esta opinión con una noticia histórica que reviste mucha importancia para el esclarecimiento del tema general de los silos indígenas en el noroeste argentino⁴. Se trata de la “Probanza presentada en la ciudad de El Barco por Juan Núñez de Prado, su fundador, para señalar sus servicios y manifestar sus agravios contra el capitán

(¹) SALVADOR DEBENEDETTI, *Investigaciones arqueológicas en los calles preandinos de la provincia de San Juan*, 137, 138. fig. 91; Buenos Aires, 1917.

(²) JUAN B. AMBROSETTI, *Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande*, 50-53, figs. 42 y 43; Buenos Aires, 1906.

(³) FRANCISCO DE APARICIO, *Una extraña construcción subterránea de tierra cocida*, en *Physis*, X, 290-293; Comunicación del 3 de mayo de 1930.

(⁴) FRANCISCO DE APARICIO, *Acerca de un silo subterráneo de tierra cocida*, en *Solar*, 195-200; Buenos Aires, 1931.

Villagra". El documento comienza así: "En la cibdad del barco, veinte y vn días del mes de mayo del señor de mill e quinientos e cinquenta e vn años...". Pedro de Rueda manifiesta: "...que al tiempo que este testigo entro en el pueblo de thoamagasta... e byo que por que diesen maiz los quemaban e un soldado que se dize martin gil dio de lançados a una yndia porque no le daba maiz e la enterro en un oyo que le abia dado de maiz primero e la mato por que no le quiso dar otro..."¹.

El mismo autor, en la sesión del 23 de julio de 1932 de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, volvió a ocuparse del asunto y presentó otro dato histórico. Se encuentra en la carta que el gobernador del Tucumán, Lucas de Figueroa y Mendoza, dirigió al rey respecto de la guerra contra los indios del valle Calchaquí. El trozo que interesa directamente dice: "...la mayor conveniencia para nuestro campo será entrar al valle por noviembre, por que quitándoles sus frutos, con ello se sustentarán nuestros soldados y Campo. Y si ellos primero lo recogen, *lo entierran* y esconden tanto que burian el mayor desvelo nuestro, y no puede dárseles alcance a un solo grano de trigo, cebada, maíz"². Lleva la fecha del 20 de noviembre de 1662. De esta comunicación Aparicio publicó tan sólo un resumen³.

Aplicando el procedimiento de rastrear noticias en los documentos históricos, encuentro algo en las "Ordenanzas dadas por Gonzalo de Abreu para el buen tratamiento de los indios en las provincias de Tucumán y estableciendo reglas para su trabajo en el laboreo de las minas". Están fechadas en Santiago del Estero el 10 de abril de 1576. La ordenanza 20^a establece que las cosas que los indios dan de tasa a los encomenderos "en los dichos pueblos los dichos yndios las saquen de las chacaras y ensierren en las pirguas y cassas que tienen para guarda dello..."⁴.

(¹) ROBERTO LEVILLIER, *Colección de publicaciones históricas de la biblioteca del Congreso Argentino. Gobernación del Tucumán. Probanzas de méritos y servicios de los conquistadores. Documentos del Archivo de Indias*, I, 68, 97; Madrid, 1919.

(²) LUCAS DE FIGUEROA Y MENDOZA, *Carta, en Santuario de Nuestra Señora del Valle, volumen tercero. Documentos del Archivo de Indias para la historia del Tucumán*, I, 264; Buenos Aires, 1923.

(³) FRANCISCO DE APARICIO, *Noticia acerca del empleo de los silos subterráneos por los indígenas del valle Calchaquí*, en *Physis*, XI, 178; Buenos Aires, 1932.

(⁴) ROBERTO LEVILLIER, *Colección de publicaciones históricas de la biblioteca del Congreso Argentino. Gobernación del Tucumán. Papeles de gobernadores en el siglo XVI. Documentos del Archivo de Indias*, I, 2^a parte, 39; Madrid, 1920.

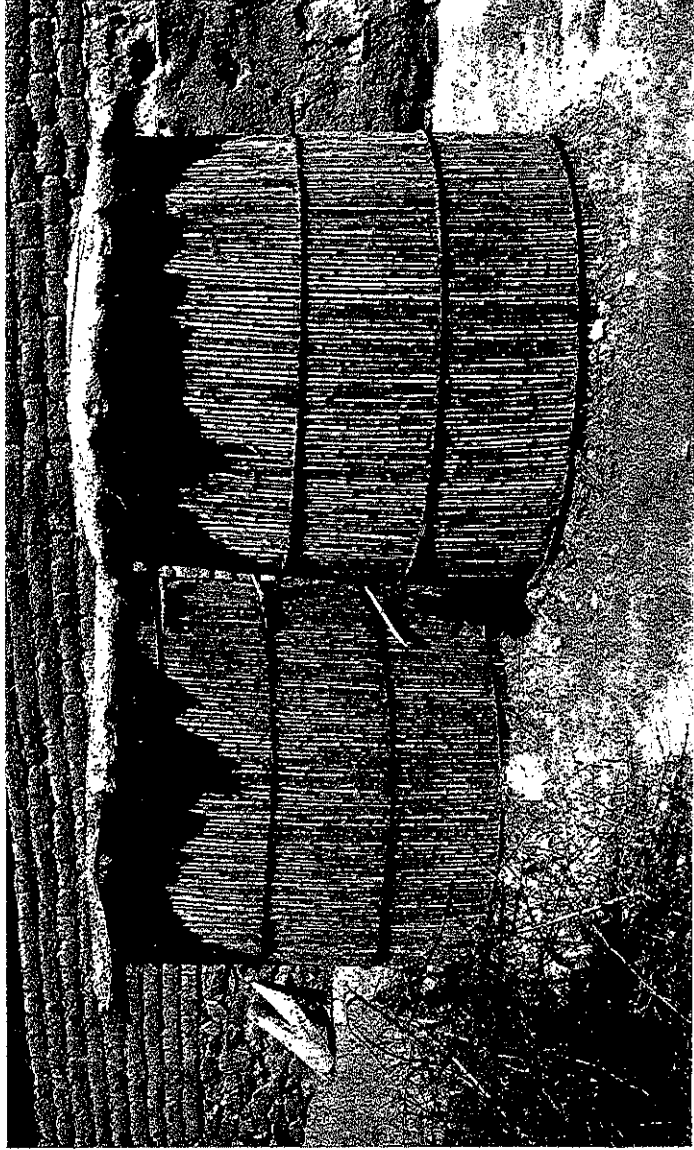
Otro gobernador de Tucumán, Mercado y Villacorta, en carta fechada en el real y fuerte de San Francisco de los Quiñes, Valle de Calchaquí, el 2 de enero de 1667, expresa “que no tenía esta jente otro modo de sustentarse que el de la algarroba de lo llano (*que se conserva en grande abundancia de un año para otro sin dañarse sobre la tierra*)”¹. Esta noticia habla a las claras del clima de Calchaquí que favorece tanto la conservación de las algarrobas; es algo que hace pensar en las *ramadas*.

Una compulsa sistemática de toda la documentación histórica nos podría suministrar quizá alguna otra noticia concurrente. Además del método histórico ya vimos que es de primer orden la fuente arqueológica, pues a ello debemos el conocimiento de reales o presuntos silos correspondientes a una zona extensa de la Argentina. Pero a la arqueología no le podemos pedir noticias mucho más numerosas, porque probablemente la mayor parte de los silos hechos en el pasado no se logró conservar. En efecto, ¿cuáles han perdurado? Los construídos en piedra o usando la tierra cocida. En todas las ocasiones los indios no habrán procedido así, no siempre habrán realizado verdaderas construcciones subterráneas resistentes; en más de una circunstancia, seguramente se trató de simples *hoyos* cuyo desuso conspira para su rápida desaparición. Respecto de los silos superficiales de madera de cardón, de ramas o de barro no se puede pretender tampoco una conservación por siglos.

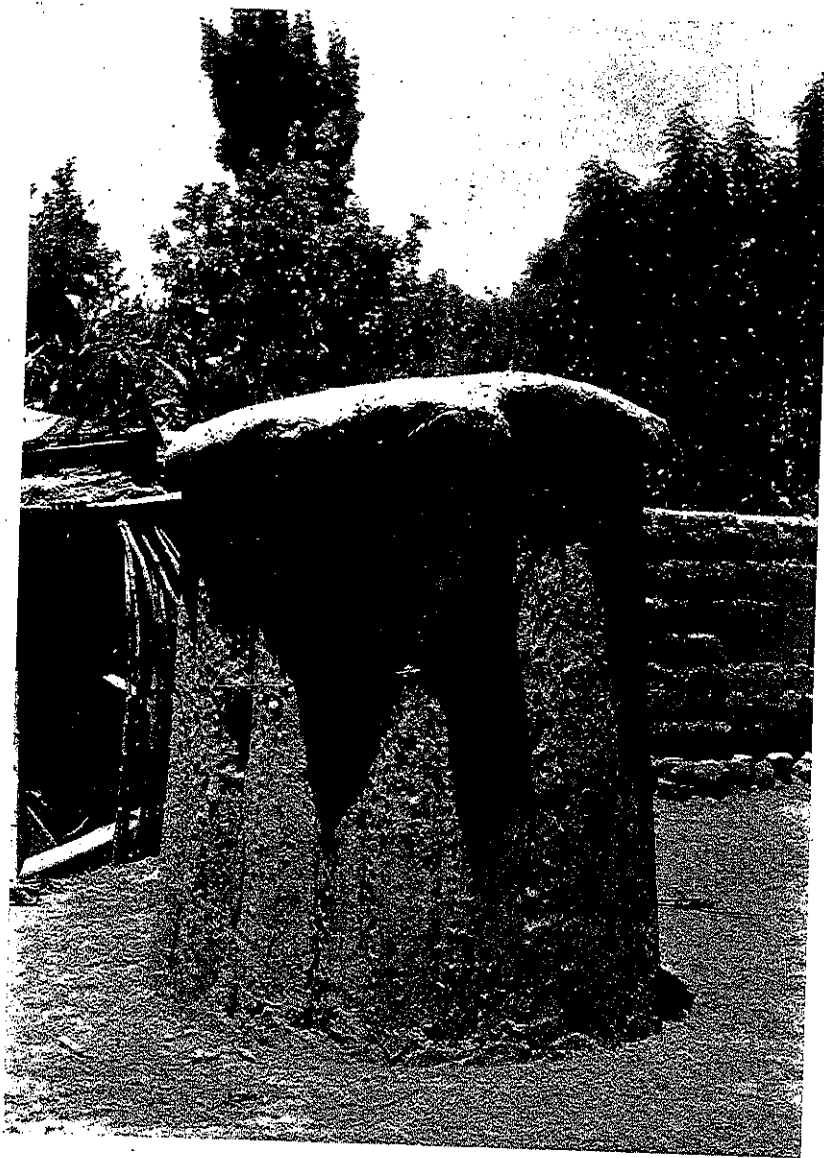
Comparando la distribución geográfica de los silos subterráneos actuales con los del pasado (de acuerdo a los datos históricos y arqueológicos), recibimos la impresión de que los encontrados en la quebrada de Humahuaca señalan un resto, una supervivencia de costumbres otrora más extendidas. Es otro documento de la reducción que en el país sufrieron algunas prácticas agrícolas; aun más, es el testimonio de un proceso de atenuación, paso intermedio hacia una próxima extinción².

(¹) ALONSO DE MERCADO Y VILLACORTA, *Carta sobre la huida de los Acalianes desde Esteeco al valle Calchaquí y sobre su pacificación*, en *Santuario*, etc., I. 273.

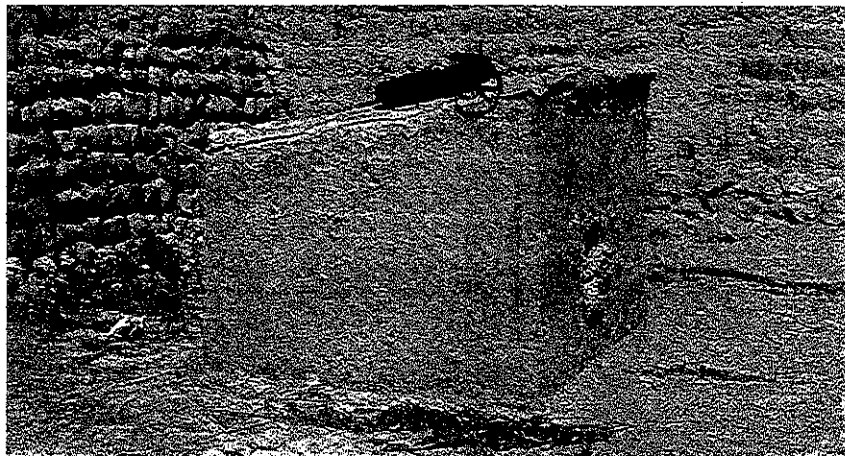
(²) *Comunicación presentada en la sesión de la Semana de Antropología realizada el día 30 de noviembre de 1937. Cartografía de M. T. Grondona. Fotografías del autor.*



Dos cestas de cañas y tablas de cardón para guardar maíz, en el patio de una casa de El Alfarcito (Tilcara, Jujuy, febrero de 1936).

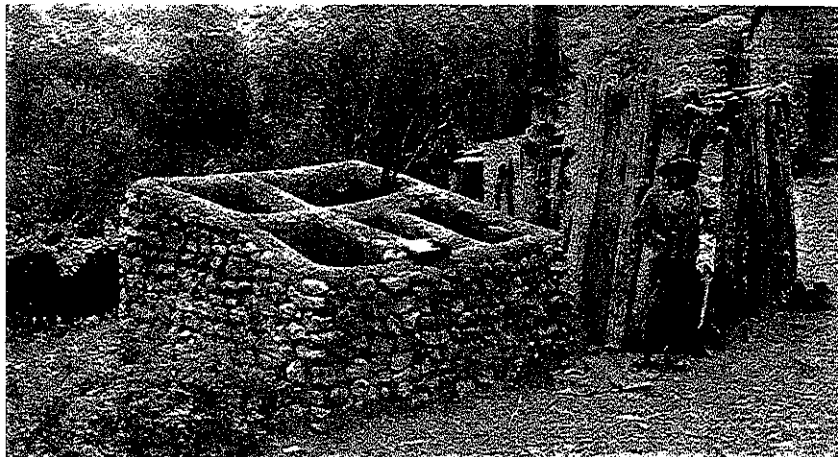


Granero de tablas de cardón, en el patio de una casa de Uquía (Humahuaca
Jujuy, febrero de 1936).



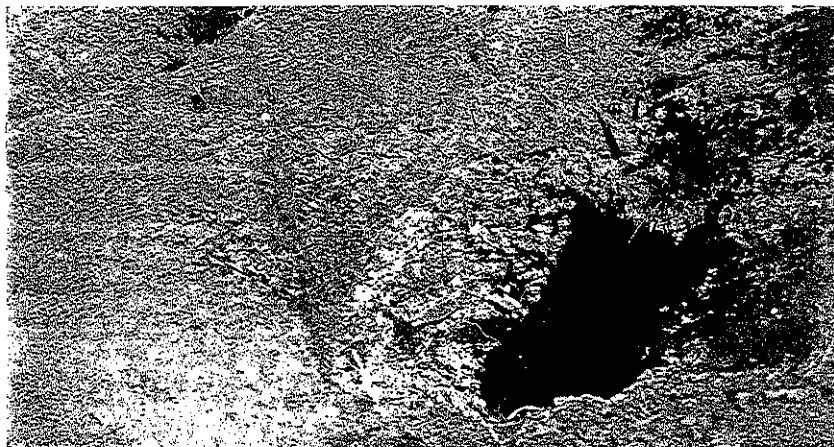
a

Troje de adobes revestidos (Norte de Maimará, Tilcara, Jujuy, febrero de 1936).



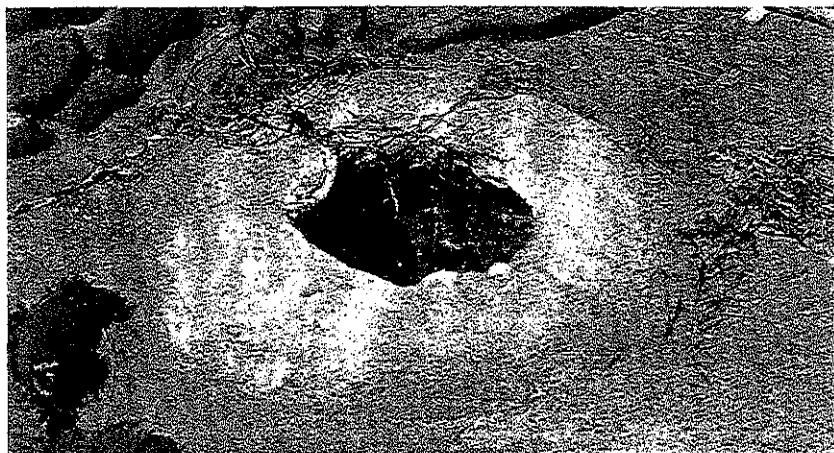
b

Granero de piedra y barro; la falta del techo deja vez la división interna. (Maimará, Tilcara, Jujuy, febrero de 1936).



a

Bocas de *hoyos* para guardar papas (Huichairas, Tilcara, Jujuy, febrero de 1936).



b

Resto de *torta* colocada para tapar un *hoyo* de papas (Norte de Maimará, Tilcara, Jujuy, febrero de 1936).

ARQUITECTURA ABORIGEN EN LA PROVINCIA DE SALTA

por

FERNANDO MARQUEZ MIRANDA

DENTRO del territorio de la actual República Argentina, pocas son las regiones absolutamente desconocidas arqueológicamente hasta el presente. Ciertamente es que la intensificación de estos estudios, practicada en nuestro país en lo que va del siglo, y acrecida singularmente en los últimos años, ha sido practicada sin un plan orgánico integral y ha quedado, por ende, librada a la simple elección personal de los investigadores. Esto ha determinado, como lógica consecuencia, que así como se marcaba más fuertemente el esfuerzo investigativo para algunas zonas, en las cuales se producían exploraciones reiteradas, otras — las menos — permanecieran como al margen de toda búsqueda arqueológica, verdaderas *no man's land*, en lo que a estas tareas se refiere.

Pocas tan verdaderamente olvidadas, hasta muy recientemente, como las que han motivado mis reiterados viajes. En efecto, los departamentos de Iruya y Santa Victoria, en la provincia de Salta, no sólo no han sido conocidos desde el punto de vista arqueológico hasta mis primeras comunicaciones preliminares sobre ellos, sino que aun se les desconoce desde el punto de vista meramente geográfico y de ambiente. Carecemos tanto de descripciones atinentes a su geografía física, cuanto a las condiciones en que se desenvuelve la vida de sus reducidas poblaciones de primitivos actuales, vale decir, a su geografía humana. A obviar esta primera laguna del conocimiento de tan vasta cuanto remota región, ha de aplicarse el relato de mis cuatro viajes de exploración en ella, que he entregado al Instituto del Museo de La Plata, para su publicación en aquella "Revista", y que, acompañados de numerosas fotografías que he podido tomar, ilustrarán las condiciones del medio ambiente, las dificultades de acceso, la

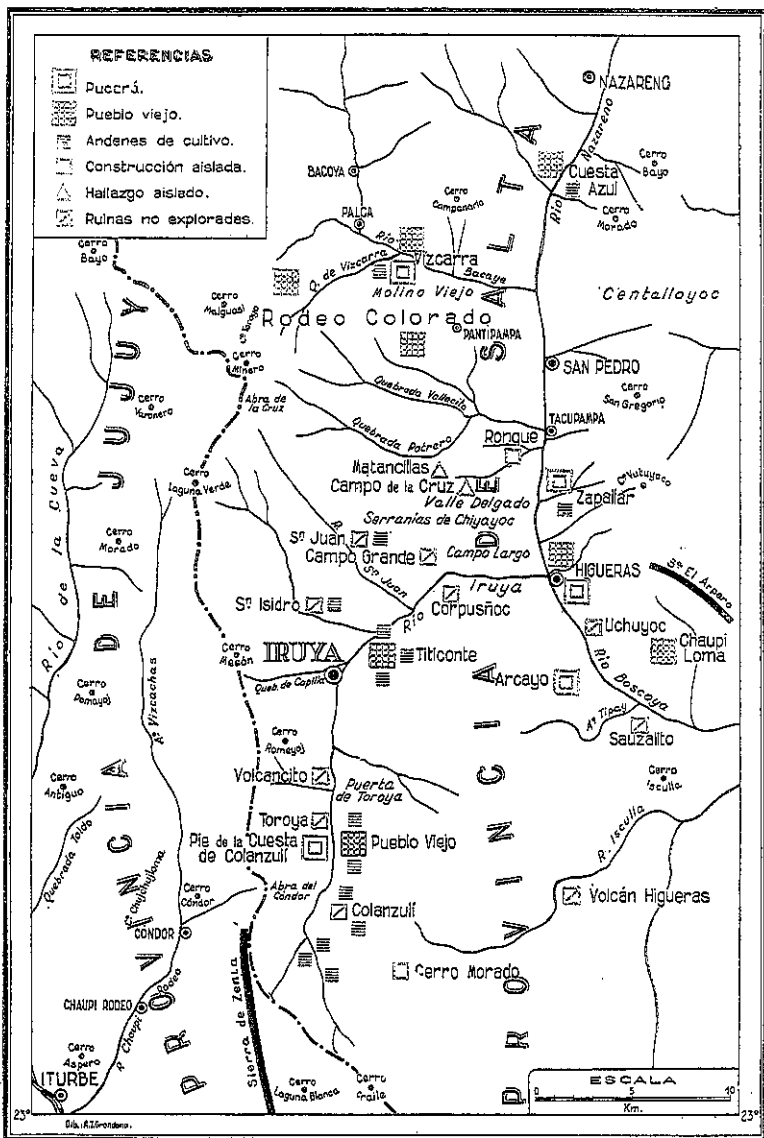
vivienda natural y numerosos otros temas conexos¹, en tanto que en la presente comunicación he de referirme, concretamente, a uno de los más importantes problemas arqueológicos: el relativo a la arquitectura. Por razones de método y de espacio disponible, no he de ocuparme en el estudio pormenorizado de las condiciones arquitectónicas de cada yacimiento — tarea que reservo para la monografía completa sobre esta zona, que actualmente tengo en preparación —, sino que daré una visión general sobre las manifestaciones de aquel carácter que tienen, desde luego, un interés particular.

Los viajes a que he de referirme, se han producido todos en las épocas de vacaciones escolares — enero a marzo — de los años 1933, 1934, 1937 y 1938. No debo callar que antes de esa fecha, en 1930, el doctor Salvador Debenedetti, entonces Director del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires — cuya prematura muerte tanto hemos lamentado los arqueólogos argentinos —, asistido por su discípulo, el doctor Eduardo Casanova, había realizado una excursión de estudios al yacimiento de Titiconte, situado a corta distancia del pueblo de Iruya, centro jurisdiccional del departamento del mismo nombre. Pero, debido justamente a las circunstancias de aquella lamentada muerte, el trabajo que el doctor Debenedetti había redactado para comunicar sus resultados al XXIV Congreso Internacional de Americanistas, reunido en Hamburgo, en 1930, se ha perdido, y sólo ha sido posible encontrar unas páginas fragmentarias, suerte de prólogo que el dilecto discípulo ha completado bastante más tarde, cuando yo había realizado mis dos primeros viajes². De suerte que, aunque concuerdo con aquéllos en cuanto al gran valor que el doctor Debenedetti atribuía a la arqueología de esa región como índice develador de numerosos problemas de contacto³, he llegado a estas consecuencias por mis propios medios, derivados de la investigación directa. Además, mis observaciones no sólo completan o aún rectifican en

(¹) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Cuatro viajes de estudio al más remoto noroeste argentino*, en *Revista del Museo de La Plata*, nueva serie, sección Antropología, 1938 (en prensa).

(²) SALVADOR DEBENEDETTI y EDUARDO CASANOVA, *Titiconte*, en *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras*, serie A, III, 7-35; Buenos Aires, 1933-1935.

(³) DEBENEDETTI - CASANOVA, *Titiconte*, 35.



algunos casos — como ha de verse — las de dichos autores, sino que las amplían enormemente, agregando a los datos de aquel yacimiento — único que ellos conocieron al oriente de la Cordillera de Zenta — los que se refieren a toda una enorme región de este accidentado territorio montañoso.

Ya en 1908, Eric Boman, autor de esa obra magistral, a la que debemos volver constantemente los arqueólogos que trabajamos con materiales del noroeste argentino, pintaba, en una página veraz, la situación en que se estaba, en el campo científico, con respecto a esta zona tan alejada de todo contacto con el resto del mundo, haciendo incapié en el “entrecruzamiento de montañas, de quebradas y de cuellos”, dotados de nombres diferentes y constituyendo diversas cadenas orográficas, “si en un laberinto semejante se puede distinguir una cadena de otra”. Afirmando, además, que el pico más alto *parece* ser el de Calilegua, “cuya altura, sin embargo, es desconocida...”, proclamaba, justamente, para esta región, aquel privilegiado título de *terra incognita* que antes le discerniéramos, agregando, a título de reflexión personal que su extraordinaria preparación avaloraba: “A juzgar por algunos objetos, principalmente piezas en piedra esculpida que he visto en Jujuy, estoy seguro de que una excursión arqueológica en estas montañas daría resultados inesperados”¹.

Y bien, mis cuatro expediciones, de 1933 a 1938, refuerzan aquella afirmación, un tanto intuitiva y apriorística, con la objetividad de los cientos de piezas extraídas de yacimientos absolutamente inéditos, y con el ingente material fotográfico y de estudios del terreno que he verificado durante su curso.

Los resultados generales, que paso a exponer directamente, demostrarán hasta qué punto era de verdadera la esperanza de Boman.

LA VIVIENDA ABORIGEN

Si consideramos a la región de Iruya y Santa Victoria como una zona general, desde el punto de vista de su arquitectura primitiva, advertimos de inmediato que hay en ella una primera diferencia, fundamental,

(¹) ERIC BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*. II, 791-792; Paris, 1908.

con respecto a las características similares del resto de las zonas vecinas y límites del noroeste argentino. En efecto, en aquéllas — tanto en lo que se refiere a la omaguaca cuanto a la diaguita — la vivienda típica en el momento de la llegada de los españoles es de forma cuadrada, en tanto que en la que ahora estudiamos es, casi sin excepción, elíptica o redonda.

Cierto es que en “la antigua *provincia* de los diaguitas”, para emplear ese comprensivo término que usaban los viejos cronistas, se pueden señalar tres tipos de materiales, netamente diferenciables, empleados en la habitación. Las viviendas primitivas eran de piedra en la región santamariana (valles de Santa María y Quimivil y algunas zonas vecinas), de quincha en Los Barreales (departamento de Belén y alrededores, Catamarca), y de barro en Angualasto y otras regiones de San Juan. Tal es la división que, de acuerdo con las zonas culturales propuestas para la Argentina por Palavecino¹, he desenvuelto en un reciente estudio de conjunto acerca de la cultura diaguita². En estos días, justamente, Antonio Serrano ha retomado el tema para tratar de establecer que estas tres subáreas de la región diaguita — cuya caracterización diferencial surge tan nítida de sus elementos arquitectónicos y de muchos otros elementos de su cultura material — corresponden, etnográficamente, a tres grandes parcialidades de los diaguitas: los calchaquíes, diaguitas propiamente dichos y sanagastas³.

Pero — dejando de lado, por el momento, no sólo este problema de la equivalencia arqueológico-etnográfica que Serrano propugna, sino también la invalidación de parte de la región montañosa de San Juan como zona diaguita, tal como ahora lo quiere Canals Frau, en comunicación leída en nuestra Sociedad Argentina de Antropología⁴ — no es menos cierto que

(¹) ENRIQUE PALAVECINO, *Áreas culturales del territorio argentino*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas* (La Plata, 1932), I, 231-232; Buenos Aires, 1934.

(²) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *La antigua provincia de los diaguitas*, en *Historia de la Nación Argentina*, I, 277-350; Buenos Aires, 1936.

(³) ANTONIO SERRANO, *La etnografía antigua de Santiago del Estero y la llamada civilización chaca-santiagueña*, 139-143; Paraná, 1938. (Las alusiones a este trabajo del profesor Serrano y al subsiguiente del señor Canals Frau han sido agregadas en pruebas, por no haber sido conocidos públicamente en la fecha en que esta comunicación fué presentada a la Sociedad Argentina de Antropología. Otro tanto ocurre con la cita de la edición de los viajes del autor, que figura al comienzo del presente estudio).

(⁴) SALVADOR CANALS FRAU, *Sobre el límite meridional de la región diaguita* (en prensa).

si los materiales utilizados en la vivienda primitiva varían, todas ellas responden, en su forma, a una norma única: la de la casa cuadrada o rectangular, típica de la cultura andina.

Recordemos — con todas las reservas que se quieran — uno de los principios de la “escuela culturoológica”. Una diferencia substancial en la forma de la vivienda puede implicar una variante notable en la filiación de un agregado social determinado. Todos los arqueólogos están de acuerdo en que, en Sud América, la forma cuadrada de vivienda corresponde a la gran cultura andina, en tanto que numerosos estudios comprueban que la forma redonda o elíptica presenta una amplia representación entre algunas de las tribus chaquenses.

Por ello, considero como una prueba sumamente importante de aculturación, el hecho de que los primitivos habitantes de Iruya y Santa Victoria utilizaran, preferencialmente, la vivienda elíptica o redonda. Hay una especie de solución transaccional, o de compromiso, en la adopción de las formas para la casa habitación, en tanto que se mantiene, como material de construcción, la piedra, que es, con las excepciones anotadas, el elemento más típico usado para estos menesteres en toda la amplia zona andina. Esta conservación de la piedra — en cambio de la madera — está perfectamente de acuerdo con las condiciones naturales del terreno en Iruya y Santa Victoria, región en la que los yacimientos se encuentran, habitualmente, entre los 2.800 y los 3.600 metros de altura sobre el nivel del mar y en donde, por lo general, no existen árboles, en tanto que la piedra aparece por doquier. Basta recorrer esas desoladas regiones, en las que las montañas muestran la entraña lítica, desnuda y multicolor, para advertir que las habitaciones no pudieron hacerse de otro material que de aquel que estaba tan a la mano. Esta abundancia permitió al artesano autóctono una habilidad extraordinaria y una selección amplísima en el uso de aquellos elementos, y ambas condiciones juntas han dado lugar a manifestaciones de alto valor arquitectónico.

No en todos los yacimientos, naturalmente, los restos arquitectónicos correspondientes a la vivienda primitiva se encuentran en las mismas condiciones de conservación. En algunos lugares, los restos de tal carácter se manifiestan por vestigios únicamente observables por una visión muy ejercitada en el estudio del terreno, pues las bases de las paredes primi-

tivas sólo emergen cosa de diez o doce centímetros del suelo, y se confunden fácilmente, para un ojo no experimentado, con la gran cantidad de piedras sueltas adyacentes. Estas provienen, justamente, de la demolición de las antiguas paredes de las casas.

En cambio, en otros, aquéllas se encuentran mucho más conservadas. En Rodeo Colorado, por ejemplo, los muros de las mismas se elevan a veces hasta una altura cercana a metro y medio, y son muy numerosos los que pasan de un metro (figura 2, *a*). Generalmente, algo después de la altura últimamente indicada, los muros de este yacimiento, comienzan a encorvarse ligeramente hacia adentro, demostrando una tendencia a la construcción de falsas bóvedas por el procedimiento conocido de las hiladas sucesivas.

En todos los casos, y en cuanto el muro se alza lo suficiente como para que tal observación sea posible, se advierte que se han empleado piedras de dimensiones sumamente dispares. Si bien sin el carácter tan sumamente notable de la vivienda de Arcayo, de que luego se hablará, es frecuente el caso de muros en los que puede observarse, formando parte de él, una gruesa piedra, sólidamente hincada en tierra y flanqueada por un conjunto de materiales líticos mucho más pequeños, que han requerido ser reunidos en varias camadas para alcanzar la altura, de la que emerge del suelo el gran pedruzco. Son numerosos los casos, perfectamente señalables, del empleo de tal técnica, en la que una cuidadosa selección de las piedras pequeñas ha permitido el ensamblamiento en el lienzo de pared de materiales mayores que, naturalmente, agregan solidez al aparejo. Tal ocurre, por ejemplo, en Huaira-Huasi (lámina IX, *a* y *b*). En Arcayo (lámina VII, *b*) se ha aprovechado una gran roca, que amenazaba obstruir el desenvolvimiento de la línea del muro, para formarlo de manera singularmente hábil.

Esta unión de materiales mayores con otros pequeños es tanto más necesaria cuanto que, en todos los casos, las habitaciones presentan muros cuyas piedras no están unidas por mortero o cemento alguno. Sólo su ensamblamiento perfecto y el propio peso de ellas han permitido su perduración a través del tiempo. Sin embargo, esta labor ha sido tan eficazmente realizada que la destrucción natural, por razón del tiempo, casi no cuenta, y las paredes resisten su transcurso siempre que agentes natu-

rales muy fuertes — derrumbamientos de las cumbres próximas, como en Titiconte, torrentes que laven y socaven el terreno, etc. — no producen sus perjudiciales efectos. Mucho más perniciosa es, desgraciadamente, la acción del hombre mismo, ya en forma directa — utilización de las piedras de las construcciones antiguas para corrales modernos, según pasa en Rodeo Colorado o Cuesta Azul; para viviendas del primitivo actual, como en el primero de estos puntos; despejamiento del terreno con vistas a la agricultura, de acuerdo a lo que acontece en Matancillas o Campo de la Cruz; emplazamiento de cementerios actuales en viejos lugares de habitación aborígen, como en Higueras y Cuesta Azul —, ya en forma indirecta, como lo es el tránsito de ganado, tal cual ocurre en Chaupi Loma.

Las puertas son, generalmente, lo suficientemente anchas como para dar paso a una persona y sin una orientación precisa hacia ninguno de los puntos cardinales. En Rodeo Colorado, por ejemplo, las primeras casas exploradas marcaban una preferente apertura de las puertas hacia el este, pero una continuación de las tareas, que admitió la investigación de las condiciones de entrada existentes en un número mayor de habitaciones, permitió observar que aquello había sido sólo una coincidencia inicial, aunque parece que en ese yacimiento hubiese alguna preferencia por la apertura de las entradas hacia la parte oriental. Como estos viajes han sido practicados en el verano, vale decir, en la época en que la corta vegetación espinosa de estas regiones — *talas, churquis, cardones*¹ — se manifiesta en toda su fuerza, la investigación de cada uno de aquellos recintos debió de practicarse previa una labor de limpieza del suelo, que a veces insumía mucho tiempo, dado que había que deshierbar, previamente, el terreno de todas esas plantas, difíciles de manejar en razón de sus defensas naturales y de poseer raíces poderosas que se enraigan fuertemente entre las piedras. De ahí que estos datos, respecto del resto de las viviendas, no excavadas, sólo puedan ser dados de una manera aproximativa, pues

(1) Naturalmente, las condiciones fito-geográficas del territorio dependen estrechamente de la elevación del terreno. En Valle Delgado abunda vegetación alta. En la población de Iruya he realizado un herbario de cincuenta ejemplares de arbustos regionales, cuya determinación ha tenido la amabilidad de hacer el doctor Ángel L. Cabrera, del departamento de Botánica del Museo de La Plata.

no siempre es fácil localizar el lugar preciso de una puerta en una pared semiderruida y recubierta de vegetación.

En algunos yacimientos — Cuesta Azul, por ejemplo — esta localización puede verificarse más fácilmente por haberse utilizado piedras más grandes que las que, de ordinario, forman la pared, para establecer sólidamente la entrada. Como ellas debían de mantener, además, la pared, evitando cualquier deslizamiento lateral, se les clavaba fuertemente en tierra. En los casos de arquitectura más evolucionada — Titiconte, lámina I, *a* y *b*; Arcayo, lámina VI, *a* y *b* — estos lados de la puerta eran monolíticos a veces, y los dinteles y umbrales también, utilizándose, al efecto, grandes y gruesos trozos de piedra. De esta suerte, la puerta quedaba sólida y perfectamente encaadrada.

Los vanos resultantes afectaban, casi siempre, una forma rectangular, como en las construcciones aimarás, y no trapezoidal, a la usanza quichua. Pero aun en los casos de puertas cuyas jambas no son monolíticas, es frecuente el hallazgo de piedras canteadas, que eran colocadas unas sobre otras con suma precisión, hasta alcanzar la altura requerida, en forma tal que la línea exterior o de jamba era perfectamente recta, sin la más leve variante a su rigurosa verticalidad, y la puerta gozaba de una aplomadura perfecta. Tal ocurre en Titiconte (lámina III, *b*), en Huara-Huasi (lámina X, *a*) y en Zapallar (lámina V, *a* y *b*).

Las dimensiones de algunas de estas casas elípticas son considerables. En Molino Viejo he excavado varias que medían más de 6,50 metros de diámetro máximo. Otro tanto ocurría con las de Rodeo Colorado, aunque, a veces, al lado de una de esas mayores aparecía otra más pequeña. En el “pueblo viejo” de Cuesta Azul, he llegado a investigar una de 7,35 metros de diámetro máximo. En cambio, en Ronque, la única que hallé sólo medía 3,45. Esto demuestra que si bien las dimensiones oscilan dentro de la región — y aun, en algunas oportunidades, dentro de un mismo yacimiento —, sus límites extremos deben estar entre las de Ronque y Cuesta Azul, y las medidas más frecuentes fluctúan entre los 4,50 y los 6,20 metros.

Dentro de esta serie de “antigales”, sólo hay uno que hace excepción a esta regla de la vivienda elíptica, y no porque en él falten las de este tipo, sino porque se presentan *simultáneamente* con las de forma cuadrada. Este yacimiento — notable también, según veremos luego, por otras mani-

festaciones curiosas de su arquitectura — presenta el caso curioso de concentrar en su recinto ambos tipos de vivienda.

Me refiero a la localidad de Titiconte. Ya el doctor Debenedetti, en el trabajo recordado, ha señalado que las habitaciones se presentan con las siguientes formas predominantes: rectangular y elíptica¹. Insistiendo sobre este particular, advertimos que Titiconte es, desde este punto de vista, el límite a partir del cual comienzan a aparecer, en *todos* los demás yacimientos de Iruya y Santa Victoria, las viviendas invariablemente elípticas, tal como ha quedado demostrado por el resultado de mis ulteriores viajes. Sólo en Huayra-Huasi he hallado una casa netamente rectangular, y otra semejante en Rodeo Colorado, esta última en un yacimiento que comprende más de un centenar de casas elípticas. Aun así, este caso de Rodeo Colorado no era definitivamente probatorio, pues los cimientos de esa construcción mostraban una marcada tendencia a encurvase en los ángulos.

Naturalmente, esta existencia de habitaciones elípticas — vale decir, de la misma o semejante forma a la de los graneros — podría prestarse a confundir aquéllas con éstos. Sin embargo, esta confusión no es posible, por diferentes causas. En primer término, las casas denuncian sus caracteres por haberse hallado, en las excavaciones practicadas en su subsuelo, instrumental doméstico de diverso tipo, y aun hasta una sepultura en hoyo simple de tierra, que *siempre* se hallan en el subsuelo de las habitaciones. Además, la existencia de nichos, perfectamente realizados en la parte interna de estos muros (lámina II, *b*), equivale a manifestar un propósito de habitación y no de mero depósito agrícola. Si alguna duda pudiera quedar, sería el caso de comparar algunas de estas casas con nichos, con la hermosa vivienda que también los ostenta, y que hallé en Arcayo, en mi viaje de 1937 (lámina VII, *a* y *b*). De esta comparación surge, con claridad meridiana, un parentesco evidente en el propósito arquitectural y en la finalidad que le dió motivo y, por lógica consecuencia, la conclusión de que las construcciones del yacimiento de Titiconte, de paredes elípticas y de amplios nichos abiertos en las paredes, son casas y no graneros.

(1) DEBENEDETTI - CASANOVA. *Titiconte*, 18.

Como último argumento en favor de mi tesis de la determinación de tales construcciones en Titiconte como lugar de habitación, invocaré las dimensiones mismas de aquéllas. En algunos casos arrojan un diámetro máximo superior a cinco metros. Este dato es, de por sí, suficientemente elocuente, si se le compara con lo antes dicho acerca de las medidas que presentan las viviendas de otros yacimientos regionales, antes recordadas. Los silos de la zona omaguaca, así como éstos de Iruya y Santa Victoria, no exceden, en ningún caso de los tres metros, aun en sus más amplios tamaños. Las casas redondas o elípticas, en cambio, aun las más pequeñas — salvo el caso de la excepción de la única vivienda de Ronque antes mencionada —, pasan siempre de los cuatro metros y, a veces, de los siete de diámetro máximo. Por estas razones, pues, puedo afirmar que en Titiconte se presenta el caso especial de un yacimiento en el cual viviendas elípticas y cuadradas se presentan conjunta y contemporáneamente.

Es curioso hacer notar que, en algunos casos, las viviendas de Titiconte son semisubterráneas, vale decir que su piso se encuentra a un nivel inferior al del suelo sobre el que se ha edificado los muros. Además, como ya hizo notar Debenedetti, una de sus características más interesantes la constituyen “los estrechos corredores subterráneos que unen entre sí los distintos recintos, corredores que llegan a medir hasta 12 metros de largo”¹ y que no se encuentran en otros yacimientos.

Por otra causa es también sumamente grande la importancia arquitectónica de Titiconte. En todo el noroeste argentino, las viviendas se manifiestan en forma de casas compuestas por una sola habitación. Esta regla es tan invariable — aun en Iruya y Santa Victoria — que aun en el caso de construcciones tan vecinas entre sí que sus muros se toquen, el constructor indígena no llega, en ningún caso, a establecer paredes medianeras sino que, simplemente, las adosa. Más aún, cada una de estas habitaciones, pegadas entre sí, carece de puerta de comunicación, y se maneja como una unidad absolutamente autónoma — al menos desde el punto de vista arquitectónico — con respecto a su vecina inmediata. Esto es lo que normalmente ocurre, tanto en la región diaguita cuanto en la

(¹) DEBENEDETTI - CASANOVA. *Titiconte*, 18.

omaguaca. Alguna excepción que pudiera observarse en la primera se referirá, ciertamente, a elementos de arquitectura importados y provenientes de una cultura superior. Tal vez pueda ocurrir en alguna de las famosas "tamberías" incásicas desparramadas en el noroeste argentino, aun cuando no los han encontrado — con esas características — ni Francisco de Aparicio, que trabajó en Ranchillos (Mendoza), ni Héctor Greslebin, en Chilecito (La Rioja).

En cambio, en Titiconte (lámina II, *a* y *b*) — y también en Arcayo (lámina VI, *b*), que, aunque menor en tamaño como yacimiento, se le asemeja tanto en su arquitectura —, las habitaciones suelen comunicarse, en grupos de dos o tres, por medio de puertas interiores. En Arcayo el único ejemplar de casa comunicada interiormente, magníficamente conservada en muchos aspectos, no reúne más que dos habitaciones, de las cuales una sola presenta acceso desde el exterior, quedando la otra como meramente interior y dependiendo, por lo tanto, de aquella puerta de acceso. Existe, empero, una diferencia que deriva no ya de la técnica de construcción, sino de las condiciones del terreno. La casa de Arcayo está asentada sobre un terreno más bien plano, al borde mismo de una ríspida ladera que baja hasta la quebrada, por donde corre el río Iruya, en tanto que las de Titiconte se suelen escalonar en la ladera de aquel yacimiento. En consecuencia, en el primer caso las dos habitaciones aparecen al mismo nivel, en forma tal que la puerta de comunicación — más bien cuadrada — a pesar de ser baja, cumple con toda propiedad su cometido. En el segundo, en cambio, los cambios de nivel anotados son, a veces, tan fuertes que lo que aparece, para una de las piezas, como puerta de comunicación, resulta ventana de su vecina, por quedar su umbral a bastante distancia del suelo.

Otra cosa sumamente interesante, en ambos yacimientos, es el uso de la falsa bóveda, formada por hiladas sucesivas de piedras chatas o de lajas, que se utiliza en estas casas (láminas IV, *a* y VIII, *a*). Generalmente en Iruya y Santa Victoria se repite el caso, sólito en el noroeste de nuestro país, de que las viviendas de los primitivos habitantes aparecen destechadas en el momento que el arqueólogo toma contacto con ellas. Los arqueólogos de la época clásica entendían — y para algunas zonas no les faltaba razón — que esta carencia de techos era debida a que como éstos eran hechos con

materias vegetales —pajas u hojas arrojadas sobre un armazón de ramas— de suyo perecibles, desaparecían rápidamente en el correr de los años, persistiendo, en cambio, el resto, construído de sólida piedra. Otros, más tentados por dar rienda suelta a la imaginación que por fiarse en observaciones directas y personales, arguyeron que aquellas primitivas construcciones siempre habían carecido de techo, y que la sequedad habitual de estas regiones montañosas hacía que aquellos fueran innecesarios. Naturalmente, quienes así razonaban no habían estado jamás en Iruya y Santa Victoria, en donde las precipitaciones atmosféricas en la época de las lluvias — que es, justamente, la del verano, en que las visito — son fuertes y reiteradas, llegando en ocasiones hasta a producirse dos o más veces en un mismo día.

Ya en Rodeo Colorado, según se insinuó antes, localidad en la que los muros más conservados llegan hasta cerca de metro y medio, se podía notar un suave encurvamiento de la parte superior de aquéllos, hacia adentro, que iniciaban, de esta suerte, con esa graciosa curva, la falsa bóveda o — al menos — un estrechamiento de las distancias entre muros para poder aplicar sobre ellos el armazón de ramaje sostenedor del techo vegetal. Pero en Titiconte y Arcayo se encuentran techos perfectamente conservados y totalmente construídos en piedra, con una técnica sumamente perfecta, en la que la falsa bóveda se conserva completa y puede admirarse en todos sus detalles (lámina VIII, *a* y *b*). Estos hallazgos solucionan — para esta región del noroeste argentino — el problema de cómo se techaba la vivienda autóctona, debiendo agregarse que aquellas falsas bóvedas se hallan recubiertas, en uno y otro yacimiento, por una capa de barro amasado con pequeñas piedrecillas (lámina II, *a*, y IV, *a*), del tipo de la *torta* que aun hoy se utiliza en la confección de la techumbre de la vivienda natural de los primitivos actuales de la región.

Las características arquitectónicas, tan curiosas cuanto importantes, que aparecieron en el yacimiento de Titiconte, me hicieron suponer, de inmediato, que éste no podía ser un caso absolutamente excepcional y único en la región. Años más tarde, en 1937, he tenido la ratificación de esta presunción, hallando en Arcayo, aunque mucho más en pequeño, elementos arquitectónicos que son el *pendant* de los de Titiconte. Esto, lejos de amminorar el valor de los de Titiconte, permite aquilatar debidamente sus sig-

nificativas condiciones y considerarle no como el caso excepcional que se presta a dudas por su falta de ratificación misma, sino como el eslabón de un sistema y de una técnica de la construcción que, si bien es novedosa en nuestro territorio, no se presenta como un fenómeno único y fuera de serie.

ARQUITECTURA DE TIPO AGRICOLA

Si bien, dentro del conjunto de restos existentes, lo más importante, en este orden de ideas, es lo referente a la vivienda primitiva, hay otro tipo de restos que, por su gran extensión territorial y por su importancia en la economía de los autóctonos, no le queda muy a la zaga. Me refiero a lo que denomino arquitectura vinculada a la agricultura, que se manifiesta en dos grandes formas: los “andenes” o *sucres*, y los graneros o silos.

Los primeros se encuentran muy a menudo, ocupando grandes extensiones. Junto a cada grupo importante de habitaciones — o cerca, al menos, a veces quebrada por medio — se presentan estas construcciones. Como es sabido, pues en su técnica no difieren esencialmente de lo que puede observarse en otras regiones del noroeste más frecuentadas y accesibles, los “andenes” — como les denominaron los cronistas de la época de la conquista — son terraplenamientos escalonados en las laderas de las elevaciones del terreno con el objeto de ampliar el área de superficie cultivable y poder aprovecharla mejor, obteniendo cosechas más abundantes. Al reemplazar la superficie oblicua natural del terreno por esta serie de graderías o escalones, se obtiene, asimismo, una posibilidad mayor de aprovechamiento de las aguas, ya provengan de las precipitaciones atmosféricas — riego “a temporal” —, ya de la irrigación artificial. A este respecto puede recordarse la forma cómo los omaguacas practicaban esta última técnica, de acuerdo con los datos que proporciona el gráfico de Héctor Greslebin para un estudio de Debenedetti.¹

(¹) HÉCTOR GRESLEBIN, *Sistema prehispánico de Irrigación*, en SALVADOR DEBENEDETTI, *Las ruinas prehispánicas de El Alfarcito (Departamento de Tilcara, provincia de Jujuy)*, en *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba*, XXIII. 287-318; Buenos Aires. Coni. 1918.

En Iruya y Santa Victoria, estos "andenes" no reciben riego artificial, dentro del área por mí visitada. En Titiconte — cuyos *sucres* se hallan muy cerca del pueblo primitivo propiamente dicho y ocupan una extensión de 18 hectáreas — el riego se hacía simplemente, "a temporal" y lo propio ocurre en las grandes superficies que ellos ocupan en las laderas del camino de Cuesta Azul, en el alto de Taco Pampa y en tantos otros lugares.

En general puede decirse que ni aun en superficies más pequeñas he podido hallar huellas notorias de que el agua fuera distribuída artificialmente, salvo las ya observadas acequías de Titiconte¹ con las cuales, se completaba el riego general, entregado al poder discrecional de las lluvias. Así, en Zapallar, por ejemplo, en donde los escalonamientos de muros de contención de las tierras de la ladera se encuentran enfrente mismo del morrito sobre el cual se encontraba asentado un pequeño "pucará", el cultivo se efectuaba, como en los otros lugares recordados, por medio de sembradíos que no recibían otra agua que la eventual proveniente de las precipitaciones atmosféricas, procedimiento al que los habitantes actuales del noroeste argentino denominan "siembra a temporal".

Naturalmente, en todos estos casos la *pirca* se realizaba con una técnica adecuada de selección de la piedra, utilizándose, con preferencia, la pequeña. Los pedruzcos se utilizaban con sus formas naturales, sin retocar ni cantar, que asegura, por aquella selección, su perfecto y recíproco encaje. En lograrlo se basa, desde luego, el secreto de la perdurabilidad de estos murallones, ya que — como en el caso de las viviendas — éstos se levantan sin la utilización de mortero o cemento alguno que robustezca el aparejo. Sin embargo, y pese a la considerable presión lateral ejercitada por la tierra cuyo deslizamiento impiden, estos muros de contención se mantienen, en nuestros días, con la misma impecable factura con que fueron hechos. Los *pirca*dores indígenas o mestizos, actuales, no tienen, ni con mucho, la habilidad manual de los de la época de la conquista, y esto es advertible a simple vista. Una *pirca* moderna es sólo, visualmente, un confuso y abigarrado conjunto de piedras, en tanto que la antigua se

(¹) DEBENEDETTI - CASANOVA. *Titiconte*, 18.

reconoce de inmediato por la falta de soluciones de continuidad entre sus partes líticas componentes.

En algunos lugares — en Higueras o Huaira-Huasi, por ejemplo — he encontrado conjuntos de andenes escalonados cuyos diferentes niveles se comunican entre sí por medio de unas escaleras rudimentarias compuestas por una serie de piedras salientes — de las mismas que componen el aparejo mural — ubicadas en línea oblicua, en forma de que se pueda ir pasando de un nivel a otro pisando, sucesivamente, sobre esta serie de rebordes líticos que ofician de escalones (lámina X, b). Grande fué mi satisfacción al observar, en mi reciente viaje al Perú, en las célebres andenerías de Pisaj, cercanas a Cuzco — y, sin duda, el lugar de más perfecta arquitectura de este tipo de todo lo que se conoce del secular Tahuantinsuyo —, que allí los “sucres” presentaban idénticas escalas. Algo más tarde, hallé otro caso de igual tipo de comunicación entre dos niveles muy cercanos, en Machu-Picchu, la asombrosa “ciudad de las escaleras”, en donde, a pesar de haber tantas, y algunas excelentes, de centenares de escalones, no se ha desdeñado este tipo rudimentario. Tales manifestaciones — que no se encuentran en todos los lugares donde existen “andenes”, en Iruya y Santa Victoria — hacen pensar en la posibilidad de que en Higueras, Huaira-Huasi y aquellos lugares donde luego aparezcan, el trabajo de aquéllas haya sido realizado por virtud de una intervención de constructores más septentrionales.

El otro tipo de construcción vinculada con la agricultura que allí aparece es el silo. Estos son frecuentes. Ya en los propios andenes — como se les halla en Titiconte —, ya en las vecindades de las casas. Son construcciones redondas, con techo en falsa bóveda y puertas bien trazadas, especie de copias reducidas de las casas, aunque no presenten nichos en la cara interna de su pared. Ni en su interior ni en su subsuelo se encuentra cosa alguna, habitualmente, lo que impide suponer su habitación. En algunos casos aislados se hallan, sin embargo, en ellos, objetos en corta cantidad y, desde luego, vinculados con el propósito agrícola que les es propio.

Hay otro tipo de granero, aun más curioso. Es el que ya observamos el autor de estas líneas en Humahuaca¹ y Santiago Gatto en Coctaca²: la troja subterránea o semisubterránea. En mi viaje de 1934 hallé otro granero subterráneo en la cima de un “pucará” situado en las proximidades de Iruya, de cuya existencia di cuenta³. Su presencia en la zona ha sido también anotada por Debenedetti, por Casanova y por mí en Titiconte. Tales hallazgos no eran más que el indicio de la posibilidad de su ulterior hallazgo en toda la zona. En efecto, les he encontrado en casi todos los yacimientos explorados.

En todos los casos — salvo en Arcayo, en donde le hallé inmediatamente fuera de la casa de habitaciones comunicadas — este tipo de granero se halla en el interior de las viviendas, construyéndose en el subsuelo de las mismas. Trátase de pequeños recintos redondos o elípticos, de diámetro cercano a un metro, constituídos por una pirca circular que, a veces, se va enangostándose hacia arriba, y cerrados por grandes lajas que ofician de tapa. Su factura no difiere fundamentalmente de la de algunos de los recintos funerarios de que hablaremos luego. Las excavaciones practicadas no han arrojado luz acerca de los productos agrícolas que en estas trojas se guardaban, pues, como ocurre en los casos análogos de las zonas vecinas a que antes se hizo referencia, estas pequeñas construcciones aparecen totalmente vacías. Su atribución como graneros subterráneos es, por lo tanto, producto de una inferencia arqueológica, aunque sea hoy casi unánimemente aceptada por los especialistas.

ARQUITECTURA SEPULCRAL

Ya en su trabajo sobre Titiconte, anota Casanova la existencia de dos tipos de entierro: “Los adultos fueron depositados en tierra directa-

(¹) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *El “pucará” del pie de la Cuesta de Colanzull*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, II. 263-269; Buenos Aires, 1934.

(²) SANTIAGO GATTO, *Un granero o silo en la quebrada de Coctaca*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, II. 51-56; Buenos Aires, 1934.

(³) MÁRQUEZ MIRANDA, *El “pucará” del pie de la Cuesta de Colanzull*, 263-264.

mente; los párvulos en urnas toscas”². Tal afirmación es, sin embargo, incompleta, pues he tenido la fortuna de hallar, en mi viaje de 1933, en la cercanía de uno de los ángulos interiores de una de las casas cuadradas, que excavé en ese yacimiento, un recinto sepulcral en el subsuelo. La casa en cuestión medía 5,65 metros de diámetro mayor por 4,60 metros de diámetro menor. Su única puerta de comunicación con el exterior medía 0,40 centímetros de ancho. El instrumental obtenido fué brevísimo: un hermoso *topo* de hueso, hallado a 68 centímetros de la superficie, y una pala plana grande, a un nivel ligeramente superior. Esto no ha de extrañarnos sabiendo el parvo material arqueológico que ha sido extraído de este yacimiento. Por último, a 66 centímetros de la superficie, apareció una gran laja de piedra, de forma rectangular, que servía de tapa al recinto funerario. Medía 89 centímetros de largo por 61 de ancho y 5 de espesor. Retirada esta tapa, quedó en descubierto la entrada o boca del recinto funerario. Medía 89 centímetros de largo por 61 de ancho y 5 de espesor. Sus dimensiones eran: 60 x 50 centímetros. En su interior esta cámara sepulcral era, sin embargo, más amplia y aún más rigurosamente cuadrada, pues medía 70 x 72 centímetros, siendo su profundidad también de 70 centímetros.

La construcción era sumamente simple, aunque realizada con evidente cuidado y perfección. Sus cuatro paredes estaban constituidas por otras tantas lajas grandes. La reducción del tamaño de la boca, en comparación con la amplitud o diámetro del recinto, estaba lograda por medio de una serie de lajas menores, estrechas y largas, colocadas sobre las cuatro paredes, a manera de tirantes líticos, que soportaran la gran tapa, la cual excedía ampliamente el tamaño de esa boca, según queda visto, a fin de asegurar su cierre perfecto. Como en casos semejantes, la cámara sepulcral en cuestión no había sido utilizada para el entierro de un solo individuo adulto. En ella se hallaron los restos de dos, aunque tan deshechos ya por la humedad del subsuelo y el tiempo transcurrido, que se fracturaban y pulverizaban al menor contacto.

Esta construcción funeraria estaba vacía en su casi totalidad. Sólo en el fondo, los huesos reposaban sobre una tierra fina, que contrastaba

(²) DEBENEDETTI - CASANOVA, *Titiconta*, 35.

con el fondo duro y como apisonado de la tumba. Junto con los huesos se hallaba algún ajuar funerario, tan pobre como corresponde a un yacimiento de tan parva arqueología: seis *guayquitas* de hueso y piedras de color, redondas y de tamaño desigual, un trocito de tejido, una cestita de mimbre y unos trocitos, inclasificables, de madera. El tejido era un pedacito pequeñísimo, de un color verde intenso — la punta de un dobléz. según revelaba su técnica — y medía tan sólo 0,025 x 0,010 metros. La



Fig. 1

Rodeo Colorado: Tres niveles sucesivos de construcción. En la parte superior el muro de la vivienda, compuesto principalmente por bloques canteados; en la parte media, los cimientos del mismo muro realizados con bloques mayores y groseros; en la parte inferior una cámara sepulcral practicada con piedras más pequeñas y tapada por una fila de lajas finas.

cestita de mimbre, excesivamente penetrada por la humedad, era ovoidal, de manufacturación en espiral y de casi 0,140 metros de largo por 0,075 de ancho, no pasando su fondo de 0,055 metros, revelando, por su ubicación en el entierro, haber sido colocada en último término, sobre todo lo demás.

Si he señalado con algún detenimiento este hallazgo — en contraposición con el sistema de visión general de los problemas arquitectónicos adoptado para esta comunicación — es para afirmar que a las dos formas de enterramiento, señaladas por Casanova, debe agregarse, todavía, la de construcción de sepulturas en piedra. En efecto, el hallazgo hecho por mí en Titiconte corresponde a una serie de cámaras funerarias similares que he podido estudiar en detalle en cada uno de los “antigales” que he visitado el Iruya y Santa Victoria, y de cuyas características generales daré cuenta de inmediato.

Estas sepulturas se encuentran en el subsuelo de las habitaciones y, generalmente, a menos de un metro de la superficie (figura 1). Sus formas son variadas. Ya son cuadradas, como la de Titiconte, ya redondas, sin que falten las formas del polígono de cinco lados y aun las del exágono, más o menos irregulares. Las redondas son hechas, general-

mente, con piedras pequeñas y con una técnica de *pirca* común. Las cuadradas, romboidales y poligonales se practican utilizando las grandes lajas que ofician de paredes. En el caso de que estas lajas no tengan las formas suficientemente regulares que la construcción exige, se las utiliza en combinación con piedras pequeñas, bien seleccionadas, a las que se emplea para procurar el relleno de los espacios libres dejados por la irregularidad de las lajas grandes. Así mismo, la profundidad de estos sepulcros líticos casi nunca excede de un metro, y aunque se entierra en ellos, con frecuencia, a más de un fallecido, queda un buen espacio libre entre los restos, el ajuar funerario y la tierra finísima con que se los cubre, y las grandes lajas que les sirven de tapa.

Pese a las medidas tomadas para lograr una unión perfecta entre las piedras, estas construcciones son muy húmedas. Sus paredes interiores rezuman humedad y presentan grandes manchas blancuzcas, debidas a la misma causa. Asimismo, la parte interna central de la gran laja que sirve de tapa — es decir, aquella parte de la misma que no se apoya directamente sobre otras piedras o sobre la tierra — está tan mojada que se puede seguir perfectamente sobre ella el contorno de esta parte. Esta humedad, resultado, probablemente, de filtraciones reiteradas de las precipitaciones atmosféricas es, naturalmente, uno de los grandes enemigos del arqueólogo, ya que atenta contra la conservación de buena parte de los materiales arqueológicos depositados en calidad de ajuar funerario.

En casi todos los “antigales” de la zona, estas sepulturas se practican más bien cerca de los muros, pero en algunos yacimientos se les encuentran cerca a la pared interna de los mismos que sus arquitectos han utilizado el cimiento de aquéllos para formar parte del contorno del recinto sepulcral. Tal ocurre en Rodeo Colorado, por ejemplo. En otros casos, en el mismo yacimiento, la cámara sepulcral se encuentra en un nivel inferior al cimiento del muro, pero a continuación de aquel en línea vertical (figuras 1 y 2, *a* y *b*).

Un detalle interesante en algunos lugares — como ocurre en el mismo Rodeo Colorado — es la utilización intensiva de un barro amasado, de color amarillento o rojizo, para asegurar las tapas de las sepulturas, recubriéndolas con una capa de este material, que a veces alcanza a más de veinte centímetros. Otro tanto suele ocurrir allí con otras gruesas lajas,

que no se utilizan como tapa de cámaras sepulcrales sino como cubierta de las urnas funerarias. Y aún los grandes “vasos tubulares” — que he hallado en la región, y cuyas características no eran conocidas antes de mis estudios — suelen ser calzados y mantenidos en el subsuelo por medio de piedras aseguradas por medio de barro amasado (figura 2, b).



a



b

Fig. 2

a) Rodeo Colorado: Muro de una de las viviendas elípticas. Bajo él comienza la *pírca* de una cámara funeraria circular. A un nivel inferior, aún, uno de los “vasos tubulares” que el Dr. Márquez Miranda ha hallado y que son típicos de esta región.
b) Detalle de la construcción del muro del recinto funerario anterior, en el que puede verse el empleo de grandes bloques en la base, de piedras más pequeñas terminadas con lajas finas arriba, y — en primer plano — el delgado borde del gran “vaso tubular”.

Por último, señalaremos, como otra característica no menos curiosa de estas construcciones funerarias, que en las sepulturas *pircadas*, en la camada superior de dichas piedras o en alguna de las más próximas, entre las subsiguientes, es frecuente encontrar, formando parte de la pared misma del recinto, algunos objetos líticos. El hallazgo más frecuente es de palas grandes, enteras o fragmentadas. En otros casos, se ha llegado a encontrar manos de mortero, rompecabezas redondos, etc. En algunos de estos casos, ocurridos en Rodeo Colorado, varias de las palas planas halladas eran de una forma especial, que no correspondía exactamente a los

tipos más simples de tales implementos de uso agrícola, sino que afectaban una elegancia de líneas y aun presentaban una especie de alas laterales — constituidas por la prolongación de sus puntas laterales de la región cercana al empuñadura — que les daban una apariencia lujosa y ceremonial.

El conjunto de estos hallazgos plantea una serie de interrogantes, vinculados con las creencias conexas con su culto de los muertos, que no podemos responder. ¿Terminaban estas pirchas colocando en ellas las palas utilizadas para erigirlas y que no debían volver a usarse en faenas domésticas, de orden común, después de empleárselas en trabajos de este carácter? ¿Eran estos instrumentos componentes de los utensilios de uso diario que se dejaban al muerto en calidad de ajuar funerario? ¿Se ponía estas palas en el remate del aparejo de la pirca funeraria para que el fallecido pudiera evadirse de su entierro en el momento que fuera llamado a una vida ulterior? Tales preguntas sólo pueden ser formuladas como otras tantas posibilidades hipotéticas, sin que podamos preferir una sobre las otras en el estado actual de nuestros conocimientos sobre el particular.

En cuanto a los hoyos que se practicaban directamente en la tierra para depositar en ella a los muertos, eran circulares y se les efectuaba, como a las cámaras sepulcrales, en el subsuelo de las habitaciones. Se les tapaba con una o varias lajas grandes. En el caso de tapas hechas con una sola laja, ésta afectaba formas variadas: ya redonda, ya cuadrangular. Estos hoyos son reconocibles fácilmente al verificarse las excavaciones, porque la tierra con que se les rellenaba, después de depositados los restos, se mantiene floja y se distingue enseguida de la tierra firme y no removida que forma el resto del subsuelo.

Los entierros de párvulos en urnas, que constituyen el tercer tipo de las formas conocidas, se practicaban cubriendo, igualmente, la vasija con tapas, que unas veces alcanzaban las grandes dimensiones de las utilizadas para las cámaras funerarias, en tanto que en otras sólo alcanzaban a cubrir exactamente la boca de la urna o del cántaro u olla que oficiaba a tales fines.

Los tres tipos de inhumación coexisten en los “antigales” de la región y aun se les encuentra, con frecuencia, representados en el subsuelo de una misma casa.

DECORACION VINCULADA A LA ARQUITECTURA

Un elemento sumamente curioso de decoración que se halla en Titiconte, hecho en forma que le vincula directamente con la arquitectura — y que es raro haya resbalado, con una fugaz mención, en el recuerdo del doctor Casanova, primer investigador, con su maestro el doctor Debenedetti, del lugar — son las llamitas realizadas, con singular verismo, por los habitantes primitivos, en algunos de los muros de contención de los “andenes”⁽¹⁾. El procedimiento empleado ha consistido en la intercalación, en el aparejo de la *pirca*, de elementos líticos de otro color que permitan delinear, por su fuerte contraste cromático, la silueta de la *auchenia*. Esto se ha logrado por medio de piedrecillas blancas o blancas veteadas de marrón, sobre el fondo pardo-azulado de las demás rocas.

Aquellas piedras blancas, veteadas de marrón, pertenecen a un filón de cuarzo lechoso, con algunas facetas de cuarzo cristalino. He entregado una muestra al doctor Walter Schiller, jefe de los departamentos de mineralogía y petrografía y de geología y geografía física del Museo de La Plata, quien ha tenido la amabilidad de examinarla, encontrando en ella cubos visibles de pirita de hierro, descompuestos en limonita. Esta, que es producto de la transformación de la pirita o sulfuro de hierro, por oxidación, forma las manchas marrones y amarillentas que el indígena primitivo ha utilizado tan acertadamente. Además, aquellas piedras presentan, en partes, algo de calcopirita, en parte descompuesta en malaquita — cuyos reflejos verdes son a veces acusables a simple vista, — y limonita. Los fragmentos de la “caja”, según me informa el Dr. Schiller, presentan filita sericítica incluida en el cuarzo. Aquella unión de la masa principal de cuarzo lechoso, en combinación con las manchas ferruginosas de la limonita, han dado motivo al ingenioso artista para efectuar una reproducción estilizada del animal más importante de la fauna local.

Llamo muy especialmente la atención sobre este procedimiento decorativo, que no es sólo entre nuestros indígenas. En efecto, no se trata, según se ve, de una pictografía ni un petroglifo, propiamente dichos, pues no es pintura ni grabado sobre roca. Por el contrario, es una especie de

(¹) DEBENEDETTI - CASANOVA, *Titiconte*, 20.

“mosaico”, en el cual el artista, por medio de piedrecillas de colores adecuados para evocar el pelaje del camélido que deseaba representar, y mediante el empleo de material de tamaño variable, rigurosamente seleccionado y artísticamente insertado en el muro al tiempo de su construcción, ha sabido realizar una obra artística perdurable. Las auquénias así representadas son varias y su ubicación queda, en algunos casos, bastante distante entre sí, aunque siempre en muros visibles desde cierta distancia. Entre ellas se destaca una, de tamaño bastante más considerable que el común — y de un estado de conservación mucho más perfecto, pues los muros en que aparecen las otras amenazan ruina —, por ser la única que aparece completa, en tanto que las otras han perdido trozos importantes de su cuerpo, al derribarse el aparejo de los muros de que formaban parte.

El animalito aparece como marchando hacia el noroeste — vale decir, como si mirase hacia Valle Delgado —, y su flanco visible da al noreste. La cabeza, hecha con una sola piedra, es una muestra acabada del ingenio, del poder de observación y de la rigurosa selección del material lítico empleado. En efecto, ésta tiene una depresión y un relieve que parece una oreja, y se estrecha luego en forma de hocico (lámina IV, b). La piedra en cuestión mide 41 centímetros de largo máximo por 20 de alto. El cuello, formado por una piedra chica y dos grandes, tiene 30 centímetros de largo. El cuerpo, 83 de largo por 19 de ancho, y está constituido por cuatro piedras. De las patas, por una estilización usual entre los primitivos, sólo se ve una pata delantera y otra trasera. La primera, desde la inserción en el cuerpo hasta el casco, mide 46 centímetros y está hecha con cuatro piedras. La segunda, lograda con seis, mide 52. Ambas tienen un ancho de 10 centímetros. Por último, una postrera piedra, algo separada del cuerpo, como para sugerir el rabo, mide 20 centímetros de largo por 7 de alto. Son, pues, en total, veinte piedras.

Con tan pocos elementos, sabiamente escogidos, se ha realizado esta figura, cuyas dimensiones totales, en ancho, son 1,03 metros, de la parte más saliente del pecho al extremo del rabo. Es curioso que su altura total, desde el extremo superior de la cabeza al final de la pata delantera, sea exactamente la misma. Parece difícil creer que se trate de una mera coincidencia.

“PUCARAS” Y “PUEBLOS VIEJOS”

Es válida, también para esta región, la clasificación que formuló Casanova, en punto a centros poblados, con respecto a la Quebrada de Humahuaca¹. Los grupos de población, que casi nunca son tan grandes como los omaguacas, pueden dividirse, según sus características generales derivadas de su finalidad primordial, en “pucarás” y “pueblos viejos”.

Los primeros — de los cuales casi no se conservan vestigios de defensa, pues sus murallas externas han desaparecido, en muchos casos, en su casi totalidad — se erigen en los lugares estratégicos, vale decir, en las cabeceras de las quebradas, en la intersección de varias de ellas, o en algún punto de sus laderas que interese especialmente custodiar (habitualmente, en tal caso, para la defensa de sus extensos campos de cultivo).

Es así como se manifiestan como “pucarás” típicos el de Zapallar, levantado en un enhiesto morrito que se yergue en la intersección de las quebradas de Zapallar y de San Pedro; el de Molino Viejo, sobre el paso del río y quebrada de Vizcarra; el de Higuera, en el punto de unión de las quebradas de Iruya y San Pedro; el de Arcayo, que controla parte del curso del río Iruya; el del pie de la cuesta de Colanzulí, que he descrito someramente en las *Notas preliminares* del Museo de La Plata².

Los segundos, son agrupamientos de viviendas de pueblos agrícolas, carentes de obras de defensa, y dirigidas esencialmente al laboreo del suelo. Entre estos “pueblos viejos” señalaremos uno en Cuesta Azul, dos en el extenso lugar que se denomina Rodeo Colorado, otro en Chaupi Loma, etc.

Un problema esencial para las fundaciones de uno y otro tipo es el relativo a la provisión de agua. Por eso, casi todos se verifican cerca de los ríos o torrentes, generalmente producto final de los deshielos y de la concentración de aguas pluviales por obra del relieve orográfico. Por el lecho de cada quebrada corre un río, lánguido y poco caudaloso en invierno, torrencial y súbitamente crecido en verano. Pero, además de esta provisión

(¹) EDUARDO CASANOVA, *La Quebrada de Humahuaca*, en *Historia de la Nación Argentina*, I, 223; Buenos Aires, 1936.

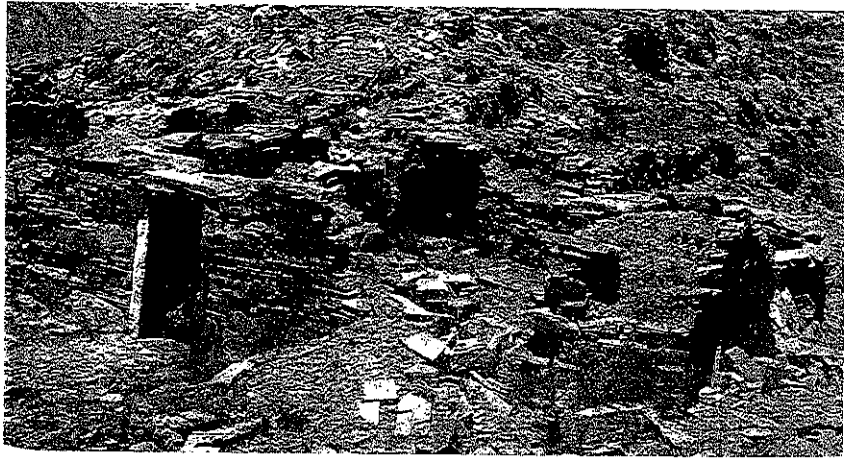
(²) MÁRQUEZ MIRANDA, *El “pucará” del pie de la Cuesta de Colanzulí*, citado.

de agua, dichas poblaciones cuentan, en ocasiones, con el aporte, más regular, de algunos "ojos de agua", que proveen un líquido que compensa su escaso volumen con una limpidez que, generalmente, los ríos no poseen. Tal ocurre, por ejemplo, en Titiconte, donde, gracias a este recurso —según dejan ver algunos vestigios de acequias existentes— pudo regarse una breve parte de los "andenes" de cultivo. Sin duda su cauce, mayor en aquellos tiempos que en la actualidad, alcanzó a satisfacer las necesidades de su población, sin necesidad de acarrear agua, para el consumo doméstico, desde el río Iruya, que queda lejos, y del que separa un abrupto desnivel de fuerte gradiente. Lo propio aconteció, asimismo, en Rodeo Colorado, en donde se halla una surgiente natural que no sólo fué utilizada por los pobladores primitivos, que no cuentan allí con río próximo — siendo, por tal causa, de interés vital su conservación —, sino que se la protegió por medio de una *pirca* adecuada que impedía el desmoronamiento de tierras que hubiesen cegado este "ojo de agua" perenne. Es curioso observar que el hombre actual no ha hecho en este caso, como en tantos otros, más que aprovechar el esfuerzo del aborigen, modificando apenas su labor primitiva. En efecto, en este yacimiento los pobladores modernos han reforzado la *pirca* y creado un pequeño embalse para utilizarlo como estanque o abrevadero de sus bestias. La misma necesidad substancial ha encontrado idéntica solución en la naturaleza.

Es muy posible que — como lo tengo observado para otras regiones del noroeste argentino ¹ — el paulatino desecamiento del suelo haya traído como consecuencia el abandono de numerosos campos con "andenes" de cultivos, y aun de algunas poblaciones. La conquista española ha hecho el resto, con el exterminio de las belicosas e insurgentes tribus de estas regiones de nuestro país. Los aborígenes de Iruya y Santa Victoria han debido correr igual suerte, y los pobladores actuales de esta zona no son, por tanto, descendientes directos de quienes han dejado en la arquitectura autóctona vestigios tan brillantes ².

(¹) MÁRQUEZ MIRANDA, *La antigua provincia de los diaguitas*, 279.

(²) Comunicación presentada en la sesión de la *Semana de Antropología* realizada el día 3 de diciembre de 1937. Cartografía de M. T. Grondona. Fotografías del autor.



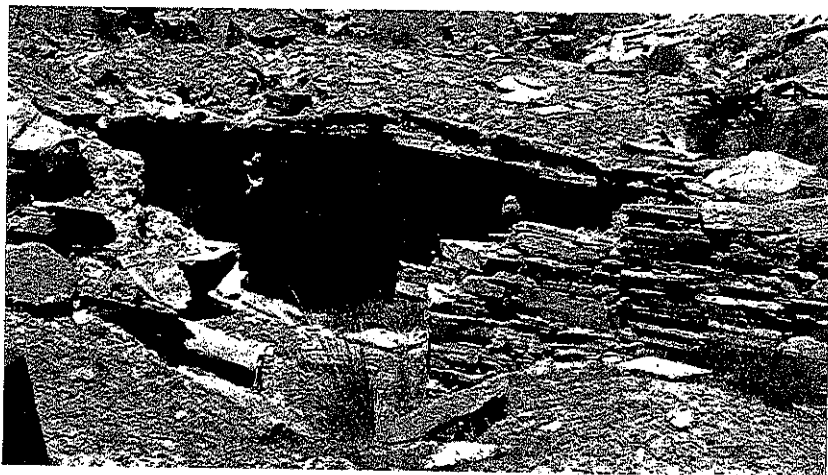
a

Conjunto de habitaciones comunicadas, en el yacimiento de Titiconte.



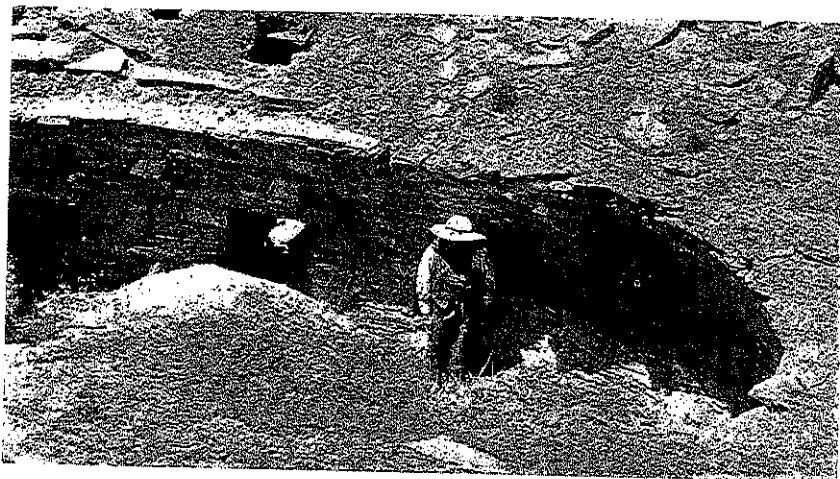
b

Titiconte: Detalle de una puerta rectangular y muro adyacente.



a

Titiconte: Habitación elíptica con puerta de comunicación a otra interior.



b

Titiconte: Tarea de limpieza de una gran habitación elíptica, con puerta de comunicación interior y nichos en el muro.



a

Titiconte: Muros con aberturas de acceso, restos de antiguas edificaciones.



b

Puerta de una construcción elíptica en Titiconte, en cuyo muro se observa el uso de lajas y piedras canteadas.



a
Construcciones elípticas en Titiconte, con muros que ostentan nichos y tienden a formar falsa bóveda.



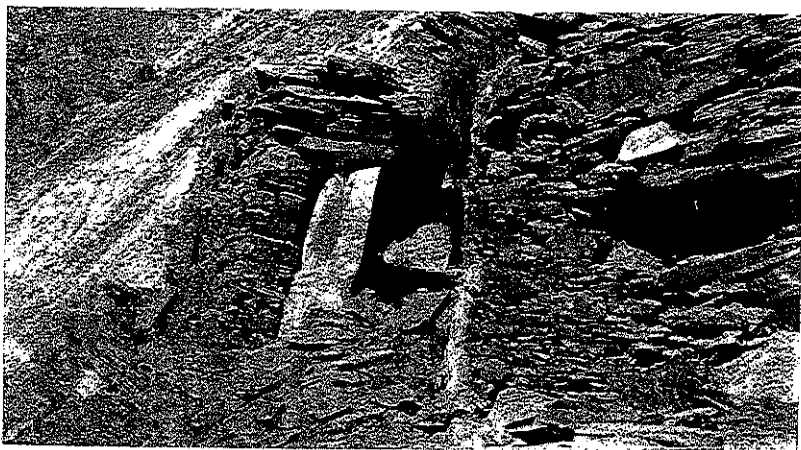
b
Llamita, construída con piedras blancas veteadas de marrón, en el aparejo de uno de los muros de Titiconte.



a
Detalle de una puerta en Zapallar, en la banda Este del río San Pedro.



b
Detalle de otra puerta, construida en el mismo sitio del yacimiento de Zapallar.



a

Puerta de entrada a la vivienda con habitaciones comunicadas de Arcayo, formada, en parte, por un gran bloque de piedra vertical.



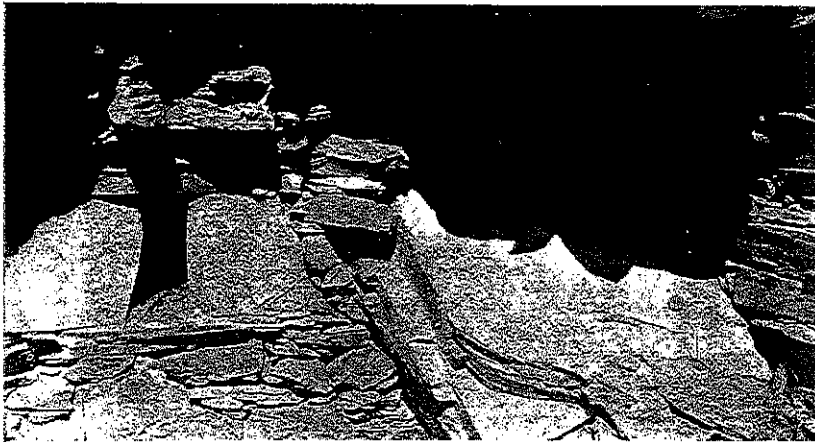
b

Detalle de la puerta de comunicación entre las dos habitaciones de la vivienda de Arcayo, encuadrada por fuertes lajas de piedra que forman el umbral, el dintel y el vano.



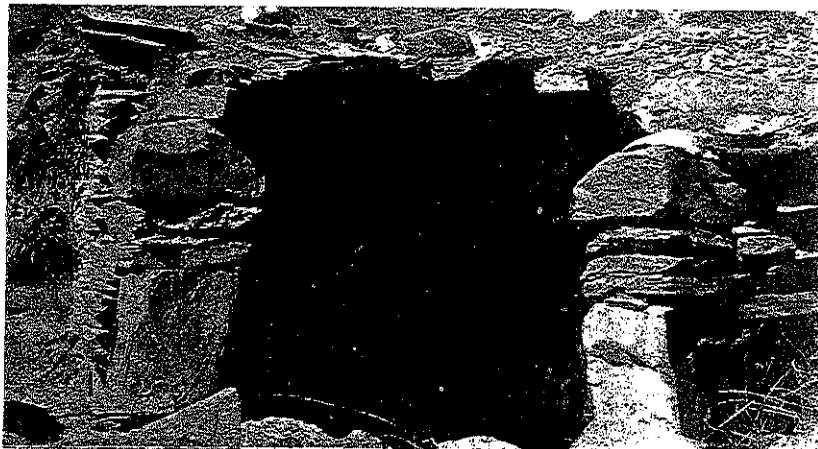
a

Detalle de los dos nichos — uno semicerrado y otro abierto — de la vivienda de Arcayo, encuadrados con sólidas piedras y dotado el primero de una especie de postigos líticos fijos.



b

Detalle del muro de la vivienda de Arcayo, junto al nicho semicerrado, en donde el arquitecto aborigen ha aprovechado un gran bloque natural de piedra para formar la pared de la habitación, al propio tiempo que refuerza la solidez del muro.



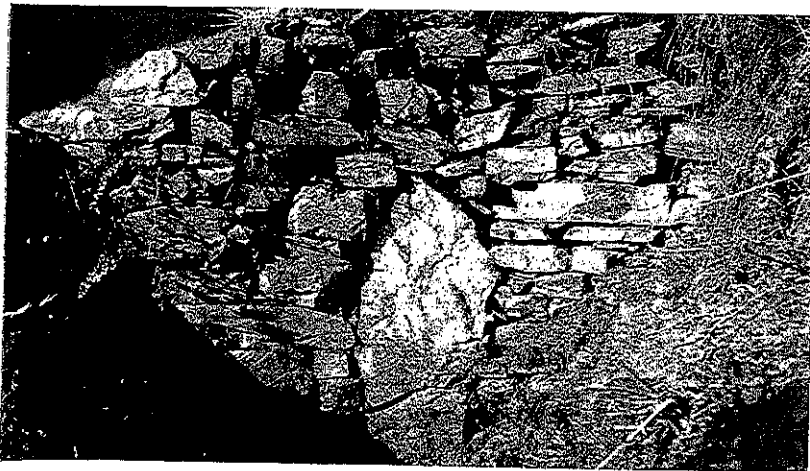
ⓐ

Detalle de construcción elíptica en Arcayo, en donde se nota el empleo conjunto de bloques canteados y lajas de piedra y la realización de la falsa bóveda con hiladas superpuestas.



ⓑ

Puerta en Arcayo, en donde puede advertirse el empleo de grandes piedras para formar uno de los costados y el dintel, así como pequeños guijarros de relleno del muro.



a

Detalle de un muro en Huaira-Huasi, en donde se nota el empleo simultáneo de grandes bloques de piedra y otros pequeños, perfectamente ensamblados.



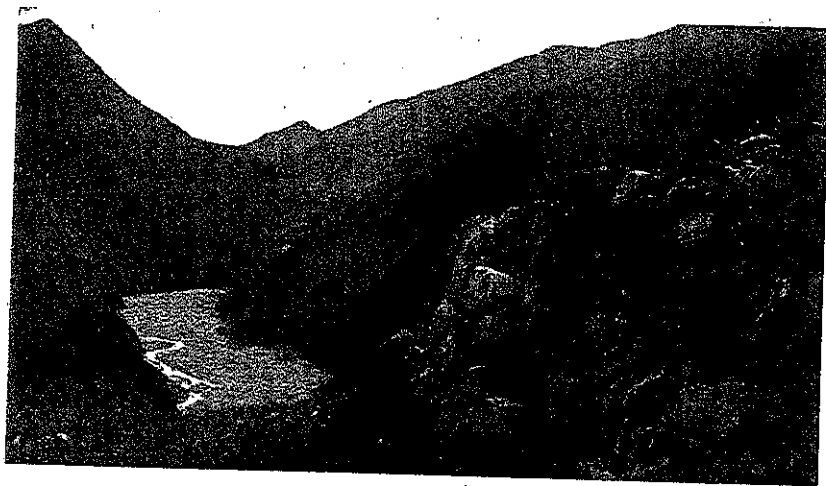
b

Detalle del muro de otra vivienda en Huaira-Huasi, en donde puede advertirse idéntico procedimiento arquitectónico, que es común a otros yacimientos.



a

Detalle de un muro y puerta, en Huaira-Huasi, formados por piedras caneadas.



b

"Anden" en Higuera, en donde puede apreciarse las salientes líticas de su aparejo, formando escalera para pasar de un nivel al otro.

INVESTIGACIONES ARQUEOLOGICAS EN EL ALTIPLANO BOLIVIANO

por

EDUARDO CASANOVA

DURANTE la última reunión del XXV Congreso Internacional de Americanistas, realizada en la ciudad de La Plata (República Argentina), el presidente de la delegación de Bolivia, profesor Arturo Posnansky invitó al Ministro de Justicia e Instrucción Pública de nuestro país a que enviara una misión científica con el fin de realizar investigaciones en el altiplano y establecer estrechas vinculaciones entre los hombres de estudio de ambos países.

De acuerdo a esta cordial invitación fué designada una comisión que presidió el profesor Martín Doello-Jurado, director del Museo Argentino de Ciencias Naturales y en la cual tuvimos a nuestro cargo las investigaciones de carácter arqueológico.

Durante los tres primeros meses de 1933 recorrimos distintas regiones del altiplano boliviano, realizando excavaciones de cierta importancia en las islas del Sol y de la Luna, en los alrededores de Mocachi, en Copacabana y en las prehistóricas ruinas de Tiahuanaco.

Sobre los resultados alcanzados sólo se han dado noticias en los diarios y nuestros deseos de publicar una obra orgánica se han visto paralizados por la confiscación que el gobierno boliviano realizó de una parte de las colecciones, truncando así las series reunidas y obligándonos a retardar la tarea en la esperanza de obtener la devolución de las piezas.

Esperando poder efectuar ese trabajo hemos creído de interés hacer conocer en esta breve nota las investigaciones llevadas a cabo y algunas conclusiones que se desprenden de las observaciones recogidas.

1° En las cercanías del pequeño pueblo de Mocachi, en el sur de la península de Copacabana y sobre los bordes del lago Titicaca, encontramos

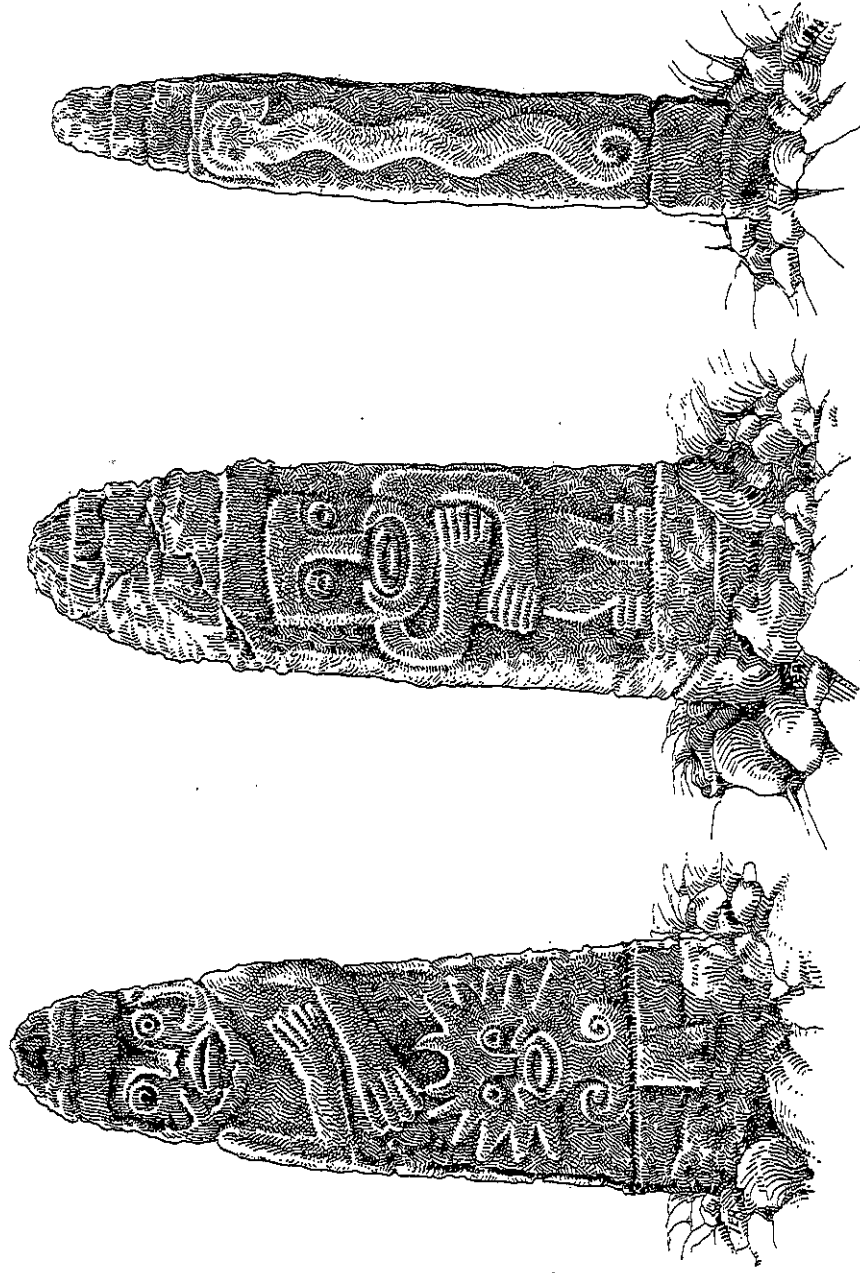


Fig. 1
El monolito de Mucachi, según croquis tomados en el terreno.

ruinas de época prehistórica. Las más interesantes son las de un "Kalasasaya" análogo al tan conocido de Tiahuanaco, con las trucas hileras de grandes piedras que marcan el recinto rectangular, dispuesto con sus lados hacia los puntos cardinales. Estos restos se hallan sobre una meseta que debió servir de "pucará" y cuyo suelo está cubierto de piedras trabajadas, en su mayor parte destrozadas. Encontramos pedazos de ídolos zoo y

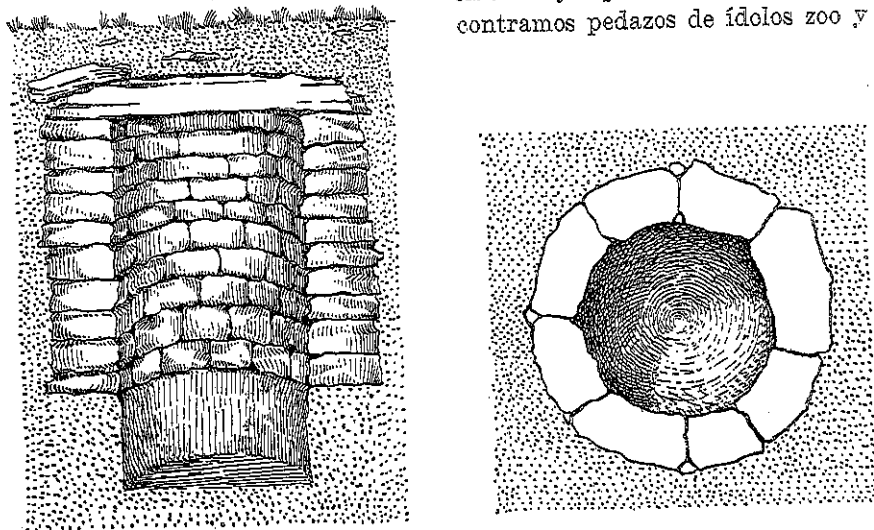


Fig. 2

Perfil y sección horizontal de un sepulcro de Mocachi.

antropomorfos, y dos monolitos en regular estado de conservación. Uno de ellos, de 2.10 metros de alto, es particularmente interesante, como podrá juzgarse por la figura N° 1 que evita toda descripción. Sólo añadiremos que presenta grandes semejanzas con el descubierto por la Misión Bennett en 1932 frente a la escalinata del "Kalasasaya". Como se sabe, en esa oportunidad se encontró un magnífico ídolo de más de seis metros de largo y a su lado otros más pequeños. Uno de ellos ofrece la misma técnica de construcción y el mismo personaje principal; en cuanto a la cara lateral es exactamente igual a las del monolito que hallamos en Mocachi.

En las excavaciones realizadas en este lugar encontramos numerosos sepulcros cuidadosamente contruídos y tapados (Figura N° 2). Entre el material hallado hay piezas del tipo de Tiahuanaco y lo que es más importante se hicieron hallazgos superpuestos, en el nivel inferior de tipo Tiahuanaco y en el superior incaico.

2° En nuestros trabajos en las ruinas de Tiahuanaco dedicamos escasa atención a los restos superficiales que son ya por demás conocidos y procuramos en cambio intensificar las excavaciones. Los sondeos fueron efectuados en varios sitios con el fin de reconocer la mayor superficie posible, dando resultados favorables en los lugares marcados S1 a S15 en el croquis adjunto (Figura N° 3). No correspondiendo en una comunicación de esta índole la descripción de material, nos limitaremos a consignar los siguientes datos:

- a) Superficialmente no hay indicios que denoten la existencia de los entierros, a veces hemos cavado al pie de las grandes masas líticas pero sin éxito. Tanto en el "Akapana" como en el "Kalasasaya" los sondeos dan como resultado el hallazgo de piezas aisladas y casi siempre fragmentadas; no hemos constatado una sola sepultura. En otros lugares éstas aparecen en núcleos, principalmente a lo largo de la vía férrea entre Tiahuanaco y Puma Punko.
- b) En todos los casos, al efectuar excavaciones hemos encontrado una capa de cenizas cuyo espesor varía entre 5 y 20 centímetros. La profundidad a que se hacen los hallazgos no es constante, los más superficiales a 80 centímetros y los más hondos hasta a 4 metros.
- c) Podemos diferenciar dos tipos principales de hallazgos:
 - 1° Aquellos que son verdaderas sepulturas. Un esqueleto, en la posición llamada "en cuclillas" está rodeado de un ajuar fúnebre, generalmente pobre en cantidad de objetos. Constatamos un entierro de párvulo en urna, se había utilizado como sarcófago una tinaja grande y sin decoración. Junto a los restos, dentro de la urna, había tres finas piezas de cerámica.

2º En nuestras excavaciones hemos encontrado, tan a menudo como el anterior, otro tipo de yacimiento que se caracteriza por la ausencia de restos humanos. En estos casos la cantidad de objetos, casi exclusivamente de cerámica, es muy grande, pero rara vez hay una pieza entera y los fragmentos muy mezclados y con sus roturas viejas parecen indicar que los vasos fueron enterrados ya despedazados.

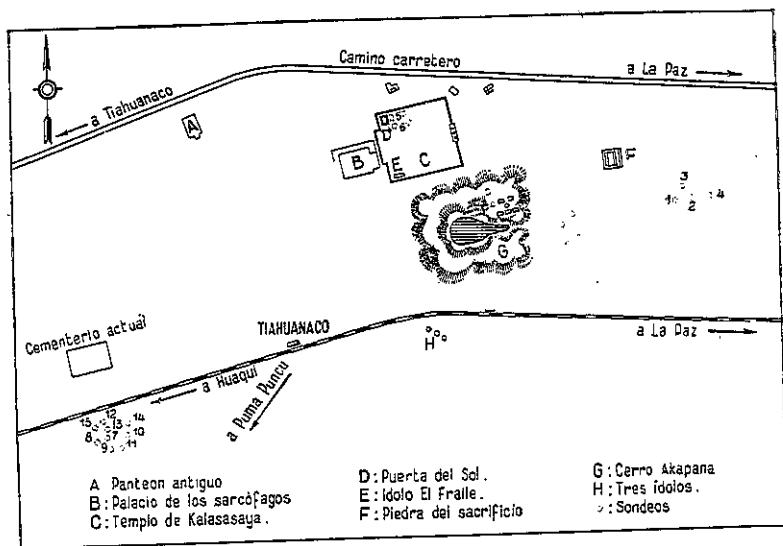


Fig. 3

Croquis de las ruinas de Tiahuanaco, con la indicación de los lugares donde se hicieron excavaciones.

- d) A pesar de lo limitado de nuestros trabajos, nos atrevemos a decir que pueden distinguirse en Tiahuanaco dos tipos de entierros, que en tres oportunidades hemos encontrado claramente superpuestos. Al nivel más antiguo corresponde la cerámica más fina y de la tan bella y conocida ornamentación pintada en varios colores. En el segundo, la cerámica es más tosca y la decoración ofrece menor perfección; abun-

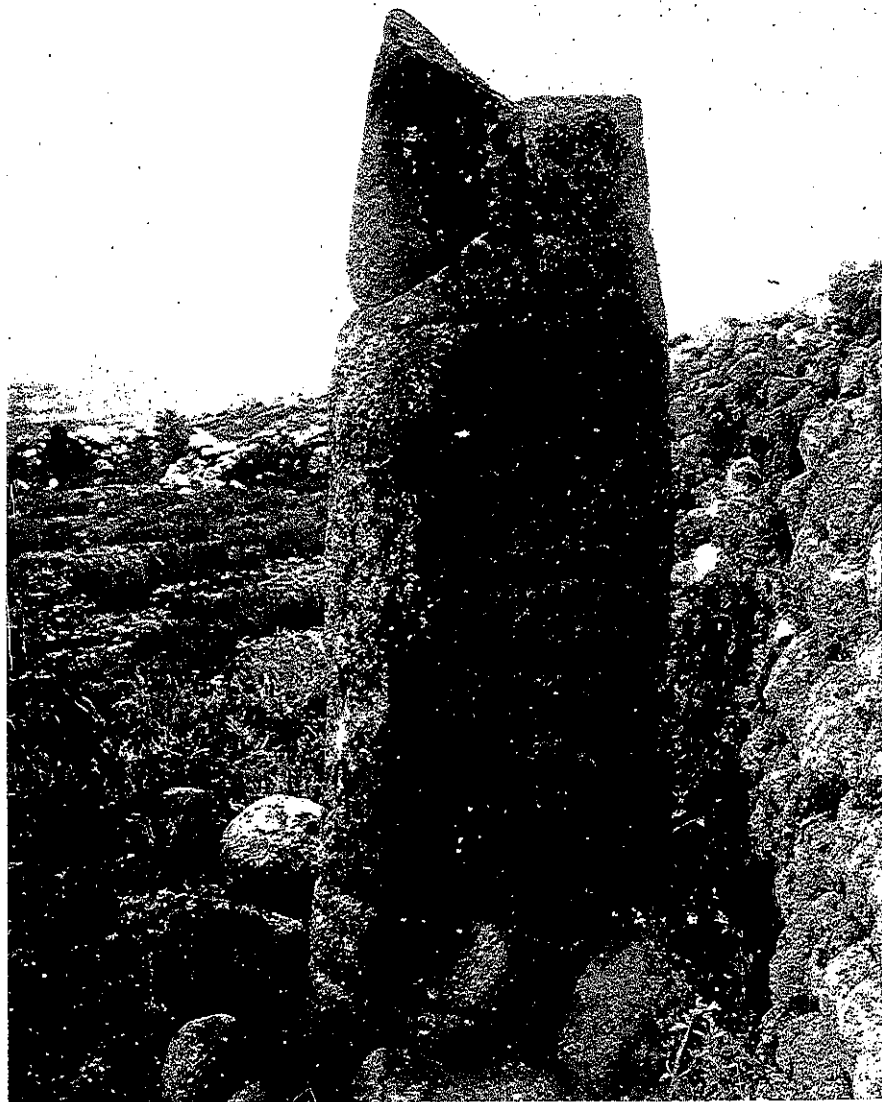
dan en este nivel los objetos de bronce y hermosas piezas de piedra.

Las excavaciones realizadas tienen una importancia: certificar que debajo de los monumentos exteriores, que ya nada más pueden darnos, hay todo un mundo que nos puede dar la clave del problema de Tiahuanaco. Creemos, pues, que ha llegado el momento de abandonar las interpretaciones teóricas y dedicarse con intensidad a excavaciones sistemáticas y en gran escala. Por otra parte estos trabajos deben efectuarse no sólo en el lugar llamado Tiahuanaco sino en todos los puntos en que afloran restos de esa cultura, de los cuales ya se conocen varios en el altiplano y que nuevas exploraciones revelarán en mayor número. Cabe añadir que es de lamentar que, por motivos ajenos a nuestra voluntad y a pesar de los buenos deseos del profesor Posnansky, no haya sido este viaje, como todos queríamos, el comienzo de una era de intensa colaboración entre los hombres de estudio de ambos países, que seguramente hubiera dado valiosos resultados¹.

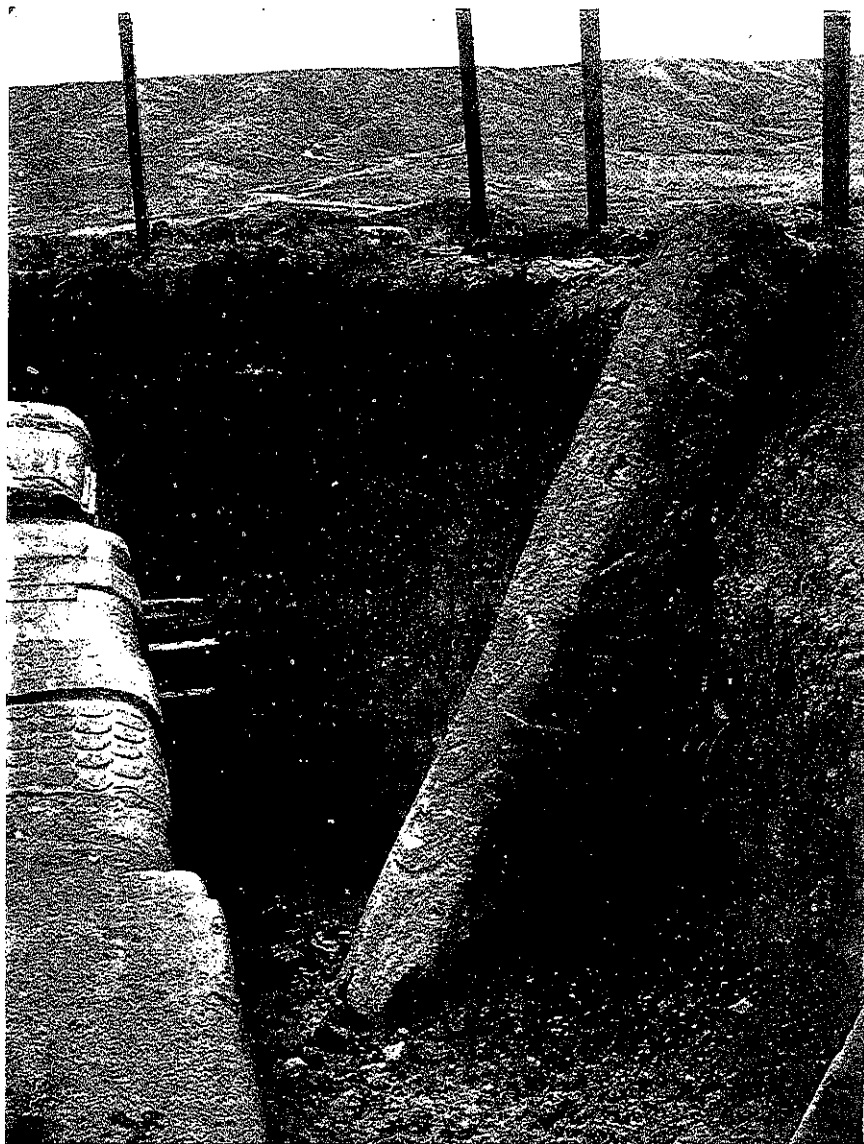
(¹) Comunicación presentada en la sesión de la Semana de Antropología realizada el día 4 de diciembre de 1937. Dibujos de Ismael Astarloa. Croquis de M. T. Grondona. Fotografías del autor.



Fotografía de la cara anterior del ídolo de Mocachi.



Fotografía de la cara posterior del ídolo de Mocachi.



Un aspecto de las excavaciones realizadas por la Misión Bennett en Tiahuanaco. Puede observarse un monolito semejante al de Mocachi.

LA "VERA Y BREVE RELACIÓN DE LA VIDA Y COSTUMBRES DE LOS INDIOS TUPINAMBÁ", POR HANS STADEN (1557) Y SU NUEVA VERSIÓN

por

EDMUNDO WERNICKE

C IERTAS investigaciones referentes a la historia de la Conquista del Plata me sugirieron la idea de que el libro de Juan Staden, el soldado alemán embarcado en la expedición de Diego de Sanabria, solicita de los americanistas una mayor atención de la cual ha gozado hasta hoy, pese a su frecuente cita, pues su versión castellana ha sido fragmentaria hasta nuestros días.

Los libros, cual el dicho, escritos en idiomas no castellanos por los aventureros extranjeros entre los conquistadores y primeros pobladores hispanos, suelen presentarnos, en algunas veces, un material para afirmar y aún a rectificar diversos conceptos, pues como sus autores han escrito para lectores desconocedores de la lengua española, deben cuidar en explicar el sentido de frases y voces para la mejor comprensión por sus connacionales. Por otro lado sus idiotismos, sean hispanismos, lusitanismos o indianismos entrecalados en estos textos extranjeros, han causado errores en las versiones, los cuales han adquirido derecho de existencia hasta en la literatura colonial castellana. Aquí puedo presentar lo sucedido con la "casa y puerto" de Buena Esperanza sobre el Paraná, que Schmidl sólo indicó con el hispanismo "porten", sin aposición explicativa, pues hasta este pasaje él usó siempre la voz de "hafen" para indicar el ancladero de los buques. Los inoficiosos editores alemanes tradujeron tal hispanismo como "isla", y así, en los dibujos de la traducción latina del libro de Schmidl por Hul-

sus, se ven, situados en una isla, un lugar Buena Esperanza y un fuerte Corpus Christi, en franca oposición con la historia¹.

Referiré otro motivo de la presente comunicación en pro de una nueva versión de este libro aconsejada por su conveniencia. Indagando la época de la entrada de ciertas voces indígenas al léxico de los conquistadores, su expansión por el continente americano y su ingreso al romance español y diversas hablas europeas, seguí la ruta de la palabra “maíz”, de origen caribe. Ni Caboto ni sus marineros en 1529 la pronuncian en las probanzas del Río de la Plata, pues emplean el término de “avati”, de fuente guaraní. En cambio, Nicolás Federmann, capitán alemán de los Welser, penetra al interior de Venezuela, y describiendo la alimentación indígena, anota: “mahiz, ese es el *korn* (cereal) de los indios”. Llega en 1536 Utz Schmidl con don Pedro de Mendoza al Plata y nos explica en forma parecida: “Meisz (maíz) es su *korn*”². Vemos que la voz de “maíz” ya se había afirmado en el lenguaje rioplatense. Utz Schmidl amplía para sus lectores compatriotas “maíz es el trigo turco”. Por lo tanto en la costa del Danubio, de donde él era oriundo, la noticia de la valiosa gramínea o el consumo de su grano había cundido, pero en un itinerario que desde el Mediterráneo y el Levante subiendo por el mencionado río, de copioso tránsito naviero, causara su errónea denominación. Tan olvidado se hallaba ya en 1599 el verdadero origen del maíz, que Hulsius en su traducción latina emplea, sin la menor observación, la frase de “*triticum turcicum*”, mientras Gotardus en ese mismo año trae la de “*far asiaticum*”, ampliando así el panorama geográfico del yerro. Los colonos ruso-alemanes en la Argentina denominan aun hoy día al maíz “trigo turco”. Hans Staden, oriundo del centro de Alemania, prisionero de los indios brasileros y conocedor de sus idiomas, se ha referido al maíz únicamente bajo la designación de “*abbati*”, y es de suponer que la voz caribe, ya aceptada por castellanos y algunas naciones europeas, aun no era corriente en 1554 entre

(¹) Conf. apéndice a la edición alemana de 1889. ULRICH SCHMIDELS, *Reise nach Suedamerika*, 123 (en nota a página 52. línea 24), donde traducimos: “y vino a los Timbus, que al comienzo, cuando llegamos. llamamos Buena Esperanza, pero la fortaleza donde estaba la guarnición llamamos Corpus Christi”.

(²) Es error suponer que este alemán no hubiere aprendido idiomas. El sistema fonético que descubrimos en su ortografía nos autoriza a decir que, fuera de su idioma patrio, él conocía el holandés, el castellano y el guaraní.

los pobladores lusitanos del Brasil, que ya habían aceptado el topónimo “América”, mientras los castellanos por muchos decenios se aferraron a su término de “Las Indias”. Hans Staden nos describe la preparación del *kawy*, o sea de la bebida fabricada mediante el maíz fermentado, por cuya afición los indígenas se lanzan a la guerra contra las tribus vecinas para combinar su consumo junto con la carne de prisioneros en macabros festines. Las observaciones etnográficas de Staden acrecieron así mi interés en conocer su “Breve relación”¹.

Hans Staden, oriundo de Homberg, embarcó como artillero en la expedición de Sanabria de 1549². Naufragada la escuadra, este aventurero, que según él escribe, era el único alemán en ella, fué contratado por los portugueses para hacerse cargo de la artillería de un fortín en la región de Río de Janeiro. En enero de 1554 cayó prisionero de los indios tupinambá (Tuppin Inbas en su libro). Gracias a su posesión del idioma tupi y su simulación de ser francés, amigo de los Tupi, se libró de ser sacrificado para un festín macabro. Pedro Rossel, el flamenco, representante de los Schetz de Amberes, no pudo salvarlo, si bien enviara su carabelón en su busca³. A los nueve meses Staden es libertado por un buque francés y llevado a Francia, desde donde pasó a Amberes a dar cuenta a Gaspar Schetz, de la firma de Erasmus Schetz (los Erasmos de la historia del Brasil), sobre la suerte del carabelón atacado por los franceses. Schetz le dió los medios para trasladarse a su patria alemana. Allí publicó, en 1557, los episodios de sus viajes bajo el título: “Vera historia y descripción de una región de los salvajes, desnudos, feroces hombres comilonos de gentes, situada en el nuevo mundo América, etc.”⁴. Este título corresponde al

(¹) Figura en nuestra Biblioteca Nacional en Buenos Aires bajo el número 78.810, tomo 47, en la publicación del *Literarische Verein de Stuttgart* (1859), que trae el título común pero erróneo de *Federmanns und Hans Stades Reisen nach Suedamerika*. Este patronímico de *Stade* en vez de *Staden* demuestra no tratarse del original.

(²) La misma condición de Utz Schmid, sargento de Mendoza, y también de Bartolomé Blume, oriundo de Nuremberg y artillero de Pizarro y Valdivia. El primero parece haber sido protegido de Neidhart, de esa misma ciudad, conocida por su fabricación de fusiles.

(³) Lo suponemos el mismo carabelón en el cual este flamenco mandó recoger, según Juan Salazar de Espinosa, en dos viajes, a título gratuito, las mujeres, doncellas y marineros naufragos en la costa del Brasil.

(⁴) *Wachhaftig Historia und beschreibung eyner Landschafft der Wilden/Nacketen/Grimmigen Menschfressen Leuthen/in der Newenwelt America gelegen, etc. Gertrucht zu Marburg/im jar M. D.. LVII.*

uso llamativo por los editores de los "Reisebuch" (libros de viaje) tan en boga entonces en Alemania. En realidad se trata de dos libros, pues tras dar por terminado el primer "librito" de la narración de sus andanzas, el autor agregó, con nuevo epígrafe y división de capítulos, otro relato que él titula: "Vera breve relación de vida y costumbres de los Tupinambá"¹.

Al primer libro precede un prefacio por un amigo de la familia de Staden, pero que no penetra en la substancia del texto, salvo que aboga a que se debe dar crédito a lo que refiere Staden sobre los "hombres salvajes, desnudos y comedores de gentes". La mayoría de posteriores editores han suprimido con razón ese insubstancial prólogo. A nosotros nos sirve como un elemento de juicio para desechar la intervención del prologoísta². El libro, junto con un mapa, fué publicado en Marburg en 1557, pero reimpresso varias veces en este mismo año en Francfort. Por lo visto, el título conquistó lectores ávidos de saber de los "salvajes", que desde Vespucci figuran en las descripciones. Suponemos también, que como en el caso del libro de Utz Schmidl, no ha de haber existido mayor salvaguardia para los intereses del autor del libro. De todas estas y siguientes ediciones, quedan escasísimos ejemplares, pues la guerra de los treinta años causó gran daño a las existencias librescas alemanas. En ese mismo siglo XVI, la "Historia" fué traducida por dos editores al latín, pero no parece haber cundido en esta lengua. En cambio, a una edición al flamenco han seguido numerosas ediciones holandesas hasta el siglo XVIII, despertando mucho interés en los Países Bajos. Tan escasos resultan hoy los ejemplares alemanes de aquellos siglos, que uno de los tres modernos comentaristas germanos, tuvo que servirse de una traducción (Bode). Para ese caso se trataría de la flamenca u holandesa.

En 1837, Ternaux produjo una traducción francesa, pero sin entrar en mayor comentario, si bien en su prefacio aporta un dato precioso por

(¹) *Wathafftiger kurtzer bericht/handel vnd sitten der uppın Inbas/deren gefaner ich gewesen bin/. Wonen in America/jre landt schafft ligt in in 24. gradus uffder Seudenseit der linien/aequinoctial/jr landtstosset an eyn refier/Rio Janero genant.*

(²) D. Joh. Dryander/genant Eychman/Profesor ordinario y médico en Marburg. El prólogo fué escrito en 1556.

repetirnos el relato de Jean Lery, que a los dos años del retorno de Staden viajó entre los mismos tupi y dejó una obra de interés etnográfico. En marzo de 1586 él vió en Suiza el libro de Staden y se hizo traducir varios capítulos que le llenaron de asombro, pues lo escrito por Staden coincidía en absoluto con cuanto Lery había publicado, tanto que cualesquiera podría decir que ambos se hubieren consultado antes de relatar.

El cónsul inglés en el Brasil, Ricardo F. Burton, hizo traducir, por Alberto Tootal, en 1874, la obra, al parecer sólo en su parte episódica, y proveyó de notas a esta versión. Su publicación respondía a defender la tesis sostenida por Burton sobre la situación del fortín donde actuara Hans Staden. Su título elegido coincide con los dos de las traducciones brasileñas de 1892 y 1900. Ambas contienen sólo la primera parte del libro o sea la "Historia". La de 1892 posee el mérito de haber rectificado o ratificado frases y voces guaraníes de la "Historia", siendo la segunda una simple reimpression, y diremos con Lehmann Nitsche, un trabajo de menor valor.

En la Biblioteca Nacional existe el traslado del antiguo al moderno alemán de una edición de Francfort de 1556, realizado por el mismo Lehmann Nitsche, destinado al público alemán en la Argentina. El reproduce los tres informes citados, pero en ellos se contempla más bien la faz episódica de la obra aunque a grandes rasgos se destaca su valimiento etnográfico. Lehmann Nitsche tradujo varios capítulos de la "Historia" en cuanto podían relacionarse con la expedición de Sanabria y la suerte de sus naufragos (9).

En 1925 el Dr. Ricardo N. Wegner, de Francfort, editó para la Sociedad de Antropología, Etnografía y Protohistoria en Francfort, un fac-símile de la princeps de Marburg. Esta había tenido en el mismo año dos reimpressiones en Francfort, pero con exclusión del mapa que la acompañó. A los datos referentes al libro, publicado por el Dr. Wegner, responden varios de mis presentes párrafos. Por su informe y por los datos obtenidos hasta ahora en mi búsqueda, puedo decir que aún no existe en

(¹) R. LEHMANN NITSCHÉ, *Hans Staden, arcabucero alemán de la expedición Sanabria al Río de la Plata (1550-1553)*, en *Boletín de Investigaciones Históricas*, V, 425; Buenos Aires, 1927.

el mundo castellano una versión fiel, completa y relacionada con los diversos aspectos etnográficos.

Hans Staden denominó “breve” a su *Relación*, pero tal término cuadra sólo para la extensión concedida por él a cada tópico, no así al número de temas que él aborda. En sus descripciones, Staden nos resulta superior a sus connacionales Nicolás Federmann y Utz Schmidl, pues él ha observado cierto método intuitivo para pintar la vida de los indios de quienes fué prisionero. Su afán de saber ha sido muy vivo, pues de continuo menciona las preguntas que él formulara a los indígenas y sus respuestas. Para un ejemplo de su espíritu observador y su culto a la verdad, basta leer su informe sobre la antropofagia que él explica no como nacida del hambre y del hábito inveterado, sino del odio y del *neid* (envidia). Tal voz de *Neid* fué vertida por los traductores como de “ira”, pero debe ser entendida más bien expresiva del ansia de adquirir las cualidades que adornaran al guerrero vencido.

La breve relación nos describe en sus 38 capítulos la ruta al Brasil, la situación geográfica de este país, las migraciones de sus pueblos, sus viviendas, sus fortificaciones, su constitución física y sus rudimentos de gobierno, su agricultura y útiles de labranza, sus alimentos y bebidas, sus creencias religiosas y muchos otros aspectos etnológicos de interés. El eminente etnólogo Federico Ratzel apreció la obra de Staden en cuanto a esta segunda parte como sigue: “*se podría decir que la Vera breve Relación de Hans Staden es el modelo de una sucinta descripción etnográfica que a la vez se refiere a todo lo esencial*”. Un juicio parecido ha emitido el etnógrafo Camus según cita el Dr. Wegner en su comentario de la Facsímil. Esta me ha servido para mi estudio merced al ejemplar existente en la biblioteca de “Gaea, Sociedad Argentina de Estudios Geográficos”.

La obra de Staden, si bien es de inmediato interés para la etnografía brasileña, ofrece tantos otros puntos de contacto con la etnografía de las repúblicas del Plata, que su versión al castellano es aconsejada por conveniencia científica, ante todo en la segunda parte o sea la “Relación”. Hasta sus dibujos frente a los trazados apócrifos del libro de Levinus Hulsius (su traducción de un titulado Hulderico Schmidel), presentan un valor

real, pues si no son de la mano del autor, han sido visados por él, como se prueban las referencias del texto para su comprobación.

Por estas razones estimo oportuna y necesaria se emprenda la versión castellana cuyos estudios preparatorios he iniciado y coloco bajo los auspicios de esta Sociedad de Antropología. Ella, en pleno conocimiento de la importancia de la obra, ha de tener la iniciativa en la realización de esta empresa. La verdad que los sabios connacionales de Staden y Schmidl esperan siempre que desde aquí surjan las iniciativas, pues nos suponen más conocedores del ambiente. Al fin y al cabo, el libro, si bien escrito en un idioma duro al oído castellano, constituye una obra americana.

Así espero que con el apoyo de los señores socios y la eficaz colaboración de nuestro presidente, Prof. Francisco de Aparicio, podemos dar cuerpo a nuestro propósito¹.

(¹) Comunicación presentada en la sesión de la Semana de Antropología realizada el día 4 de diciembre de 1937.

ALGUNOS VASOS INDIGENAS DE LAS MARGENES DEL PARANA INFERIOR

por

EVA A. IRIBARNE

LA considerable cantidad de restos de cerámica indígena que los paraderos del litoral paranense han suministrado permiten tener un conocimiento casi completo de la alfarería de aquellos aborígenes, pero su costumbre de fracturar intencionalmente los vasos que dejaban, y aun de dispersar luego los fragmentos, ha hecho extremadamente raro el hallazgo de alguno de ellos entero, y esto es causa de que muy poco se pueda decir acerca de la forma general de dichos vasos.

Hasta la fecha — y prescindiendo de las reconstrucciones más o menos hipotéticas — tan sólo tres ejemplares, encontrados en tan vasta zona, han sido publicados; dos provenientes de la provincia de Entre Ríos, conservados en el Museo de Paraná¹, y el tercero de la región insular de la provincia de Santa Fe².

Esta circunstancia me ha hecho creer que ofrecería interés una serie de vasos pertenecientes a las colecciones del Museo Antropológico y Etnográfico, de la señora Amelia Larguía de Crouzeilles y de los señores Francisco de Aparicio y Manuel A. Bousquet.

VASO N° 1.

Es la pieza de mayores dimensiones de la serie, con 37 centímetros de diámetro y 36 centímetros de altura. Presenta, como se ve en la fotografía

(¹) ANTONIO SERRANO, *Sobre algunas piezas de alfarería indígena conservadas en el Museo de Paraná*, en *Physis*, IX, 117 y sig.; Buenos Aires, 1928.

(²) FRANCISCO DE APARICIO, *Un nuevo documento relativo a la colocación de las asas zoomorfas en la cerámica del litoral paranense*, en *Physis*, VIII, 244 y sig.; Buenos Aires, 1925.

(lámina I), un gran vientre globular y un cuello corto cuya estrecha boca tiene ocho centímetros y medio de abertura. Alrededor de la base del cuello, más o menos simétricamente puestas, hay tres asas pequeñas, para la colocación de las cuales se ha seguido el conocido procedimiento de introducir ambas puntas de los rodetes que las forman en el cuerpo del vaso, remachando luego por dentro¹.

Bien modelado, el vaso tiene las medidas de sus diámetros casi constantes, y si bien la superficie externa es algo áspera, esto es, en gran parte, atribuible al uso. La pasta, amarillo rojizá, de ocho milímetros de espesor, se halla cocida superficial y deficientemente, mostrando la pieza varias manchas negras.

Donado por el Museo Florentino Ameghino de Santa Fe al Museo Antropológico y Etnográfico, a las colecciones del cual pertenece en la actualidad, se ignoran las circunstancias en que fuera encontrado, sólo se lo sabe proveniente de Los Saladillos, Departamento San Javier, provincia de Santa Fe.

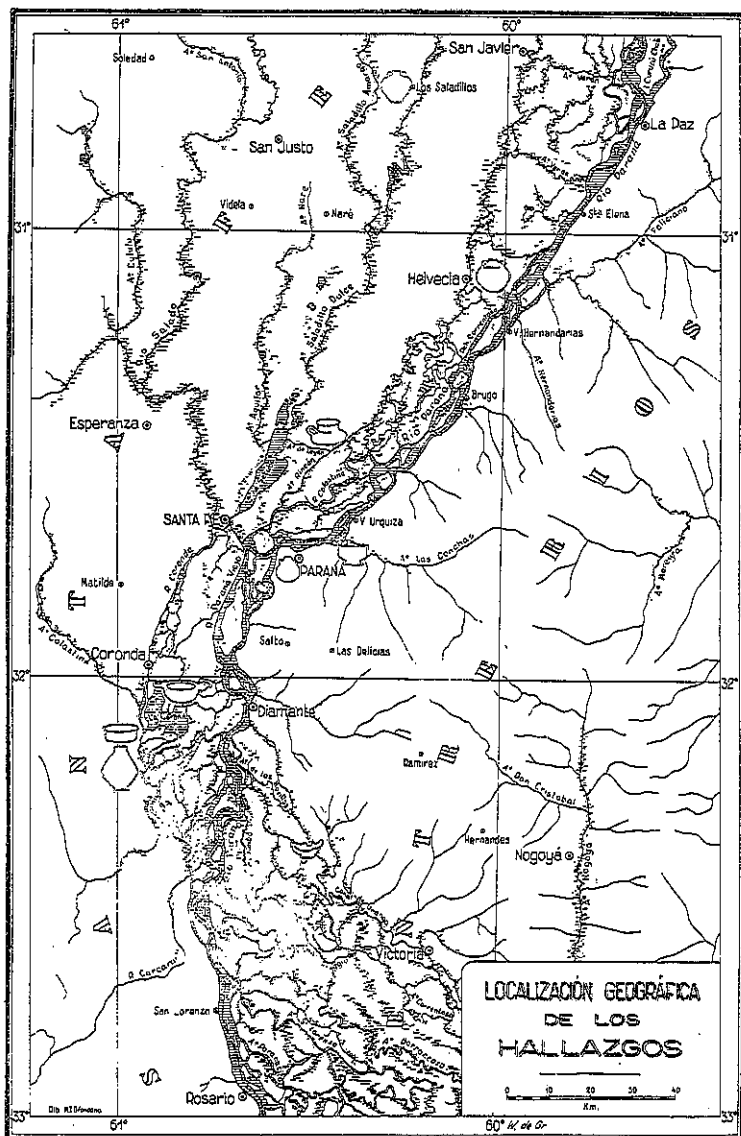
VASO N° 2.

Ocasionalmente fué encontrado en el pueblo de Helvecia (Departamento Garay, provincia de Santa Fe), lleno de un maíz que, en la región, es llamado calchaquí. Está formado por un vientre subglobular sobre el que se apoya, por una amplia base, el cuello en forma de cono truncado, en el que se insertan perpendicularmente dos asas opuestas muy pequeñas, remachadas en el interior del vaso, según se advierte al tacto.

Se utilizó pintura roja para decorar la pieza, cubriendo el cuello, las asas y una franja de cuatro centímetros en la cara interna junto al borde, formando luego, sobre el vientre, una guarda de ocho figuras trapezoidales, más o menos regularmente distribuidas (figura 1).

La pieza, tal como se puede apreciar en la fotografía de la lámina II, ha sido modelada con esmero y está bien proporcionada, 27 centímetros de diámetro y 28 de altura. Por otra parte, los diámetros apenas varían, y la superficie fué pulida cuidadosamente.

(¹) FRANCISCO DE APARICIO, *Fabricación de alfarería moderna en la región serrana de la provincia de Córdoba*, en *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras*, serie A, II, 194; Buenos Aires, 1932.



Homogénea, compacta y no muy dura es la pasta amarillo-rojiza. Excepcionalmente bien cocida, sólo tiene dos manchas negras débiles,

pero por una pequeña fractura del borde se ve que la cocción, como en los demás casos, es superficial.

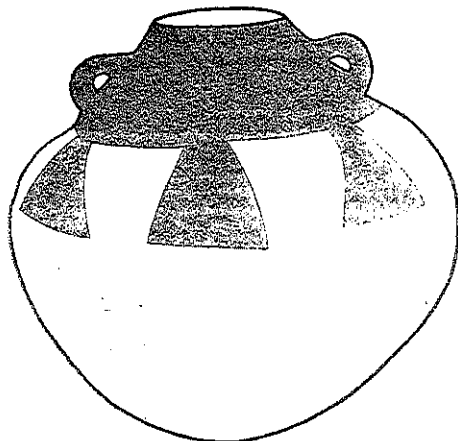


Fig. 1

VASO N° 3.

Por su calidad excepcional se destaca este vaso de pequeñas dimensiones — trece centímetros de diámetro y diez y seis de altura — formado por un vientre subglobular, muy aplanado en la base y un cuello cilíndrico cuyos bordes se inclinan hacia afuera dando a la boca una abertura de siete cen-

tímetros y medio de diámetro. En la parte superior del vientre se inserta perpendicularmente un asa hecha con un rodete plano del que se advierten los remaches en la cara interna (lámina IV).

Una doble decoración, pintada y grabada, ocupa íntegramente su superficie externa. Con pintura roja se ha recubierto todo el vientre, el asa y una franja en la cara interna, junto al borde. En el cuello, y tomando como elementos el surco con escalonamiento interior y el punto triangular, se ha grabado una guarda cuyo desarrollo es reproducido en la figura 2.

El vaso es de líneas elegantes y está modelado con gran habilidad; los círculos de la boca y del vientre son casi perfectos, con insignificantes variaciones respecto de la curva normal, y la superficie ha sido bien alisada. Llama la atención el escaso espesor de la pasta, que es compacta, de color pardo claro y cuya cocción superficial e imperfecta afea la pieza con varias manchas negras.

Este notable ejemplar fué hallado en el lugar denominado Rincón de Mota, sobre la margen derecha del arroyo de Leyes (Dpto. Garay, Prov.

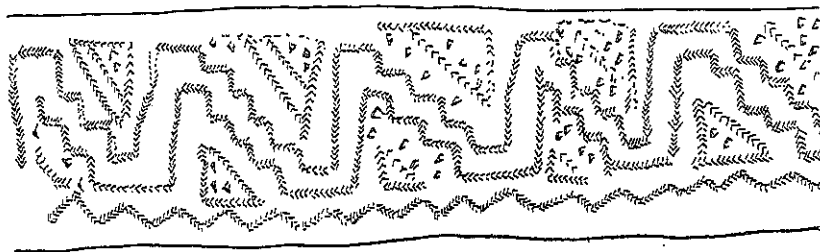


Fig. 2

de Santa Fe) en excavaciones realizadas por la señora Amelia Larguía de Crouzeilles.

VASO N° 4.

Muestra la fotografía de la lámina V, un vaso de una altura total de 30 centímetros, con un amplio vientre subglobular — 35 centímetros de diámetro— y cuya parte superior, en forma de cono truncado, se cierra en una boca de ocho centímetros y medio. Cerca de ella han sido colocadas perpendicularmente dos asas opuestas, de agujero muy pequeño, como en todos los vasos, remachadas por dentro.

Restos de una decoración son, quizá, algunos vestigios de pintura negra que se encuentran alrededor de la boca de esta pieza rústicamente modelada, asimétrica, de diámetros variables y superficie mal alisada. Numerosas manchas negras debidas a la mala cocción sufrida, se destacan sobre el color amarillo-rojizo de la pasta.

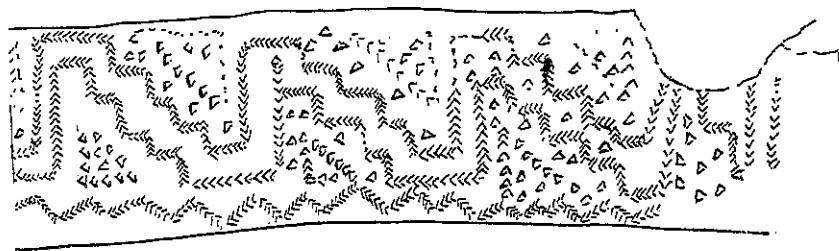


Fig. 2

Este vaso fué hallado accidentalmente, durante los trabajos de labranza, en el campo denominado Los Zapallos, sobre la margen derecha del arroyo de Leyes, y a escasa distancia del anterior.

VASO N° 5.

Aseméjase a dos conos truncados unidos por su base, la forma del vaso que muestra la fotografía de la lámina VII, cuya altura total es de 33 centímetros y medio. La parte superior termina en un cuello de ocho centímetros de boca, dando su línea de juntura con la inferior la medida del diámetro máximo, de 28 centímetros.

De una visible asimetría y con su superficie mal alisada, la pieza fué modelada groseramente. Es de color pardo oscuro y su pasta, dura, porosa, tiene un espesor que varía entre siete y once milímetros. A causa de su mala cocción, se ven varias manchas negras en la cara externa, donde, en partes, también aparece hollín.

A este vaso se le halló ocasionalmente al efectuarse trabajos de labranza, sobre la margen derecha del río Coronda, en el lugar conocido por el nombre de Ombú de Basualdo.

VASO N° 6.

La fotografía de la lámina VIII, reproduce un vaso de escasa altura, paredes suavemente curvadas y boca muy amplia, cuya forma general recuerda la de un lebrillo. Sobre la cara externa, y junto al borde, corre una guarda formada por dos líneas de puntos, quebradas y paralelas. A pesar de esta decoración grabada, de los vestigios de pintura roja y de tener su superficie pulida, la pieza es rústica, asimétrica, de un modelado deficiente. Tiene aproximadamente 16 centímetros, y su diámetro máximo de 36 centímetros y medio.

La pasta, color pardo claro, dura, compacta, es de ocho milímetros de espesor. La mala cocción sufrida dejó crudo el interior y produjo varias manchas negras. Advirtiéndose también en varios sitios hollín. Fué hallado en Ombú de Basualdo, sobre la margen derecha del río Coronda, de modo accidental al arar la tierra.

VASO N° 7.

Tiene sólo seis centímetros y medio de diámetro y cinco centímetros y medio de altura el pequeño vaso subglobular fotografiado en la lámina IX, *a*. Modelado con descuido, es asimétrico, sus bordes son irregulares, y su superficie externa rugosa.

La pasta es muy dura y compacta, color pardo oscuro y tiene cuatro milímetros de espesor. La cocción es mala.

Ha sido hallado en circunstancias análogas a la de los dos vasos anteriores, y en el mismo punto, Ombú de Basualdo, donde existe un extenso paradero, típico de la región, que ha dado numerosas representaciones plásticas.

VASO N° 8.

Constituye una excepción dentro de la alfarería del litoral la pieza reproducida fotográficamente en la lámina IX, *b*, encontrada en Las Tejas, en la región insular próxima a Coronada, a corta distancia del yacimiento explorado por Antonio Serrano ⁽¹⁾.

Trátase, sin duda, de un vaso zoomorfo cuya forma general es hipotéticamente reconstruída en el croquis de la figura 3. El vientre, semiesférico con achatamiento en la base, corresponde al cuerpo del animal, probablemente un pato. La pieza fué decorada con pintura roja y también grabaron en ella líneas quebradas de surco con escalonamiento interno.

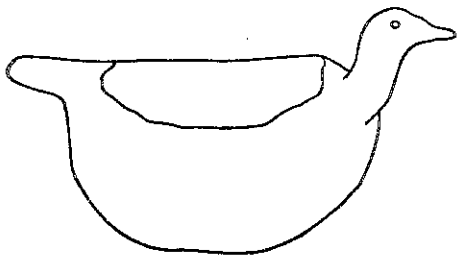


Fig. 3

El deterioro del vaso no permite apreciar con exactitud la calidad del modelado, que debió ser algo basto, a juzgar por

la asimetría del vientre. El diámetro máximo, variable, tiene, aproxima-

(1) ANTONIO SERRANO, *Arqueología de Las Tejas*, en *Revista Universitaria del Litoral*, N° 12, 1 y sig.; Buenos Aires, 1923.

damente, 11 centímetros, siendo la altura de 68 milímetros. La pasta, dura y mal cocida, es de color pardo claro, y su espesor de 5 milímetros.

VASO N° 9.

Formado por un vientre subglobular con diámetro máximo de 31 centímetros y un cuello apenas esbozado con boca de seis centímetros y medio, cerca de la cual han colocado perpendicularmente dos asas gruesas, de agujero muy pequeño y cuyos remaches se advierten en el interior del vaso (lámina X).

El modelado es grosero; la pieza es asimétrica, su diámetro varía y las asas están situadas a distinta altura. Por otra parte, la superficie externa ha sido poco pulida, aunque también es visible el desgaste producido por el uso.

Varias manchas negras, prueba de la deficiente, a más de superficial, cocción sufrida, se distinguen sobre la superficie pardusca del vaso. La pasta tiene un espesor de siete milímetros junto al borde, engrosándose notablemente en la base.

De la margen izquierda del río Paracao, a corta distancia de la desembocadura del arroyo Los Galpones fué extraída esta pieza, en lugar donde se han producido hallazgos arqueológicos relativamente abundantes¹, correspondientes todos ellos al tipo de cultura caracterizada por las representaciones plásticas.

VASO N° 10.

Al hacer los removimientos de tierra necesarios para construir los terraplenes de acceso al puente sobre el río Las Conchas, en el paso La Picada (Dpto. de Paraná, Entre Ríos) se encontró este vaso de aspecto un tanto diferente al de los restantes, pero que presenta, sin embargo, las características de la alfarería indígena: el modelado a mano y la mala cocción.

(¹) FRANCISCO DE APARICIO, *Un nuevo tipo de representaciones plásticas*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, LI, 94 y sig.; Buenos Aires, 1923.

Como se ve en la fotografía (lámina XII, a) que abarca casi todo lo que resta de la pieza, es un vaso de perfil quebrado, constituido por dos partes, una superior cilíndrica y otra inferior semejante a un cono truncado. Un rodete saliente, adornado con sucesivas presiones unguiculares ha sido colocado sobre la línea de juntura de ambas secciones. La base, de siete centímetros y medio de diámetro, llama la atención por el reborde que la hace aparecer como postiza aunque, por dentro, se ve bien que no lo es.

El círculo de la base bien logrado, los bordes regulares y biselados hacia el interior, son pruebas de un cuidadoso modelado. El pulimento de la cara externa no puede ser apreciado, pues la superficie del vaso ha sufrido alteraciones e incrustaciones durante el tiempo que estuvo enterrado, las que le dan un tono grisáceo, bajo el cual se descubre, al raspar, el primitivo color pardo claro.

La pasta, cuyo espesor es de ocho milímetros, ha sufrido una cocción en extremo mala, tanto que la fractura del vaso aparece completamente negra.

VASO N° 11.

Pequeño plato de diámetro apreciable en diez centímetros, groseramente modelado aun cuando su cara interna haya sido cubierta con pintura roja (lámina XII, b).

Una cocción excepcionalmente buena ha alcanzado hasta el interior de la pasta, de color pardo claro y espesor variable, diez milímetros término medio.

Fué encontrado en un paradero del tipo de los "cerritos" de la región insular, ubicado sobre la margen derecha del riacho Victoria, frente al Rincón del Doll, del que en otras ocasiones¹ se han retirado también representaciones plásticas y otros objetos que de ordinario se encuentran junto a ellas.

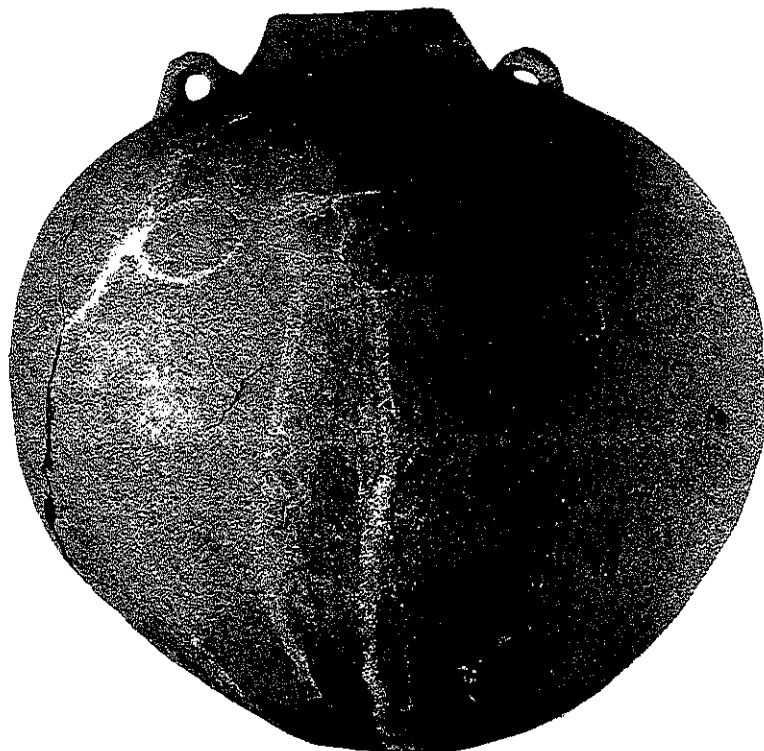
(¹) FRANZ KÜHN, *Notiz über paraderos der minuanes im biennendelta des Paraná (prov. Entre Ríos, Argentinien)*, en *Verhandlungen des XXIV Internationalen Amerikanisten-Kongresses*, Hamburgo, 1934.

La mayoría de estos vasos, como ya se ha hecho notar al describirlos, fueron encontrados en lugares conocidos por haber dado restos indígenas pertenecientes a la cultura del litoral paranense, que caracterizan las representaciones plásticas. Por otra parte, en la pieza N° 3 aparece empleado uno de los elementos decorativos peculiares de la alfarería de aquellos aborígenes, el surco con escalonamiento interno. En cuanto al vaso zoomorfo de la región insular, a pesar de constituir una excepción, se acerca a los de asas zoomorfas.

Se trata, en general, de una cerámica de calidad inferior, en ocasiones muy basta, probablemente utilizada en los trabajos domésticos, y según se puede inferir de la morfología de varias de las vasijas — amplios vientres que cierran en bocas estrechas y asas pequeñas con agujero de suspensión — ellas fueron destinadas a levantar y transportar agua.

Todo hace suponer que los mismos habitantes de las márgenes del Paraná Inferior, creadores de las representaciones plásticas, fabricaron también las piezas anteriormente descriptas¹.

(¹) *Comunicación presentada en la sesión de la Semana de Antropología realizada el día 4 de diciembre de 1937. Cartografía de M. T. Grondona. Dibujos de Cristina C. M. de Aparicio. Fotografías de Francisco de Aparicio.*



Los Saladillos, departamento de San Javier, provincia de Santa Fe (Colecc. M. A. E.)



Helvecia, departamento de Garay, provincia de Santa Fe (Colecc. A. L. G.).



a

El arroyo de Leyes en las proximidades del yacimiento arqueológico.

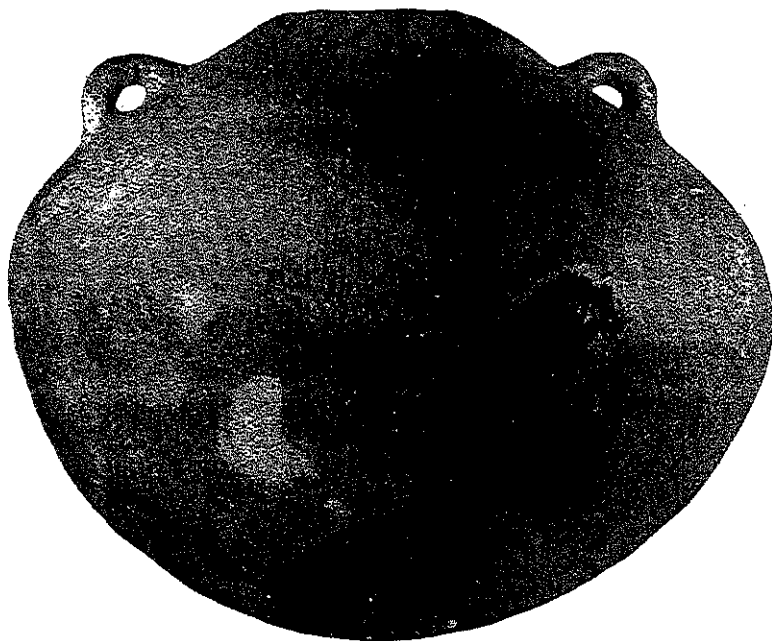


b

Aspecto del monte ribereño en Helvecia.



Rincón de Mota, margen derecha del arroyo de Leyes, departamento de Garay, provincia de Santa Fe (Colecc. A. L. C.).



Los Zapallos, margen derecha del arroyo de Leyes, departamento de Garay,
provincia de Santa Fe (Colecc. A. L. C.).



a

Barranca del río Coronda, en Ombú de Basualdo, departamento de San Jerónimo, provincia de Santa Fe.



b

Costa de la Laguna de Coronda, departamento de San Jerónimo, provincia de Santa Fe



Ombú de Basualdo, margen derecha del río Coronda, departamento de San Jerónimo, provincia de Santa Fe (*Colecc. F. de A.*).

IRIBARNE, *Algunos vasos, etc.*



Ombú de Basualdo, margen derecha del río Coronda, departamento de San Jerónimo, provincia de Santa Fe (Colecc. F. de A.).



a

Ombú de Basualdo, margen derecha del río Coronada, departamento de San Jerónimo, provincia de Santa Fe. (Colecc. F. de A.).



b

Las Tejas, región insular frente a Coronada, departamento de San Jerónimo, provincia de Santa Fe (Colecc. M. B.).



Margen izquierda del río Paracoo, departamento de Paraná, provincia de Entre Ríos
(Colecc. F. de A.).



a

Vista general de la costa del río Paracao, en la proximidad del arroyo Los Galpones



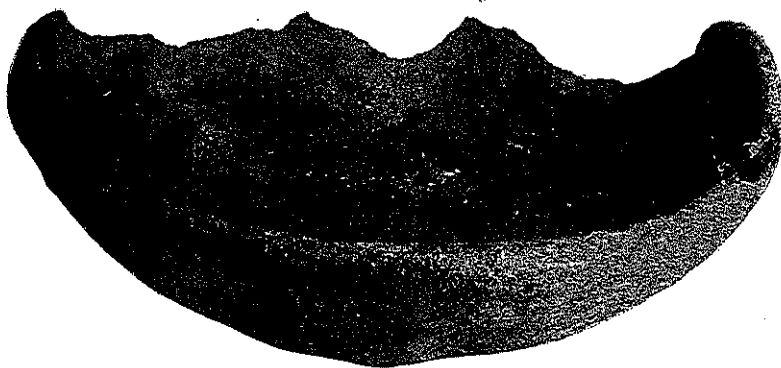
b

Un aspecto de la costa del río Paracao, en la proximidad del arroyo Los Galpones



a

Paso La Picada, margen izquierda del río Las Conchas, departamento de Paraná, provincia de Entre Ríos (*Colecc. F. de A.*).



b

Rincón del Doll, margen derecha del riacho Victoria, departamento de Diamante, provincia de Entre Ríos (*Colecc. F. de A.*).

SOBRE LA PRESENCIA DE UNA PIEZA DE METAL EN UN PARADERO DEL RIO MATANZAS

por

FLORENCIO VILLEGAS BASAVILBASO (h.)

DURANTE una de nuestras frecuentes excursiones arqueológicas a un paradero indígena situado sobre la margen izquierda del río Matanzas, en la localidad de Querandí (F.C.C.G.B.A., provincia de Buenos Aires), mi amigo Julián Cáceres Freire encontró la pieza de cobre que motiva esta nota.

Se trata de un canuto hecho con una lámina más o menos rectangular de cobre (figura 1), arrollada en el sentido de su longitud; ésta es de 21 milímetros, siendo el ancho aproximadamente de la lámina 13 milímetros, y su espesor medio milímetro. Su peso es de 0.576 gramos.

Como se puede apreciar en las figuras 2 y 3, se ha desprendido un fragmento triangular de la extremidad izquierda; en el otro extremo hubo necesidad de cortarle un pequeño trozo para el análisis químico que tuvo la gentileza de efectuar el doctor P. Abel Sánchez Díaz. Este análisis dió una proporción de 99.78 % de cobre y vestigios de hierro.

Es raro encontrar en el cobre utilizado por nuestros indígenas una cantidad tan elevada de este metal; por lo general la proporción se encuentra bastante disminuída por la presencia de cantidad apreciable de estaño, cinc, etc.

Tres cuentas de collar similares a ésta, pero trabajadas en láminas de plata, han sido mencionadas por el doctor Eduardo Casanova para el noroeste de nuestro país¹, y el profesor M. A. Vignati describe otra del mismo tipo procedente de la Patagonia².

(¹) EDUARDO CASANOVA, *Tres ruinas indígenas en la Quebrada de la Cueva*, en *Anales del Museo Nacional de Historia Natural "Bernardino Rivadavia"*, XXXVII, 294; Buenos Aires, 1933.

(²) MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *La armadura de un cacique patagón*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, I, 366; Buenos Aires, 1931.

En Europa, los hallazgos de cuentas de cobre, lo mismo que de oro, plata, bronce o hierro, han sido numerosos¹; existen también en Egipto² y en los *mounds* de América del Norte³.

En cuanto a la presencia de objetos de metal en los yacimientos arqueológicos de la provincia de Buenos Aires, excepto los mencionados por Ameghino⁴, Torres⁵, y Aparicio⁶, no tengo ninguna otra noticia. Para el delta del Paraná, Torres ha mencionado varias láminas de cobre que considera provenientes del intercambio comercial de los indígenas de estas regiones con los de “lejanas comarcas precordilleranas, con los cuales sostendrían un comercio muy antiguo, indudablemente prehispanico”⁷, opinión a que se adhiere Arredondo al señalar la existencia de metales en el túmulo de la isla del Vizcaíno (Uruguay)⁸.

Esta pieza de cobre fué encontrada junto con fragmentos de alfarería lisa y decorada, y con los pequeños instrumentos que caracterizan la industria lítica bonaerense.

Los primeros datos históricos que tenemos sobre la presencia de metales en la parte oriental del territorio argentino se deben a Caboto, quien, en su conocida Declaración (mayo de 1527)⁹, nos relata que, en las proximidades de la confluencia de los ríos Paraná y Carcarañá, “fallo un mayoral dela nacion de los chandules que le salio a rescebir de pas el

(1) J. DÉCHELETTE, *Manuel d'Archéologie préhistorique, Celtique et Gallo-Romaine*, II; París, 1908-1914.

(2) JACQUES DE MORGAN, *L'humanité préhistorique, Esquisse de Préhistoire Générale*, 112; París, 1921.

(3) H. BEUCHAT, *Manuel d'Archéologie Américaine*, 153; París, 1912.

(4) FLORENTINO AMEGHINO, *La antigüedad del hombre en el Plata*, I, 152, *La Cultura Argentina*, Buenos Aires, 1918.

(5) LUIS MARÍA TORRES, *Arqueología de la península de San Blas*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXVI, 528; Buenos Aires, 1922.

(6) FRANCISCO DE APARICIO, *Investigaciones científicas en el litoral atlántico de la provincia de Buenos Aires*, en *Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos Gaea*, N° 4, 380; Buenos Aires, 1925.

(7) LUIS MARÍA TORRES, *Los primitivos habitantes del delta del Paraná*, en *Biblioteca Centenaria de la Universidad de La Plata*, IV, 456; Buenos Aires, 1911.

(8) HORACIO ARREDONDO, *Informe preliminar sobre la arqueología de la Boca del Río Negro*, en *Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología*, I, 13; Montevideo, 1927.

(9) FÉLIX F. OUTES, *Los querandías*, 182; Buenos Aires, 1897.

qual le presento una cofia con cierta chaperia de oro e cobre e cierta plata baxa...". Alonso de Santa Cruz confirma este pasaje ¹.

Más adelante Caboto dice: "...vinieron ciertos yndios dela nacion delos queerandis los quales son enemigos de los chandules e son vezinos del pie dela sierra donde tenian relacion que avia la dicha riqueza los quales le dieron mas larga relacion dela que el tenia de las dichas riquezas y les mostraron ciertos plumajes que trayan en la cabeça hechos á su parescer deste declarante de oro baxo e buena plata" ².

Juan de Garay, en su Carta, dice: "...fui a dar en la costa de la mar del norte mas de sesenta leguas del puerto de buenos ayres que si se hubiera de yr por la mar entiendo que fueran nouenta leguas porque haze gran ensenada que la boca deste rrio de la plata esta a leste y donde yo llegue a la costa de la mar casi corre el gieste la costa y el sur es a trauesia... legua y media de la mar se acava vn rramo de cordillera que baxa de la tierra adentro muestra grandes



Fig. 1
2/1 del tamaño natural

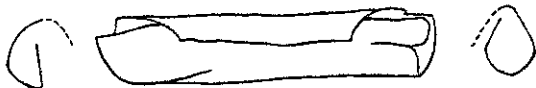


Fig. 2
2/1 del tamaño natural



Fig. 3
Desarrollo de la lámina, en tamaño natural.

peñascos y en lo alto campiña y en la costa en algunas partes descubre pedaços de peñascos donde bate el agua y en aquellos peñascos ay gran cantidad de lobos marinos aquella gente se abruga con mantas de pieles de vnos animales que ay como liebres y de gatos monteses y hazen sus tiendas de cueros de venados. allamos entre estos yndios alguna Ropa de lana muy buena: dicen que la traen de la cordillera de las espaldas de chile y que los yndios que tienen aquella Ropa traen unas planchas de metal amarillo en

(¹) FÉLIX F. OUTES, *Ibid.*, 181.

(²) FÉLIX F. OUTES, *Ibid.*, 183.

vnas Rodelas que traen quando pelean y que el metal sacan de vnos arroios y dicen que hacia la costa hay poca gente; hacia la cordillera hay mucha''².

No es de extrañar el hallazgo de metales en el oriente del territorio argentino a pesar de la distancia a que se encuentran las regiones metalíferas, ya que Sarmiento de Gamboa, en su relación a S. M. de lo acontecido en el Estrecho de Magallanes (1583), y refiriéndose a los indios que poblaban esas regiones, dice: "... estando en el asiento de la purificación se allaron dos con cuchillos a hechura de medias lunas que pareçio vno de hierro y otro de laton conque desuellan los animales..."³. Este dato nos ilustra acerca de la enorme área de dispersión que puede alcanzar una pieza, ya que no sería aventurado afirmar que esos cuchillos de que nos habla Sarmiento de Gamboa sean los conocidos tumis peruanos.

El hallazgo de la pieza de cobre en el paradero del río Matanzas viene, pues, a confirmar los datos arqueológicos e históricos que se tenían sobre las relaciones de los pueblos del noroeste y oeste, con los que habitaban la parte oriental de la República⁴.

(¹) P. GROUSSAC, *Anales de la Biblioteca Nacional*, X, 157-158; Buenos Aires, 1915.

(²) PABLO PASTELLS, *El descubrimiento del Estrecho de Magallanes*, II, 285; Madrid, 1920.

(³) LUIS MARÍA TORRES, *Los primitivos, etc.*, 257, 456, 574.

FLORENTINO AMEGHINO, *Ibid.*, 200.

ENRIQUE PALAVECINO, *Areas culturales del territorio argentino*, en *Actas del XXVº Congreso Internacional de Americanistas*, II, 227; La Plata, 1932.

ANTONIO SERRANO, *Los primitivos habitantes del territorio argentino*, 96; Buenos Aires, 1930.

SAMUEL LAFONE QUEVEDO, *Etnología argentina*, en *Actas del IVº Congreso Científico (1º Panamericano)*, 189; Buenos Aires, 1909.

FÉLIX F. OUTES, *Ibid.*, 73.

Comunicación presentada en la sesión de la *Semanā de Antropología del día 4 de diciembre de 1937*. Dibujos del autor.

CRONICA OFICIAL



ACTA DE FUNDACION

En la ciudad de Buenos Aires, a los veinticuatro días del mes de abril de mil novecientos treinta y seis, se reunieron en el local del Museo Mitre, siendo las quince y treinta horas, los señores profesores don Francisco de Aparicio, doctor don Eduardo Casanova, doctor don José Imbelloni, doctor don Fernando Márquez Miranda, don Enrique Palavecino, don Félix F. Outes y don Milcíades Alejo Vignati, con el fin de considerar la posibilidad de fundar una sociedad que intensificara los estudios antropológicos en el país.

A propuesta del doctor Casanova, se designó para presidir la reunión al señor Outes, e inmediatamente se pasó a tratar el asunto. Después de un cambio de opiniones, y habiéndose manifestado todos los presentes de acuerdo en la necesidad de crear una institución que coordinara los distintos esfuerzos de los especialistas y estableciera lazos de cordialidad entre ellos, se decidió declarar constituida la "Sociedad Argentina de Antropología".

A continuación se nombró una Comisión, integrada por los señores profesores Aparicio, Casanova y Márquez Miranda, para que preparara el Estatuto que regiría la nueva Sociedad, indicándoseles los principales puntos que debían ser tomados en cuenta en la redacción de dicho Estatuto.

Se resolvió volverse a reunir en el mismo local el próximo lunes, cuatro de mayo, a la misma hora, y que todos los presentes a la reunión de la fecha firmaran el acta de fundación.

No habiendo más asuntos que tratar, y siendo las diecisiete y media horas, el señor Presidente declaró levantada la sesión.

EL ESTATUTO

De acuerdo con las normas estipuladas en la reunión preliminar, el Estatuto, en su artículo 3º, apartado d, establecía:

"Podrán ser socios activos los especialistas en cualquiera de las ramas de la Antropología; entendiéndose por Antropología cualquiera de las disciplinas que constituyen las ciencias del hombre (Antropología física, Etnología, Etnografía, Lingüística, Arqueología, etc.); y por especialistas, las personas que se dedican a la investigación en alguna de las ramas de la Antropología, como objeto principal de su actividad, y que además de haber producido obras meritorias, han seguido estas actividades con carácter profesional."

MEMORIA 1936 - 1937

A 2 de mayo de 1937. — A los señores miembros del Consejo Directivo de la Sociedad Argentina de Antropología.

Me es grato elevar a ese Consejo, la Memoria que resume actividades de la Sociedad durante el período 1936-1937, período que termina el día de mañana.

Consejo Directivo. El 4 de mayo de 1936, a raíz de la aprobación de los Estatutos, quedó constituido, en la siguiente forma, el Primer Consejo Directivo de la Sociedad: Presidente, don Félix F. Outes; Secretario, profesor doctor don Eduardo Casanova; Tesorero, profesor don Milcíades Alejo Vignati; Director de publicaciones, doctor don José Imbelloni; y los profesores don Francisco de Aparicio, doctor don Fernando Márquez Miranda y don Enrique Palavecino. Con posterioridad, debo recordarlo, se incorporaron a aquel cuerpo los señores profesor don Antonio Serrano, don Duncan L. Wagner y don Emilio R. Wagner.

En el espacio de tiempo que comprende esta Memoria, el C. D. celebró sesiones el 4 y 13 de mayo, el 17 de junio, el 1º de julio y el 23 de septiembre de 1936 y el 23 de abril del corriente año. El C. D. ha perfeccionado la estructura interna de la Sociedad, adoptando, para ello, diversas resoluciones, y ha considerado, asimismo, asuntos de interés general a los cuales me refiero en parágrafo aparte.

En la sesión del 26 de abril de 1937, se procedió a elegir las autoridades de la Sociedad para el período 1937-1938, resultando reelectas las que fueron designadas al constituirse la corporación; mas, dada la enfermedad del subscripto, fué nombrado Presidente ad hoc (Estatuto, art. 10) el señor profesor don Francisco de Aparicio.

Sesiones científicas. Llevando de inmediato a la práctica uno de los propósitos más elevados de su penetración cultural, la Sociedad ha realizado cuatro sesiones científicas, a las que asistieron no sólo los socios activos y adherentes, sino, también, otras muchas personas especialmente invitadas. Fuera de las palabras que pronunció el subscripto en la sesión inaugural — que corren impresas en una edición limitada —, fueron leídas 16 comunicaciones cuyos títulos doy a continuación:

24 de julio:

Francisco de Aparicio, Excavaciones en los paraderos de la margen derecha del arroyo Leyes (con diapositivas y presentación del material);

Fernando Márquez Miranda, Hallazgos arqueológicos chaqueños. Confrontación con la cerámica actual (con diapositivas);

Enrique Palavecino, Notas sobre la mitología entre los aborígenes del Chaco;

Eduardo Casanova, Una representación del ckecpis en la cerámica de los Humahuacas prehispánicos (con presentación del material).

26 de agosto:

José Imbelloni, Sobre el diagnóstico racial de los indígenas americanos mediante el examen de la sangre (isohemoaglutinación);

Milcíades Alejo Vignati, Los cráneos pintados del cementerio de San Blas (con presentación del material);

Enrique Palavecino, Notas sobre la pesca con arpón entre los indios del Chaco (con presentación del material);

Romualdo Ardissonne, Un yacimiento arqueológico desconocido en la Ciénaga Grande de Purmamarca (con diapositivas).

16 de septiembre:

Milcíades A. Vignati, Algunas pictografías de la provincia de San Luis (con diapositivas);

Florencio Villegas Basavilbaso, Un paradero indígena de la margen izquierda del río de la Matanza (con presentación del material);

Eduardo Casanova, Investigaciones arqueológicas en La Isla, Quebrada de Humahuaca, Jujuy (con diapositivas y presentación del material);

Adolfo Dembo, Mutilaciones dentarias en la Patagonia (con presentación del material).

4 de noviembre:

Félix F. Outes, Una luz sobre los Querandí;

Francisco de Aparicio, Las tamberías de Los Cazaderos (con diapositivas);

Félix F. Outes, De los indios que vivían en las proximidades de Buenos Aires en tiempos de la fundación;

Fernando Márquez Miranda, Nuevas investigaciones arqueológicas en la región de Iruya (con diapositivas).

Publicaciones. El C. D. contempló, con interés (sesiones del 13 de mayo, 17 de junio y 23 de septiembre de 1936), la posibilidad de publicar el Boletín a que alude el artículo 11 del Estatuto, Boletín que ha de difundir los diversos aspectos de la obra cultural realizada por la Sociedad. Confió al subscripto (sesión del 13 de mayo de 1936) la tarea de hacer factible dicho propósito, lo que ha logrado; como también ha sido posible financiar el coste de la publicación con el subsidio

de dos mil pesos concedido a la Sociedad por el Congreso de la Nación Argentina. Cabe recordar — a mero título informativo — que el subscripto publicó en folleto, por su cuenta, las palabras que pronunciara al ocupar la Presidencia y al iniciarse — el 24 de julio de 1936 — las sesiones científicas de la Sociedad, publicaciones que fueron distribuidas sin restricciones; como editó, asimismo, en forma privada y en tirada de cien ejemplares numerados en la máquina, las dos publicaciones que leyera en la sesión del 4 de noviembre de 1936.

Iniciativas. El C. D. ha hecho suyas, al aprobarlas, diversas iniciativas presentadas por sus miembros.

En primer término el señor profesor don Enrique Palavecino, en la sesión del 4 de mayo de 1936, hizo moción para que la Sociedad organizara unas Jornadas Antropológicas. El Consejo encargó al propio autor de la moción que realizara los sondeos previos y la preparación de un anteproyecto de estructuración; y fué, así, como, en la sesión del 17 de junio pudo saberse que podía contarse con la presentación de una veintena de trabajos. Se pensó, dado lo propicio del ambiente, que las reuniones tal vez podrían tener lugar en la segunda quincena de agosto de 1936; mas, no fué ello posible, difiriéndose su realización, a moción del señor profesor doctor Eduardo Casanova, para mayo de 1937, nombrándose, al propio tiempo, una comisión formada por el autor de la iniciativa y los señores profesores de Aparicio y Vignati para que corrieran con los trabajos de organización y propaganda.

El señor profesor Vignati propuso se solicitara a la Comisión Nacional de Cultura la inclusión de la Antropología entre las materias que premia la Institución.

El señor profesor de Aparicio señaló la conveniencia de que la Sociedad realizara visitas, y viajes a localidades que pudieran interesarle del punto de vista antropológico, por lo cual se le encargó formulara un proyecto que resultara factible en estos tiempos iniciales de la vida de la Sociedad.

La primera de esas excursiones pudo realizarse, en el mes de diciembre ppdo., mediante una donación del subscripto. Buen número de socios trasladóse a la vecina localidad de Magdalena y visitó diversos lugares de la costa hasta Punta de Indio realizando ligeros trabajos de exploración.

Asimismo el C. D. aprobó la moción del señor profesor de Aparicio, tendiente a procurar se organizaran algunos cursos prácticos, ofreciéndose él mismo, para dictar uno de Fotografía, lo que también fué aceptado, confiándose al señor profesor doctor don Fernando Márquez Miranda la tarea de formular un anteproyecto de organización.

Por último, el Consejo aceptó la sugestión de los señores profesores de Aparicio y Casanova de que se realizaran comidas periódicas destinadas a “mantener el espíritu de cordialidad que reina en la Sociedad”; la primera de ellas — lo recordaré — fué ofrecida al señor profesor doctor don José Imbelloni con motivo

de haber recibido el "Premio Eduardo L. Holmberg" (1933) por su memoria a propósito de los pueblos deformadores de los Andes.

Socios.—Al finalizar su primer año de existencia, la Sociedad cuenta con 2 socios honorarios, 10 activos y 21 adherentes; y se empeña en llenar las otras categorías de miembros creadas por el Estatuto.

En su sesión del 1º de julio, el C. D. designó socios honorarios a los doctores don Roberto Lehmann-Nitsche y don Luis María Torres, tributando, así, un merecido homenaje, a dos investigadores — retirados, en la actualidad, de la labor activa — cuya obra polimorfa, en antropología, es bien conocida de los especialistas.

Recordaré que los socios activos, miembros todos ellos, como es sabido, de ese C. D., son los siguientes:

Francisco de Aparicio.
Eduardo Casanova.
José Imbelloni.
Fernando Márquez Miranda.
Félix F. Outes.
Enrique Palavecino.
Antonio Serrano.
Milcíades Alejo Vignati.
Duncan L. Wagner.
Emilio R. Wagner.

Oportunamente, al constituirse la Sociedad, su C. D. resolvió, por unanimidad, invitar, entre otros especialistas, al señor arquitecto don Héctor Greslébin a incorporarse a nuestra compañía como socio activo; mas, este distinguido investigador no pudo hacerlo, "muy a pesar mío" — expresaba en la nota que envió al subscripto —, pues, añadía, "por razones de índole particular y especial, me veo privado, en la actualidad, de colaborar en tan interesante iniciativa".

En cuanto a los socios adherentes, cuyo cálido entusiasmo por nuestros trabajos, no puedo dejar de puntualizar, son los siguientes:

Radamés Altieri.
Romualdo Ardissonne.
Juan Arnott.
Manuel A. Bousquet.
Julián B. Cáceres Freyre.
María de las Mercedes Constanzó.
Elina González Acha de Correa Morales.
Jorge A. Cranwell.

Adolfo Dembo.
Gervasio Fernández Madero.
Pablo Gaggero.
Eva Iribarne.
Elena S. de Kliman.
Ramón Pardal.
Lorenzo R. Parodi.
Ada I. Pastore.
Carlos Sodini.
Ana Biró de Stern.
José M. L. Viani.
María Elena Villagra Cobanera.
Florencio Villegas Basavilbaso.

Tal ha sido, resumida en sus lineamientos generales, la tarea llevada a cabo por la Sociedad Argentina de Antropología, en el transcurso de su primer año de vida. Los propósitos de sus fundadores, de “crear una institución que coordinara los esfuerzos de los especialistas y estableciera lazos de cordialidad entre ellos”, como que “intensificara — asimismo — los estudios antropológicos en el país”, han comenzado a corporizarse. Hago votos, pues, para que, en tiempos próximos, se realicen plenamente y se perfeccionen de continuo.

Quieran aceptar los señores del Consejo la seguridad de mi mayor consideración y mis atentos saludos.

FELIX F. OUTES,
Presidente.

EDUARDO CASANOVA,
Secretario.

NUEVO ESTATUTO

Las limitaciones impuestas en el Estatuto para ser socio activo resultaron serio inconveniente para el progreso de la Sociedad. Por esta circunstancia proyectóse un nuevo Estatuto que, en realidad, sólo contiene esa modificación fundamental. La carta orgánica definitiva que a continuación se transcribe, fué aprobada en la Asamblea del día 22 de septiembre de 1937.

ESTATUTOS DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGIA

Artículo 1º.—Fúndase, con sede en la ciudad de Buenos Aires, la Sociedad Argentina de Antropología: entendiéndose por Antropología las disciplinas que constituyen las ciencias del hombre (Antropología física, Etnología, Etnografía, Arqueología, Lingüística, etc.).

Art. 2º.—La Sociedad Argentina de Antropología tendrá por principales finalidades fomentar la investigación antropológica en el país y coordinar los esfuerzos de los que hoy se dedican a estudios de esta índole.

Art. 3º.—La Sociedad estará constituida por las siguientes categorías de socios: honorarios, correspondientes, protectores, activos y estudiantes.

a) Podrán ser socios honorarios las personas o instituciones de destacada actuación en los estudios antropológicos;

b) Podrán ser socios correspondientes las personas o instituciones, residentes en el extranjero, que se dediquen a la investigación antropológica;

c) Podrán ser socios protectores las personas o instituciones que contribuyan al sostenimiento de la Sociedad con una cuota mínima de cien (100) pesos anuales, o le hayan hecho una donación superior a mil (1.000) pesos, o le hayan prestado un importante servicio material de otra índole;

d) Podrán ser socios activos todas las personas que se interesen por las actividades de la Sociedad;

e) Podrán ser socios estudiantes los alumnos de los institutos superiores en los que se imparta enseñanza relacionada con la Antropología.

Art. 4º.—Los socios honorarios y correspondientes ingresarán a la Sociedad por invitación del Consejo Directivo. Los protectores, activos y estudiantes a propuesta de dos socios, aprobada por el Consejo Directivo.

Art. 5º.—Los socios activos tendrán a su cargo el gobierno y las actividades científicas de la Sociedad.

Art. 6º.—Los socios activos pagarán una cuota de diez (10) pesos semestrales.

Art. 7º.— Los socios activos elegirán el Consejo Directivo que tendrá a su cargo el gobierno de la Sociedad. La elección se hará en Asamblea, convocada con quince días de anticipación, la cual podrá sesionar con un quórum de la mitad más uno. No obteniéndose este quórum en el primer llamado, se efectuará un segundo para una fecha posterior en ocho días, por lo menos, pudiendo sesionar con el número de socios que concurran. La votación será secreta; en caso de que ninguno de los candidatos obtenga mayoría absoluta, se hará una segunda votación con las dos personas que hayan obtenido mayor número de votos. Las vacantes que se produzcan en el Consejo Directivo serán llenadas por éste mismo y solamente por el plazo necesario para completar el período.

Art. 8º.— El Consejo Directivo estará compuesto por los siguientes miembros: un presidente, un vicepresidente, un tesorero, un secretario y cinco vocales, que durarán un año en sus funciones. El Consejo Directivo sesionará con un quórum de cinco miembros y tomará sus resoluciones por simple mayoría.

Art. 9º.— El Presidente tendrá la representación exterior de la Sociedad, presidirá sus reuniones y hará cumplir las resoluciones del Consejo Directivo. Su voto prevalecerá en caso de empate.

Art. 10º.— El Consejo Directivo elegirá una comisión de tres socios, especialistas en cualquiera de las ramas de la Antropología, los cuales tendrán a su cargo la dirección científica de todas las actividades de la Sociedad: comunicaciones, conferencias, excursiones, publicaciones, etc.

Art. 11º.— La Sociedad editará, además de otras publicaciones que considere oportuno, un Boletín en que dará a conocer sus actividades.

Art. 12º.— Las publicaciones de la Sociedad se distribuirán sin cargo exclusivamente a los socios, a las instituciones científicas y a los especialistas del extranjero. A los actos que realice la Sociedad sólo podrán concurrir los socios, sus familiares y las personas que sean especialmente invitadas por el Consejo Directivo.

ESTE PRIMER VOLUMEN DE LAS RELACIONES DE LA
SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA,
TERMINÓSE DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE
A. PLANTIÉ Y CÍA., EN EL MES DE OCTUBRE
DE 1938. SE HAN TIRADO TREINTA
EJEMPLARES, NUMERADOS A MANO,
EN PAPEL CUMBERLAND. DIBU-
JÓ LA CUBIERTA MERCEDES
NOSTI DE CARMAN.

CONSEJO DIRECTIVO 1937 - 1938

Presidente..... Francisco de Aparicio
Vicepresidente.... Eduardo Casanova
Secretaria..... Eva Iribarne
Tesorero Gervasio Fernández Madero
Vocales Romualdo Ardissonne
Salvador Canals Frau
Jorge Cranwell
José Imbelloni
Milcíades A. Vignati

INDICE

| | |
|--|-----|
| Prefacio | 5 |
| Excavaciones en los paraderos del arroyo de Leyes, por Francisco de Aparicio | 7 |
| Una representación del ckecpis en la alfarería prehistórica de La Isla, por Eduardo Casanova | 21 |
| Razas humanas y grupos sanguíneos, por José Imbelloni | 23 |
| Origen étnico de los cráneos pintados de San Blas, por Milcíades Alejo Vignati | 51 |
| Un paradero indígena en la margen izquierda del río Matanzas, por Florencio Villegas Basavilbaso (h.) | 59 |
| Contribución al estudio de la arqueología de La Isla, por Eduardo Casanova | 65 |
| La pictografía de La Ciénaga, en la provincia de San Luis, por Milcíades Alejo Vignati | 71 |
| La tambería de Los Cazaderos, por Francisco de Aparicio | 77 |
| El hallazgo de esqueletos embarrados en la región Cuyana, por Milcíades Alejo Vignati | 85 |
| Etnología histórica de la provincia de Mendoza, por Salvador Canals Frau | 91 |
| El fuerte del Pantano, por Julián B. Cáceres Freyre | 107 |
| Silos de la quebrada de Humahuaca, por Romualdo Ardissonne | 117 |
| Arquitectura aborígen en la provincia de Salta, por Fernando Márquez Miranda | 141 |
| Investigaciones arqueológicas en el altiplano boliviano, por Eduardo Casanova | 167 |
| La "Vera y breve relación de la vida y costumbres de los indios Tupi-nambá", por Hans Staden (1557) y su nueva versión, por Edmundo Wernicke | 173 |
| Algunos vasos indígenas de las márgenes del Paraná inferior, por Eva Iribarne | 181 |
| Sobre la presencia de una pieza de metal en un paradero del río Matanzas, por Florencio Villegas Basavilbaso (h.) | 191 |
| Crónica oficial | 195 |